

Conde de Toreno



Historia de la
Guerra de España



COLECCIÓN CÍSMEROS

CENTRO NACIONAL DE LECTURA

BIBLIOTECA

Sala _____

Estante _____

FA 6105

HISTORIA DE LA GUERRA DE ESPAÑA



COLECCIÓN CISHNEROS

DIRIGIDA

por

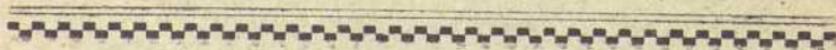
D. CIRIACO PÉREZ BUSTAMANTE

Catedrático de la Universidad Central

Y PUBLICADA

por

EDICIONES "ATLAS"



FA-6105

CONDE DE TORENO

HISTORIA DE LA GUERRA
DE ESPAÑA

(SELECCION)

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

POR

JOSÉ MARÍA QUADRADO



MADRID

1 9 4 4

n R-7-266

~~R-14-476~~

ES PROPIEDAD

Copyright by Ediciones

"Atlas". Madrid, 1944

EL CONDE DE TORENO

4005

«El conde de Toreno, por su historia, será citado en los siglos venideros como uno de los maestros del decir bueno y castizo, en la generación presente. Y asociado su nombre con el de una época gloriosísima, no será extraño que, si bien no en igual grado, quede en la alta estima y profundo respeto de nuestros descendientes, depositados juntos los timbres de España en su alzamiento y defensa, y la elocuente obra que dignamente los expone a la consideración del mundo en todas sus edades.»

ALCALÀ GALIANO.—*Juicio de la Historia de la guerra de la Independencia.*

REVISTA DE MADRID, 2.^a serie, tomo III.

Nada más común, en los grandes trastornos que agitan a los Estados, que el ver destruidos u olvidados los servicios prestados al país y los talentos que ostentaron los hombres que, en el torbellino de aquellos acontecimientos, han dado inequívocas y relevantes muestras de su patriotismo y elevado saber. Agitada la España por continuas revoluciones y bárbaras y espantosas reacciones en lo que llevamos de este siglo, imposible sería que el que empezó desde los primeros años a figurar en la escena política, no hubiera experimentado los odios y los favores, los encomios y persecuciones a que

han dado lugar los acontecimientos que, en opuesto sentido y sin intermisión, se han sucedido. El personaje de que vamos a ocuparnos ha pasado por todas las vicisitudes a que condenan a los hombres públicos las revoluciones. Escritor, orador, rentístico, hombre de Estado, el conde de Toreno ha seguido una carrera tan esclarecida, que bien pudiera contentar a la ambición más exigente. En su existencia política se encuentran alternativamente los extremados azares de la fortuna y de la desgracia; mezcladas las satisfacciones del Poder y los disgustos de la proscripción, las comodidades que dan las riquezas y la satisfacción de la gloria en el seno de la patria, con los disgustos del destierro; levantado un cadalso por una mano real, que prodiga después sus liberalidades, cual si pidiera gracia a su víctima, y, por último, los encontrados afectos del entusiasmo y del furor de los partidos. Y en medio de tantas vicisitudes, la ilustre persona de quien nos ocupamos ha sabido conquistar un lugar en Europa, que no perecerá, escribiendo la historia del período más glorioso para su país, al cual ha consagrado siempre, con más o menos fortuna, con buen o mal éxito, todos sus servicios y todo su talento.

No pretendemos seguramente que una carrera política tan dilatada, esté exenta de la crítica; pero a buen seguro que, por muy severa que ésta sea, ni aun hecha por sus mayores enemigos, que no da pocos el saber, quedará ofuscada con las relevantes prendas que no podrán menos de reconocer en el hombre cuya vida vamos a bosquejar rápidamente.

— Don José María Queipo de Llano y Ruiz de Sara-

via, nació el 26 de noviembre de 1786, en la ciudad de Oviedo. Su padre llevaba entonces el título de vizconde de Matarrosa como primogénito que era de la Casa de Toreno, una de las más ricas, antiguas e ilustres del Principado de Asturias, siendo su madre doña Dominga Ruiz de Saravia Dávila Enríquez de Cabrera, de una antigua familia de Cuenca, señora de cultivado entendimiento, que sin duda contribuyó con su esposo y su suegro el conde, que pasaba por hombre ilustrado, a inculcar en el ánimo de su hijo los nobles sentimientos que todos poseían.

A la edad de cuatro años pasó sucesivamente el conde de Toreno con sus padres a Madrid, Toledo y Cuenca, en cuya última ciudad adquirió las primeras nociones de su educación literaria, principiadas, según costumbre de entonces, por el estudio de la lengua latina. Aunque siempre se mostró muy aventajado, habiéndose establecido sus padres en Madrid en 1797, se perfeccionó bajo la dirección de su preceptor y paisano don Juan Valdés, hombre de notable capacidad y que, dado al liberalismo, es probable que contribuyese a despertar en el tierno ánimo de su alumno los mismos sentimientos.

Las poco comunes disposiciones del joven y la circunstancia de ser hijo único (1) fueron, sin duda, causa de que se le diese una educación más completa, pues después de instruido en Humanidades aprendió las Matemáticas y la Física expe-

(1) El conde de Toreno sólo tuvo cuatro hermanas, que ya han muerto, y una de ellas fué la esposa del desgraciado general D. Juan Díaz Porlier.

rimental y siguió con aprovechamiento y distinción los cursos de Química, Mineralogía y Botánica. Aprendió después con fruto las Letras griegas y los idiomas francés, inglés e italiano, y algo del alemán, ejercitándose sin intermisión en la lengua patria, que tan relevantes pruebas ha dado de poseer con corrección y elegancia. De notar es que, a pesar de sus aventajadas disposiciones y su grande capacidad intelectual, jamás tuvo afición a las obras de mero ingenio, ni se dedicó a la poesía, como acontece, por lo general, a las inteligencias precoces. Así es que el conde de Toreno, aunque inteligente en esta clase de literatura, jamás ha compuesto versos; y si hemos de dar crédito a lo que otros biógrafos suyos han escrito, los únicos que de él se conocen son unas hermosas quintillas, escritas para el álbum de la esposa del conde de Latour-Maubourg, embajador que fué de Francia en Madrid.

Habiendo regresado los padres del conde a Asturias en 1803, volvió éste a la Corte, y pasó en ella largas temporadas, perfeccionándose en sus estudios, conociendo entonces y tratando mucho a don Agustín Argüelles, don José Fernández Queipo y don Ramón Gil de la Cuadra, personas que profesaban los principios políticos más avanzados, y dos de las cuales, la primera y la última, enemigos políticos después del conde de Toreno, han permanecido aferrados a sus ideas, y estacionarios en el progresivo adelanto que desde aquella época han tenido los principios de gobierno. Por entonces se cree que hizo una traducción de *Eutropio* (1) que

(1) Escritor latino del siglo IV, autor de un *Compendio de Historia romana*, en diez libros.

no se ha impreso, y cuya elección anunciaba su afición decidida a los serios estudios históricos.

Llegó la época de la invasión de España por los franceses, y con ella el día 2 de mayo de 1808. El joven Toreno se hallaba a la sazón en Madrid, y corrió bastante peligro por su noble resolución de salvar a su amigo don Antonio Oviedo de la muerte que le amenazaba (2). Aquel espantoso día fué la señal también para que la Nación, indignada, diese el grito de independencia, y entre las provincias todas de España, tuvo Asturias la gloria de ser la primera en levantarse contra la dominación extranjera. Toreno, que llevaba a la sazón el título de vizconde de Matarrosa, dejó a Madrid pocos días después del 2 de mayo, y llegó a Oviedo en el momento en que el pueblo daba muestras de una próxima sublevación, a la cual contribuyó no poco, ya con la influencia que su familia disfrutaba, ya con la enardecida relación de los atentados y horrores de que acababa de ser testigo. Contribuyó dichosamente a regularizar el noble y generoso movimiento del pueblo, el hallarse congregada la Junta General del Principado, de la que eran individuos natos los condes de Toreno, por privilegio de familia, como alféreces mayores hereditarios del Principado. Nombrado el joven Toreno individuo de la Junta, a pesar de su corta edad, fué elegido para pasar a Inglaterra en compañía de don Andrés Angel de la Vega, para pedir auxilios y asentar las bases de una alianza. Mucho debió lisonjearle el verse nombrado, a la edad de

(2) *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, lib. II.

poco más de veinte años, para representar en Londres y en misión tan importante a la Junta Suprema de Asturias. El éxito manifestó lo acertado de la elección. El 30 de mayo salieron de Gijón los comisionados, en un corsario de Jersey, que apareció casualmente sobre el Cabo de Peñas; arribaron el 6 de junio a Falmouth, y por la mañana del siguiente día estaban en Londres y en el Almirantazgo.

Avistáronse poco después con Mr. Canning, ministro entonces de Relaciones Extranjeras (1), quien conoció al momento la grande importancia que podía tener en la suerte de Europa el levantamiento de España. Los enviados asturianos fueron obsequiados en Londres por todas las clases, hasta el punto de no poder presentarse en público sin ser acompañados de entusiasmadas aclamaciones.

Los honrosos auspicios con que había principiado su carrera política, y la feliz situación en que se hallaba en Londres el vizconde de Matarrosa, le proporcionaron el contraer amistad con muchos personajes ingleses de gran nombradía, como Castle-reagh, Wellington, Lord Holland, etc., y el insigne literato y orador Scheridan, con cuya irónica e incisiva elocuencia tiene no poca semejanza la del conde. También estrechó allí su amistad con don Agustín Argüelles, comisionado en aquella capital por el príncipe de la Paz para entablar una negociación delicada con el gabinete británico.

En diciembre del mismo año regresó el vizconde de Matarrosa a Oviedo, y habiendo fallecido su pa-

(1) Véase su biografía en el tomo 50 de esta Colección Cisneros, págs. 37-52.

dre, cambió su título por el de conde de Toreno. Permaneció en aquella ciudad hasta mayo del siguiente año, ocupado en los negocios de su casa, y sin asistir a las sesiones de la Junta, a causa de leves disensiones con algunos de sus individuos, hasta que llegó a Oviedo el marqués de la Romana, que acababa de venir del Norte. «Dando éste con sobrada facilidad oídos a las quejas y censuras de ciertas personas descontentas con las enérgicas providencias de aquella Junta —dice don Leopoldo Augusto de Cueto (1)—, y acervamente exasperado su ánimo con las respuestas de esta Corporación, que se negaba con altivez a subordinar sus propias atribuciones a la autoridad meramente militar del general, se resolvió a disolver la Junta con la fuerza de las bayonetas, parodiando ridículamente el 18 brumario de Napoleón, y formó otra, de la cual, sabiendo su desvío hacia aquélla, nombró miembro a Toreno. A pesar de hallarse éste, como hemos indicado, algún tanto quejoso de la disuelta Junta, y conocer además que había ella incurrido en merecida censura por unas medidas arbitrarias contra determinadas personas, olvidó agravios, y atendiendo únicamente a lo que era justo y legítimo, no sólo no aceptó el nombramiento del marqués de la Romana, sino que, como diputado nato de la Junta General, le echó en cara la ilegalidad y violencia de su proceder, calificándole de arbitrario y de muy pernicioso a la causa pública; firme y generosa resistencia, que hubiera podido acarrearle algún sinsabor de parte del general en jefe, a no haber sido repentinamente invadido

(1) *Galería de españoles célebres contemporáneos*. Madrid, 1842-1846. 9 vols. Biografía del conde de Toreno.

el Principado por el mariscal Ney y el general Kellermann.» El marqués de la Romana se embarcó, y el conde continuó en Asturias, ya andando por las breñas, ya unido a las tropas españolas refugiadas en las célebres montañas de Covadonga, mientras duró la ocupación. Terminada ésta, pasó Toreno a Andalucía por mar, en setiembre de 1809, y llegó a Sevilla, donde se hallaba la Junta Central, de la que eran individuos el marqués de Campo Sagrado, su tío, y el ilustre Jovellanos, a quien el conde había conocido en Madrid, y a quien trató entonces mucho, debiendo a su mediación que se le habilitase para administrar sus bienes, a pesar de su corta edad.

Invadida la Andalucía por las tropas francesas, se trasladó la Junta Central a la isla de León, y Toreno pasó a Cádiz, donde a poco de haber llegado recibió poderes de la Junta de León para que la representase cerca del Gobierno, desempeñado entonces por la Regencia; y poco después los recibió también para el mismo efecto del Principado de Asturias. Hallábanse en Cádiz también iguales representantes de otras provincias, y en sus frecuentes reuniones en que se ocupaban de los intereses públicos, convencido el conde de Toreno de la urgencia de las circunstancias, y con el ardor natural a sus pocos años, exhortó a sus compañeros a pedir a la Regencia que congregase sin demora las Cortes. Accedieron aquéllos a su propuesta, y le dieron el encargo de redactar la exposición, que apareció en términos un tanto imperiosos, y de cuya presentación a la Regencia, en compañía de don Guillermo Hualde, diputado por Cuenca, dignidad de Chantre en su iglesia catedral, y grande

apostólico, estuvo igualmente encargado. Verificáronlo el 16 de julio de aquel año (1810), leyendo el conde el citado escrito, que sin duda debió parecer demasiado imperativo al obispo de Orense, uno de los regentes, pues contestó a los diputados con notable destemplanza. Replicaron éstos con entereza, y aplacados todos por intervención del general Castaños, fué tan inmediato y eficaz el resultado, que al día siguiente se promulgó el decreto convocando a Cortes.

Hechos públicos estos incidentes, atrajeron al conde fama y popularidad por parte de unos, y alejamientos y aun odios por la de otros. Fijada la instalación de las Cortes para el 24 de setiembre, veíanse satisfechos los deseos del conde de Toreno, que consideraba aquel día como principio de una era de regeneración y de gloria, sin que previeran su juventud y buen deseo, las funestas consecuencias que había de acarrear al país la aclimatación en nuestro suelo, sin estar de antemano preparado el terreno, de una planta exótica y mal cultivada.

La nueva invasión del Principado de Asturias retardó allí las elecciones, que se verificaron luego que quedó libre, resultando nombrado unánimemente el conde de Toreno por uno de sus diputados a Cortes. Faltábale cerca de un año para cumplir los veinticinco que se requerían; pero no sin acalorados debates, se le dispensó la edad por el Congreso en la sesión del 16 de marzo de 1811, entrando a jurar y tomar asiento como diputado propietario, dos días después. Prueba inequívoca de las relevantes prendas que le adornaban, y de la gran reputación y concepto de que disfrutaba ya en aquella época y en tan corta edad.

Pasó el conde bastante tiempo sin tomar parte en las discusiones del Congreso, verificándolo por primera vez en la que se suscitó sobre señoríos y derechos jurisdiccionales, en la que habló el conde con calor, con un desprendimiento que honraba mucho a su carácter y a sus sentimientos patrióticos, siendo, como era, dueño y poseedor de algunos de los privilegios que se trataba de abolir. No le seguiremos en los varios debates en que tomó parte y en que siempre lució su talento, por no permitirnoslo el espacio a que debemos reducirnos; baste decir que mientras duraron las Cortes generales y extraordinarias, dió constantes muestras de su capacidad, en especial en las cuestiones de guerra y hacienda.

Llegado el término de las Cortes extraordinarias y constituyentes, y estableciéndose en el Código de 1812 el equivocado principio de que no pudieran ser reelegidos los diputados, quedó el conde de simple particular, aunque colocado ya por la fama que había adquirido, entre los personajes políticos más notables. Trasladadas las Cortes a Madrid, pasó también a la capital el conde de Toreno, donde permaneció hasta el día 5 de mayo de 1814, en que salió para Asturias. No desconocía seguramente la mala situación de las cosas, pero no podía prever que el día antes de su salida de Madrid, firmase el rey en Valencia el odioso decreto, violento y lleno de falacia, en el cual, aboliendo el sistema constitucional, declaraba rebeldes y facciosos a los que, si no exentos de error, dignos eran de alabanza y galardón por su lealtad al mismo que tan cruelmente les trataba, y por su no desmentido patriotismo. Apenas llegado el conde a

Asturias, recibió la noticia de la disolución de las Cortes, de la prisión de los regentes, de los ministros y de varios diputados amigos suyos, y el aviso de que se intentaba prenderle. Resolvió, pues, abandonar a España, y embarcándose en Ribadeo se dirigió por mar a Lisboa; pero obligado por los vientos contrarios a recalar en Vivero, continuó su marcha por tierra a aquella capital, adonde llegó a mediados de junio, no sin algunas dificultades. Pensaba el conde permanecer algún tiempo en Portugal, pero convencido al fin de que nada bueno podía esperar de la espantosa reacción que el rey y su Gobierno dirigían, y temiendo por otra parte la vigilancia de la policía portuguesa, dió a la vela para Inglaterra en los primeros días de julio.

Llegó a Londres a los pocos días, y permaneció allí hasta el mes de diciembre, en que pasó a París; pero el desembarco de Napoleón en Francia le obligó a regresar a Londres. Allí recibió la noticia de estar confiscados sus bienes y de haber sido condenado a muerte por tres de los cinco jueces que componían la Comisión nombrada por el rey para este objeto especial. Ningún delito podía achacarse a los diputados, a quienes sólo se perseguía por sus opiniones; pero a falta de cargos, se inventaron tan groseras y absurdas calumnias, que sólo sirvieron para baldón e infamia de los que las empleaban.

Después de la batalla de Waterloo, y restablecido en el trono Luis XVIII, volvió Toreno a Francia, a principios de agosto de 1815, obligado por las circunstancias críticas de su situación, y confiando en que su calidad de extranjero y su conducta bastarían a preservarle de todo riesgo. Pero

por aquel tiempo su cuñado, el general don Juan Díaz Porlier, preso entonces en La Coruña por su adhesión al Gobierno constitucional, se levantó en favor de la restauración del sistema abolido en 1814, apoderándose de aquella plaza. Aquel suceso alarmó a los legitimistas de Francia, y sospechando que Toreno y demás españoles liberales que residían en Francia no ignoraban la conspiración, se les vigiló atentamente, hasta que en abril de 1816, a pretexto de supuestas inteligencias de algunos liberales españoles que estaban en Bayona, con otros de Navarra, fué preso el conde de Toreno, junto con el general Mina y otros. Recogieronle sus papeles, y entre las extrañas preguntas del interrogatorio que se le hizo sufrir, era una de ellas si tenía noticia de un plan concertado para acabar con los Borbones de Francia, Nápoles y España, y otra si era cierto que concurría con frecuencia a la casa del duque de Wellington y del general español don Miguel Ricardo de Alava. Respondió el conde con dignidad y entereza a todas las preguntas, y no resultando nada contra él ni sus compañeros, fué el término de tan injusto e irregular procedimiento el ponerlos en libertad, después de dos meses de prisión. Permaneció el conde en París todo el tiempo que duró aquella primera emigración, pobre y oscurecido, pero apreciado cual merecía, contento con el testimonio de su conciencia, y dedicándose al estudio y a la observación. Por entonces escribió un opúsculo que tuvo gran aceptación y fué traducido en varios idiomas, titulado *Noticia de los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España desde 1808 hasta la disolución de las Cortes en 1814*. Durante todo

aquel largo y penoso período, no cometió el conde ningún acto de humillación, ni se retractó, ni hizo demanda alguna para mejorar la situación en que se hallaba, esperando confiado que llegarían mejores días.

Sabidos son los acontecimiento de la isla de León en 1820, y el restablecimiento del sistema constitucional en España, consecuencia precisa de la espantosa reacción que sufriera en 1814, y del desgobierno que a ella había seguido. Recibió Torero con júbilo la noticia de aquellas mudanzas, y abiertas a los proscritos las puertas de la patria, se vió el rey en la necesidad de colmar de mercedes a los mismos a quienes antes había condenado a muerte; el conde, restituído al goce de sus bienes y prerrogativas, fué nombrado además enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la Corte de Berlín; honroso encargo que se negó a aceptar, esperando, sin duda, ser elegido diputado por su provincia para las Cortes que se hallaban convocadas. Fuele, en efecto, y se trasladó inmediatamente a Madrid, donde fué recibido con gran entusiasmo del público y mucha afección de sus amigos y compañeros de infortunio.

Nombrado para redactar la contestación al discurso del rey, leído en la apertura de las Cortes, práctica propuesta por el conde y no usada hasta entonces, manifestaba ya aquel escrito la variación que se había realizado en sus opiniones, por efecto de sus mayores años, de su mayor instrucción y de las meditaciones de la desgracia. Amaba todavía ardientemente la libertad, pero no la comprendía ya como en sus primeros años, y conocía que reposando ésta en el orden público, no era posible con los principios y concesiones que hasta enton-

ces habían dominado. Pero era difícil que triunfaran en aquellas Cortes y con aquella Constitución las ideas de gobierno, familiarizadas en el continente desde la restauración de los Borbones en Francia, y tan contrarias a las que en España dominaban, por buena fe en unos, por miras menos nobles en otros, y por falta de conocimientos en la generalidad. El conde de Toreno, apoyando siempre el orden, en medio del desorden en que estaba sumida la sociedad por efecto natural de la reacción, y por los manejos de las sociedades secretas en ellas establecidas, luchaba en vano; y en especial en la célebre sesión del 7 de setiembre, llamada de *las páginas*, pedía que se hiciese efectiva la responsabilidad del gabinete, del que era individuo su amigo entonces el señor Argüelles, si pudiendo impedirlo permitía que se alterase la tranquilidad pública.

Al paso que aquellos excesos iban disipando más y más las ilusiones del conde, su oposición a las doctrinas desorganizadoras le atraían el odio de los alborotadores; pero no por eso manifestaba menos tesón, ni mostró menor energía en la interpe-lación que dirigió al Gobierno el día después del asesinato del cura Vinuesa, haciéndole cargo de no haber tomado todas las providencias necesarias para impedir aquel atentado. Entonces empezó a darse el dictado de *pasteleros* a los liberales de opiniones templadas, que condenaban los excesos de la exaltación, y con el cual honraban al conde los promovedores de los alborotos. Escogieron éstos el 4 de febrero de 1822, en que se discutía la ley adicional sobre la libertad de imprenta, para tomar venganza de los diputados que se oponían a

su desenfreno. Habló el conde en aquella sesión con notable energía, y al salir del Congreso vió amenazada su vida, lo mismo que su amigo don Francisco Martínez de la Rosa, por una turba de alborotadores, y hubieran, sin duda, perecido sin la vigilancia de las autoridades y su admirable serenidad. El general Morillo llevó al conde a su casa, y dirigiéndose las turbas a la del conde, sin respeto a que en ella habitaba su hermana, la viuda del general Porlier, muerto en un patíbulo por la libertad, la allanaron e hirieron a algunos de sus criados.

Peró se engañaban los anarquistas si creían amedrentar a aquellas dos almas de elevado temple. Presentáronse al día siguiente en el Congreso con impavidez, a denunciar la odiosa tropelia cometida con dos diputados de la Nación, y pidiendo al mismo tiempo que no se tomase providencia alguna con respecto a los acontecimientos del día anterior; generosidad laudable como hombres particulares, pero que admite poca excusa en quienes no debían mirar en aquel atentado el agravio personal, sino el crimen cometido contra los representantes de la Nación, y contra la libertad que profanaban.

Varios fueron los discursos pronunciados e informes dados por el conde de Toreno durante aquellas Cortes, y en especial en materias de Hacienda. Los apuros del erario obligaron al Gobierno a hacer uso de su crédito, contratando un empréstito, y no habiéndose podido realizar el llamado nacional, fué preciso acudir al extranjero. Comprendió Toreno que era para ello forzoso asentar antes el crédito con el reconocimiento de la deuda de Ho-

landa, contraída con particulares y bajo el gobierno legítimo de Carlos IV, y sostuvo, por lo tanto, el reconocimiento de aquel crédito. Aprobaron las Cortes, el empréstito y reconocieron la deuda holandesa, siendo de advertir que, nombrado Toreno presidente de las Cortes el 9 de setiembre de 1820, no fué de la Comisión nombrada para examinarle. Achacáronse, sin embargo, al conde grandes faltas, y el espíritu de facción acogió las sospechas propagadas por la envidia y la necedad. El conde de Toreno fué el primero que proclamó y sostuvo en aquellas Cortes los verdaderos principios del crédito, y no es culpa suya si algunos abusaron después y se desviaron de ellos.

Terminadas las Cortes extraordinarias a mediados de febrero de 1822, volvió Toreno a la vida privada, y renunció definitivamente el cargo de ministro plenipotenciario en Berlín. Temeroso el rey del espíritu de las Cortes ordinarias que se iban a reunir, y deseando formar un gobierno de resistencia y firmeza, hizo proponer al conde que nombrase un ministerio, poniéndose él a su frente. Negóse Toreno, considerando lo grave de las circunstancias, y que se preparaba una lucha permanente y a todo trance entre el Gobierno y la revolución, en que ésta forzosamente había de triunfar, con los elementos que le daba el Código de 1812 y la mala voluntad del rey, convertido en conspirador, y falto de la autoridad necesaria. Insistiendo, sin embargo, el rey en su propósito, mandó al conde que le indicase por lo menos los sujetos que debían formar el nuevo ministerio; y habiéndolo verificado, siendo una de las personas indicadas el señor Martínez de la Rosa, que fué nombrado des-

pués, salió para París apresuradamente la misma noche en que entregó la lista, temeroso de que se le obligase a aceptar el ministerio si permanecía en Madrid.

No son de este lugar, y sí demasiado sabidos, los acontecimientos del mes de julio, y los resultados de la invasión francesa, consecuencia de los acuerdos del Congreso de Verona; la destrucción del gobierno constitucional y la reacción espantosa a que dió lugar el abuso y los desórdenes que a su sombra se habían cometido.

Entonces principió para el conde una nueva proscripción; y aunque no es de creer tuviese el rey contra él tanto encono como contra otros de sus compañeros de expatriación, no dió paso alguno para que cesasen sus persecuciones, y se le permitiese la libre administración de sus bienes, pues su carácter no es de los que fácilmente se doblegan ni a los caprichos de un déspota, ni las tumultuosas exigencias del populacho. En los diez años de aquella segunda emigración, viajó por varios países de Europa, mereciendo en todas partes señaladas muestras de aprecio. Aunque emigrado y liberal, no tomaba parte activa en las tentativas de conspiración, ni en los sueños y delirios que alimentaban las esperanzas de otros que sufrían igual suerte. Tachaban algunos de desvío aquella indiferencia, que no era efecto sino de la creencia en que estaba el conde de que sólo por acontecimientos extraordinarios, y una gran modificación en el espíritu público de la península podría verificarse un cambio en su gobierno. Así, pues, se dedicaba a estudios serios, cual convenían a su carácter y distinguido talento; sin olvidar en medio de la

penuria en que debía tenerle el secuestro de sus bienes, el auxiliar a algunos compañeros de desgracia, aunque discordes en doctrinas y opiniones. Uno de ellos fué don Agustín Argüelles, según él mismo lo declaró públicamente en las Cortes con una sinceridad espontánea que le honra, a pesar de que en otras circunstancias ha olvidado las consideraciones a que le ligaban los vínculos de una antigua amistad y los beneficios recibidos. ¡Hay hombres cuya divisa parece ser la ingratitud!

Cultivó Toreno durante aquel tiempo la amistad de personajes políticos de diferentes opiniones, como Villèle, Manuel, Foy, Benjamín Constant, Lafayette, Guizot, Thiers, el duque de Broglie y otros insignes liberales de aquel país. Dedicóse a escribir la historia de los grandes acontecimientos de la *Guerra de la Independencia*, principiando a fines de 1827, y después de haber reunido los infinitos conocimientos y noticias que tan complicada obra hacía necesarias. A veces fué interrumpida la obra comenzada por diferentes ocupaciones, y, sin embargo, en menos de tres años concluyó el libro décimo, en la noche misma del 28 de julio de 1830, en medio del levantamiento de París. Hasta setiembre de 1831 sólo pudo escribir los libros undécimo y duodécimo, y después, durante un año que estuvo viajando por Inglaterra, Bélgica, Alemania y Suiza, escribió, sin embargo, hasta la conclusión de los cuatro primeros tomos de su historia.

La Revolución de Julio en París había de producir necesariamente una variación notable en el espíritu público de España; y aunque el Gobierno, desde 1827, había dejado de ser tan reaccionario y

tiránico como en los años anteriores, los principios de libertad que en el país vecino se proclamaban debían encontrar eco en España, donde se habían olvidado ya en gran parte los desaciertos de anteriores épocas. Los acontecimientos de Portugal dieron mayor impulso y nuevas esperanzas al partido liberal; los sucesos de la Granja en setiembre de 1832, variaron la marcha del Gobierno, y con la cuestión dinástica, precipitaron el desenlace de la política. Los que poco antes eran considerados y perseguidos como enemigos del Trono, se creyeron, y con razón, los más firmes defensores de la legitimidad, y en ellos creyó debía apoyarse el Gobierno para combatir a la facción carlista que se ostentaba sin disfraz. La excelsa Reina Gobernadora acogió con júbilo el pensamiento de olvido y generosidad que tanto se hermanaba con los impulsos de su magnánimo corazón, y el 15 de octubre de 1832 se publicó el decreto de la primera amnistía.

Regresó Toreno a París en diciembre de aquel año, y después de permanecer algunos meses en aquella capital, se restituyó a España en julio de 1833, y a poco de haber llegado a Madrid le mandó salir sin miramiento alguno el ministerio Cea Bermúdez, a pesar de hallarse enfermo y contra lo dispuesto en el decreto de amnistía.

Pasó el conde a Asturias, donde permaneció hasta la muerte del rey, y al suscitarse la cuestión dinástica, proclamó en aquella provincia, según de derecho le correspondía como alférez mayor de ella, a la nueva reina Isabel II, y volvió a Madrid comisionado por la Diputación general de Asturias para felicitar a la Reina Gobernadora. Permaneció en la Corte como particular, hasta que promulgado

el Estatuto Real, fué nombrado por S. M. ministro de Hacienda en el mes de junio de 1834.

Al encargarse de aquella dependencia tuvo que dedicarse sin demora a los trabajos de su ramo, que debían presentarse a las Cortes, y los presentó en efecto, ocupándose aquella legislatura casi exclusivamente de discusiones en materias de Hacienda, que sostuvo con saber y elocuencia el ministro del ramo. Verificóse durante su ministerio el empréstito de 400 millones, cuya necesidad era generalmente reconocida, precediendo antes el arreglo de la deuda extranjera (1), arreglo que hacían indispensable razones de política y de conveniencia propia. El empréstito se realizó a más de sesenta, e indudablemente se hubiera terminado a setenta, a no ser por la lentitud con que se debatió en el Estamento de Procuradores. De todos modos se realizó con más ventaja que ninguno de los contraídos desde 1820, y no podemos convenir con otros biógrafos, que dicen que erró el conde de Toreno en hacerlo con la casa de Ardoin de preferencia a la de Rotschild, por la influencia que esta última hubiera podido tener con los gabinetes del Norte para el reconocimiento de la reina doña Isabel II; suponiendo, además, que lo hizo llevado de un rigorismo extremado de principios, por no querer acceder a la preferencia a su favor, que en igualdad de condiciones, reclamaba para cualquier otro empréstito que pudiera negociar el Gobierno español, la casa Rotschild. Indudablemente, tan irritante e indecorosa condición imposibilitaba al ministro para aceptar el contrato, y tenía, ade-

(1) Véase el Proyecto de Ley presentado al Estamento de Procuradores en la sesión del 7 de agosto de 1834.

más, sobrado conocimiento del estado político de Europa para ignorar que los compromisos en que pudieran verse los intereses de aquella respetable casa, en nada habían de influir para que los gabinetes del Norte variasen de conducta con respecto al reconocimiento de la reina (1).

Dos grandes acontecimientos en extremo escandalosos tuvieron lugar por aquel tiempo en la Cor-

(1) No es cierta la preferencia que se supone, ni pudo en realidad haberla. La casa de Rotschild no hizo proposición alguna para el empréstito, ni al parecer quería hacerla. Impreso está, y por disposición del señor Mendizábal, el expediente del referido empréstito, y en él no aparece proposición alguna de la citada casa entre las diversas que en él se mencionan. Lo que sí pretendía por entonces la casa de Rotschild, era obligar al Gobierno español, por medio de un tratado, a que pasasen a su examen las proposiciones de empréstito que recibiese, y a que no contratase ninguno sin su intervención ni auencia.

El conde de Toreno ni pasó, ni podía de modo alguno pasar, por tratado tan inconducente, y tan impropio del régimen de publicidad y de libre concurrencia, que pensaba adoptar y se adoptó, en efecto, en el Real decreto de 9 de octubre de 1834; conducta que, lejos de censura, merecerá más bien los elogios de cuantos aprecien el decoro nacional y la recta administración de los intereses del Estado. Tampoco hay exactitud en la preferencia que se supone dada a la casa de Ardoin; pues entre las diecinueve proposiciones presentadas, la que verdaderamente obtuvo la preferencia como más ventajosa, fué la hecha con D. Vicente Bertrán de Lis, y sólo cuando este licitador hizo presente que por las circunstancias que alegaba, *le era imposible realizar su empeño y que retiraba su proposición*, fué cuando el conde de Toreno, de acuerdo con lo manifestado por la Comisión de empréstito y por el Consejo de gobierno, otorgó con la casa de Ardoin el tratado relativo al empréstito, por ser sus proposiciones las más ventajosas entre las catorce restantes.

te: el asesinato de los frailes en julio de 1834, y la sublevación de la Casa de Correos en enero del 35. Ambos atentados quedaron impunes, y aunque nos consta que el presidente del ministerio, el señor Martínez de la Rosa, hizo para su castigo esfuerzos que se estrellaron en la inercia o mala voluntad de autoridades subalternas; y aunque es sabido también que ocupado Toreno principalmente de los asuntos de Hacienda tomaba poca parte en los actos generales de la gobernación, siempre resultará que de allí tomó principio la carrera de impunidades que hemos recorrido, y alguna culpa resultará siempre a los encargados del gobierno que no tuvieron energía bastante para castigar ejemplarmente a los subalternos que no cumplían cual era debido sus obligaciones.

La impunidad del motín militar de que acabamos de hablar, el aumento progresivo de los principios anárquicos, el mal estado de la guerra del Norte, y en especial después de la derrota de las Amézcoas, todo contribuía a hacer impopular aquel ministerio, a quien se achacaban culpas y reveses que no eran seguramente suyos. Sabido es que pidieron entonces los generales del ejército la intervención francesa, y que el Gobierno se decidió a reclamarla, a pesar de la oposición de su presidente, el señor Martínez de la Rosa, que conocía lo inútil de aquel paso, y que renunció su puesto al ver realizados sus pronósticos. No ha faltado quien haya atribuido a Toreno una parte en acelerar aquella separación, y aun algunos le han censurado por no haberse retirado en aquella ocasión.

Por la salida del señor Martínez de la Rosa del Gabinete, fué el conde de Toreno nombrado su

presidente en 7 de junio de 1835, conservando el ministerio de Hacienda y desempeñando interinamente el de Estado. Indudablemente, aquel nombramiento y la organización del ministerio que se verificó a los pocos días, reanimó un tanto el espíritu público. Inconcebible es, sin embargo, para nosotros, cómo pudo el conde llamar para que le reemplazase en el ministerio de Hacienda a don Juan Alvarez y Mendizábal, y sólo podemos atribuirlo a que, creyendo tenerlo bajo su inmediata dependencia, le serviría sólo para ciertas operaciones de arbitraje, sin mezclarse en el arreglo general de la Hacienda, ni mucho menos en la gobernación del país. Este, seguramente, no le estará muy agradecido por el regalo que le hizo, pues si ha manifestado travesura y actividad para ciertas operaciones, ha demostrado también que sus ideas revolucionarias y sus desorganizadores principios, no le colocarán jamás entre los hombres de Estado. Otros hombres entraron también en aquel ministerio, que si disfrutaron prestigio de saber en otra época, nadie duda ya en el día de su nulidad. El partido exaltado veía en aquel ministerio a representantes del antiguo partido nacional, y los había también de ideas moderadas y conservadoras; pero el carro de la revolución iba a desbocarse, y, a pesar de las concesiones hechas por Toreno a la oposición y de elegir para cargos de la mayor importancia personas que han manifestado después ser de ideas muy contrarias a las suyas, sin embargo, de su inflexibilidad en las cuestiones de orden público, no pudo detenerle.

Durante su ministerio, se ocupó principalmente en terminar la guerra civil por todos medios, y en

su tiempo envió ya a las provincias del Norte a Muñagorri, que tan desgraciada muerte tuvo después. Las atenciones públicas se hallaban cubiertas, y dejó a su salida del ministerio setenta millones para pagar un semestre de la deuda; la suerte de las armas le había sido también favorable, no sólo por la muerte del principal caudillo faccioso Zumalacárregui, sino por el levantamiento del sitio de Bilbao, y la victoria alcanzada por el general Córdova en Mendigorria. Nada más podía pedir-sele como ministro de Hacienda en medio de una desastrosa guerra civil, ni ningún motivo plausible había para el pronunciamiento, que con singular inconsecuencia estalló en varias capitales de provincia, y en Madrid mismo el día 15 de agosto, sublevándose una parte de la Milicia y haciéndose fuerte en la Plaza Mayor. Apaciguado el tumulto de Madrid, aún duró un mes el poder en manos del conde de Toreno; pero iba cundiendo la sublevación en las provincias, y el Gobierno, sin tropas de que disponer y no pudiendo tampoco contar con la Milicia, tuvo al fin que sucumbir, no contribuyendo poco a la caída del conde Toreno el haberse retraído de encargarse del ministerio de Hacienda el señor Mendizábal, que había llegado a Madrid y que de este modo se atrajo las simpatías de los perturbadores.

Rehusaba la Reina Gobernadora el admitir la renuncia que hacía Toreno; pero habiéndola convencido éste de la necesidad y llamado al Pardo en la noche del 14 de setiembre de 1835, extendió allí los decretos de su dimisión y nombramiento de nuevos ministros, siendo de advertir que el que a él

se refería está escrito en términos más severos (1).

Restituído Toreno a la vida privada, volvió a ocuparse con afán de la conclusión de su *Historia*. Durante su ministerio había contraído matrimonio con doña María del Pilar Gayoso Téllez Girón, hija de los señores marqueses de Camarasa.

A pesar de los consejos de muchos amigos, no sólo se presentó en las Cortes, abiertas en noviembre de 1835, sino que tomó parte en las más arduas discusiones, y especialmente en la del famoso *voto de confianza* con que el señor Mendizábal logró embaucar a algunos y que sólo contribuyó al aumento de nuestra deuda y a la completa dislocación de nuestra Hacienda.

Signió después la discusión sobre la ley electoral, en la que tomó el conde una parte muy notable, y que dió lugar a la disolución de aquellas Cortes. Convocadas otras, que se abrieron el 22 de marzo bajo el influjo revolucionario, no fué elegido para ellas el conde de Toreno, ni otros de los principales oradores de su comunión política al paso que lo era por siete provincias el señor Mendizábal, lo que dió lugar a agudos chistes en aquella ocasión. Pero ni aquella mentida popularidad pudo sostener en el ministerio al señor Mendizábal, al cual sustituyó el señor Istúriz. Sobrevinieron entonces los sabidos acontecimientos de la Granja, cuya escandalosa narración haremos en otro

(1) Parece que reparando con extrañeza la Reina Gobernadora en los términos del Decreto, preguntó al conde la causa de tanta sequedad; a lo cual contestó que le bastaba saber que poseía el aprecio de S. M., y que convenía no dar nuevos pretextos para encender más las pasiones.

lugar. Restablecióse la Constitución de 1812, y creyéndose Toreno poco seguro en España, se trasladó de nuevo a París y Londres, donde, al paso que en Madrid se decretaba el secuestro de sus bienes y la pérdida de sus honores, daba él la última mano a la historia de las glorias de su patria.

Formada la Constitución de 1837, derribado el ministerio Calatrava a consecuencia de los sucesos de Pozuelo de Aravaca y disuelto el Congreso constituyente, procedióse a nuevas elecciones, en las que triunfó la opinión moderada; y nombrado Toreno diputado por su provincia, se trasladó desde París a Madrid para ejercer su encargo.

Sin duda alguna, reunidas las Cortes en 1837, cuando se trató de reemplazar al ministerio de transición que entonces existía, debían ocupar un lugar en el nuevo los jefes del partido vencedor. No se hizo así, sin embargo, y aunque se concedió la presidencia del nuevo gabinete al señor Conde Ofalia, persona en todos conceptos muy digna, así como los demás individuos que compusieron el gabinete, faltóse, no obstante, en nuestro concepto, a lo que exigían las circunstancias y a la práctica observada en otros países. El conde de Toreno apoyó aquel ministerio, y en aquella legislatura fué cuando con notable valentía pronunció estas palabras: «Las guerras civiles nunca terminan por el exterminio de un partido... Si con *transacción* y *olvido* se concluyese la nuestra, conclúyase en buen hora, con tal que triunfen el trono de Isabel II y la causa de la libertad» (1). Diez y ocho

(1) Sesiones del Congreso de Diputados de los días 8 y 10 de enero de 1838.

meses después el *Convenio de Vergara* probaba la exactitud de las nobles expresiones del conde, oídas antes con escándalo por los revolucionarios.

Terminada la primera legislatura de aquellas Cortes, volvió el conde a París, donde había dejado a su esposa, e hizo un viaje a Italia. Abierta la segunda legislatura, tachó su ausencia el general Seoane, anunciando en contra de su pasado ministerio una terrible acusación. Nombrado el conde en aquel intermedio Grande de España de primera clase, creía que tal vez se le consideraría sujeto a reelección, y ésta era la causa verdadera de su permanencia en el extranjero. Determinado afirmativamente por el Congreso, permaneció el conde en Francia hasta que en las elecciones verificadas para las Cortes de 1840, elegido nuevamente por su provincia, regresó a Madrid a fines de 1839.

Principiaron aquellas Cortes sus deliberaciones el 19 de febrero, y sabidos son los escandalosos sucesos del día 24, en que los representantes de la nación fueron insultados y amenazada su existencia en el lugar mismo de sus sesiones, y con mengua del Gobierno que lo permitía y no supo castigarlo. El conde de Toreno dió en aquel día muestras de su valor y serenidad, a pesar de ser uno de los más insultados por aquellas turbas.

El conde de Toreno tomó poca parte en las discusiones de aquellas Cortes, a pesar de ser, en nuestro concepto, las en que con mayor detención y copia de luces se discutieron varias cuestiones. Resucitada la acusación del general Seoane, habló el conde con templanza y cordura, defendiendo la contrata de azogues celebrada durante su ministerio con la casa de Rotschild, en que hizo subir

el precio a cincuenta y cuatro pesos y cuartillo el quintal, desde veintisiete pesos y cuartillo a que se había contratado en 1830, a pesar de la diferencia en las dos épocas y de la azarosa situación en que ponía al Gobierno, en la última, la guerra civil. Las Cortes, casi por unanimidad, declararon no había lugar ni fundamento para la acusación.

Sabidos son los acontecimientos posteriores, el viaje de las reinas a Barcelona, y los trastornos a que los sucesos de aquella capital y el levantamiento de setiembre han dado lugar. El conde de Toreno se expatrió voluntariamente, y reside desde entonces en París, ocupándose, según tenemos entendido, en reunir materiales para escribir la historia de la dominación de la Casa de Austria en España.

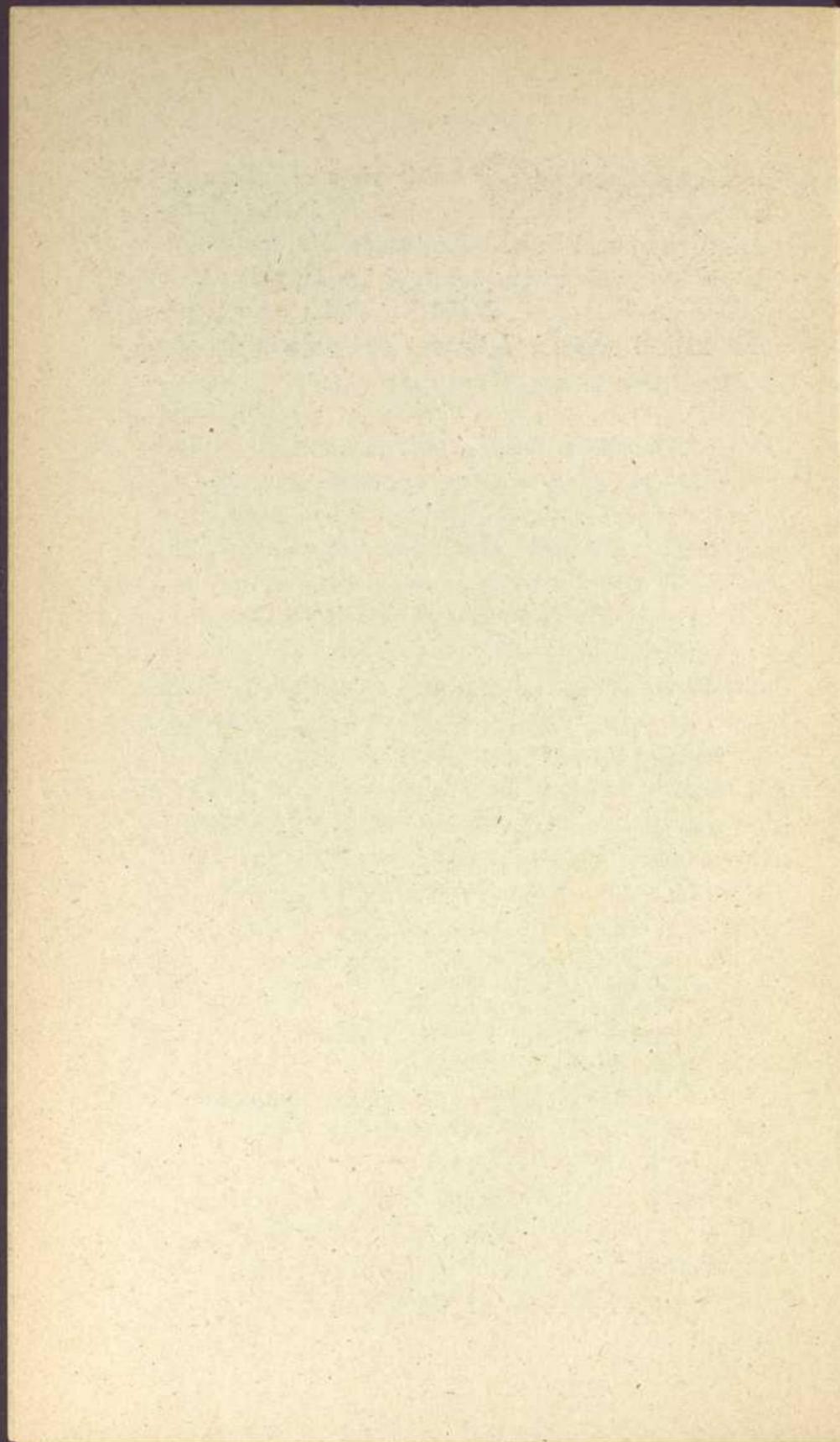
Hemos bosquejado rápidamente la vida política del conde de Toreno, y nos falta espacio para hablar, cual deseáramos, de su gran obra literaria, la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, que le ha atraído felicitaciones de todos los países y de todos los sabios del mundo. Nos contentaremos con citar una, transcribiendo la que le dirigió últimamente Mr. Alejandro Humboldt, por cuya mediación había regalado su libro a la Biblioteca Real de Berlín: «Vuestro magnífico regalo, señor conde, dice el sabio de ambos mundos, marchará esta semana y admirará a todos los literatos de mi patria. La edición hace honor al arte tipográfico en España, que se creía haber desmerecido desde las obras maestras de Ibarra, y el *Salustio*, del Infante. Vuestra grande y clásica *Historia* ha excitado nuevamente mi más viva curiosi-

dad. Casualmente jamás había visto el último tomo, y he encontrado en él el extenso índice de materias, en el cual he podido escoger. Me ha admirado de nuevo la pintura tan animada y llena de talento de los asuntos de El Escorial (tomo I, página 21), el carácter del que en el palacio del rey ha recordado a don Beltrán de la Cueva (tomo I, página 85), los esfuerzos hechos por restablecer la Inquisición (tomo V, pág. 69), etc., etc. He tenido también la perspicacia de encontrar en ella mi nombre (tomo III, pág. 435), y me ha lisonjeado tan amable recuerdo. He estado leyendo hasta las tres de la mañana sin cansarme».

Hemos concluído nuestra imperfecta tarea; el recorrer la vida y examinar la obra del personaje que nos ha ocupado, exige más extensión, y, seguramente, más capacidad. Esperemos a que, calmadas las pasiones y pudiendo los hombres apreciar en su justo valor el mérito del conde de Toreno, haya quien se ocupe de tan importante trabajo; entonces no dudamos que será del número de aquellos que, como dice el festivo Beranger:

On les persecute, on les tue;
sauf après un lent examen
a leur dresser une statue
pour la gloire du genre humain.

JOSÉ M.^a QUADRADO





I

LOS PROPÓSITOS DE NAPOLEÓN

Todavía no estaban concluídas las negociaciones con Izquierdo; todavía no se había cerrado tratado alguno, cuando Napoleón, impaciente, lleno del encendido deseo de empezar su proyectada empresa, e informado de la partida de los embajadores, dió orden a Junot para que entrase en España, y el 18 de octubre cruzó el Bidasoa la primera división francesa, a las órdenes del general Delaborde, época memorable, principio del tropel de males y desgracias, de perfidias y heroicos hechos que sucesivamente nos va a desdoblar la historia. Pasada la primera división, la siguieron la segunda y la tercera, mandadas por los generales Leison y Travot, con la caballería, cuyo jefe era el general Kellerman. En Irún tuvo orden de recibir y obsequiar a Junot don Pedro Rodríguez de la Buria; encargo que ya había desempeñado en la otra guerra con Portugal. Las tropas francesas se encaminaron por Burgos y Valladolid hacia Salamanca, a cuya

ciudad llegaron veinticinco días después de haber entrado en España. Por todas partes fueron festejadas y bien recibidas, y muy lejos estaban de imaginarse los solícitos moradores del tránsito la ingrata correspondencia con que iba a pagárseles tan esmerada y agasajadora hospitalidad.

Tocaron mientras tanto a su cumplido término las negociaciones que andaban en Francia, y el 27 de octubre en Fontainebleau se firmó entre don Eugenio Izquierdo y el general Duroc, gran mariscal de palacio del emperador francés, un tratado compuesto de catorce artículos con una convención aneja comprensiva de otros siete. Por estos conciertos se trataba a Portugal del modo como antes otras potencias habían dispuesto de la Polonia, con la diferencia que entonces fueron iguales y poderosos los gobièrnos que entre sí se acordaron, y en Fontainebleau tan desemejantes y desproporcionados, que al llegar al cumplimiento de lo pactado, repitiéndose la conocida fábula del león y sus partidas, dejóse a España sin nada, y del todo quiso hacerse dueño su insaciable aliado. Se estipulaba por el tratado que la provincia Entre-Duero-y-Miño se daría en toda propiedad y soberanía con título de Lusitania septentrional al rey de Etruria y sus descendientes, quien a su vez cedería en los mismos términos dicho reino de Etruria al emperador de los franceses; que los Algarbes y el Alentejo igualmente se entregarían en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, con denominación de príncipe de los Algarbes, y que las provincias de Beira, Tras-os-Montes y Extremadura portuguesa quedarían como en secuestro hasta la paz general, en cuyo tiempo podrían ser cambiadas por Gi-

braltar, la Trinidad o alguna otra colonia de las conquistadas por los ingleses; que el emperador de los franceses saldría garante a S. M. C. de la posesión de sus Estados de Europa al Mediodía de los Pirineos, y le reconocería como emperador de ambas Américas a la conclusión de la paz general, o a más tardar dentro de tres años. La convención que acompañaba al tratado circunstanciaba el modo de llevar a efecto lo estipulado en el mismo: 25.000 hombres de infantería francesa y 3.000 de caballería habían de entrar en España, y reuniéndose a ellos 8.000 infantes españoles y 3.000 caballos, marchar en derechura a Lisboa, a las órdenes, ambos cuerpos, del ejército francés, exceptuándose solamente el caso en que el rey de España o el príncipe de la Paz fuesen al sitio en que las tropas aliadas se encontrasen, pues entonces a éstos se cedería el mando. Las provincias de Beira, Trás-os-Montes y Extremadura portuguesa debían ser administradas, y exigírseles las contribuciones en favor y utilidad de Francia. Y al mismo tiempo que una división de 10.000 hombres de tropas españolas tomase posesión de las provincias de Entre-Duero-y-Miño, con la ciudad de Oporto, otra de 6.000 de la misma nación ocuparía el Alentejo y los Algarbes, y así aquella primera provincia como las últimas habían de quedar a cargo, para su gobierno y administración, de los generales españoles. Las tropas francesas, alimentadas por España durante el tránsito, debían cobrar sus pagas de Francia. Finalmente, se convenía en que un cuerpo de 40.000 hombres se reuniese en Bayona el 20 de noviembre, el cual marcharía contra Portugal, en caso de necesidad, y precedido el consentimiento de ambas potencias contratantes.

— En la conclusión de este tratado, Napoleón, al paso que buscaba el medio de apoderarse de Portugal, nuevamente separaba de España otra parte considerable de tropas, como antes había alejado las que fueron al Norte, e introducía, sin ruido y solapadamente, las fuerzas necesarias a la ejecución de sus ulteriores y todavía ocultos planes, y lisonjando la inmoderada ambición del privado español, le adormecía y le enredaba en sus lazos, temeroso de que desengañado a tiempo y volviendo de su deslumbrado encanto, quisiera acudir al remedio de la ruina que le amenazaba. Ansioso el príncipe de la Paz de evitar los vaivenes de la fortuna, aprobaba convenios que hasta cierto punto le guarecían de las persecuciones del gobierno español en cualquiera mudanza. Quizá veía también en la compendiosa soberanía de los Algarbes el primer escalón para subir a trono más elevado. Mucho se volvió a hablar en aquel tiempo del criminal proyecto que años atrás se aseguraba haber concebido María Luisa, arrastrada de su ciega pasión, contando con el apoyo del favorito. Y no cabe duda que acerca de variar de dinastía se tanteó a varias personas, llegando a punto de buscar amigos y parciales sin disfraz ni rebozo. Entre los solicitados fué uno el coronel de Pavía don Tomás de Jáuregui, a quien descaradamente tocó tan delicado asunto, don Diego Godoy; no faltaron otros que igualmente le promovieron. Mas los sucesos, agolpándose de tropel, convirtieron en humo los ideados e impróvidos intentos de la ciega ambición.

Tal era el deseado remate a que habían llegado las negociaciones de Izquierdo, y tal había sido el principio de la entrada de las tropas francesas en

la península, cuando un acontecimiento con señales de suma gravedad fijó en aquellos días la atención de toda España.

II

EL PROCESO DE EL ESCORIAL

Vivía el príncipe de Asturias alejado de los negocios, y solo, sin influjo ni poder alguno, pasaba tristemente los mejores años de su mocedad sujeto a la monótona y severa etiqueta de palacio. Aumentábase su recogimiento por los temores que infundía su persona a los que entonces dirigían la monarquía; se observaba su conducta y hasta los más inocentes pasos eran atentamente acechados. Prorrumpía el príncipe en amargas quejas, y sus expresiones solían a veces ser algún tanto descompuestas. A ejemplo suyo, los criados de su cuarto hablaban con más desenvoltura de lo que era conveniente, y repetidos, aun quizá alterados al pasar de boca en boca, aquellos dichos y conversaciones avivaron más y más el odio de sus irreconciliables enemigos. No bastaba, sin embargo, tan ligero proceder, para empezar una información judicial; solamente dió ocasión a nuevo cuidado y vigilancia. Redoblados uno y otra, al fin se notó que el príncipe recibía cartas, que muy ocupado en escribir velaba por las noches, y que en su semblante daba indicio de meditar algún importante asunto. Era suficiente cualquiera de aquellas sospechas para despertar el interesado celo de los asalariados que le rodeaban, y una dama de la servidumbre de la rei-

na le dió aviso de la misteriosa y extraña vida que traía su hijo. No tardó el rey en estar advertido, y estimulado por su esposa, dispuso que se recogiesen todos los papeles del desprevenido Fernando. Así se ejecutó, y al día siguiente, 29 de octubre, a las seis y media de la noche, convocados en el cuarto de su majestad los ministros del despacho y don Arias Mon, gobernador interino del consejo, compareció el príncipe, se le sometió a un interrogatorio, y se le exigieron explicaciones sobre el contenido de los papeles aprehendidos. En seguida su augusto padre, acompañado de los mismos ministros y gobernador con grande aparato y al frente de su guardia, le llevó a su habitación, en donde, después de haberle pedido la espada, le mandó que quedase preso, puestas centinelas para su custodia: su servidumbre fué igualmente arrestada.

Al ver la solemnidad y aun semejanza del acto, hubiera podido imaginarse el atónito espectador que en las lúgubres y suntuosas bóvedas del Escorial iba a renovarse la deplorable y trágica escena que en el alcázar de Madrid había dado al orbe el sombrío Felipe II; pero otros eran los tiempos, otros los actores, y muy otra la situación de España.

Se componían los papeles hasta entonces aprehendidos al príncipe de un cuadernillo escrito de su puño de algo más de doce hojas, de otro de cinco y media, de una carta de letra disfrazada y sin firma, fecha en Talavera a 18 de marzo, y reconocida después por Escoiquiz, de cifra y clave para la correspondencia entre ambos, y de medio pliego de números, cifras y nombres que en otro tiempo habían servido para la comunicación secre-

ta de la difunta princesa de Asturias con la reina de Nápoles su madre. Era el cuadernillo de las doce hojas una exposición al rey, en la que, después de trazar con colores vivos la vida y principales hechos del príncipe de la Paz, se le acusaba de graves delitos, sospechándole del horrendo intento de querer subir al trono y de acabar con el rey y toda la real familia. También hablaba Fernando de sus persecuciones personales, mencionando, entre otras cosas, el haberle alejado del lado del rey, sin permitirle ir con él a caza, ni asistir al despacho. Se proponían, como medios de evitar el cumplimiento de los criminales proyectos del favorito, dar al príncipe heredero facultad para arreglarlo todo, a fin de prender al acusado y confinarle en un castillo. Igualmente se pedía el embargo de parte de sus bienes, la prisión de sus criados, de doña Josefa de Tudó y otros, según se dispusiese en decretos que el mismo príncipe presentaría a la aprobación de su padre. Indicábase como medida previa, y para que el rey Carlos examinase la justicia de quejas, una batida en el Pardo o Casa de Campo, en que acudiese el príncipe, y en donde se oirían los informes de las personas que nombrase Su Majestad, con tal que no estuviesen presentes ni la reina, ni Godoy; asimismo se suplicaba que, llegado el momento de la prisión del valido, no se separase el padre del lado de su hijo, para que los primeros ímpetus del sentimiento de la reina no alterasen la determinación de S. M., concluyendo con rogarle encarecidamente que, en caso de no acceder a su petición, le guardase secreto, pudiendo su vida, si se descubriese el paso que había dado, correr inminente riesgo. El papel de cinco hojas

y la carta eran como la anterior, obra de Escoiquiz; se insistía en los mismos negocios, y tratando de oponerse al enlace antes propuesto, con la hermana de la princesa de la Paz, se insinuaba el modo de llevar a cabo el deseado casamiento con una parienta del emperador de los franceses. Se usaban nombres fingidos, y suponiéndose ser consejos de un fraile, no era extraño que, mezclando lo sagrado con lo profano, se recomendase ante todo, como así se hacía, implorar la divina asistencia de la Virgen. En aquellas instrucciones también se trataba de que el príncipe se dirigiese a su madre interesándola, como reina y como mujer, cuyo amor propio se hallaba ofendido con los ingratos desvíos de su predilecto favorito. En el concebir de tan desvariada intriga, ya despunta aquella sencilla credulidad y ambicioso desasosiego de que nos dará, desgraciadamente, en el curso de esta historia, sobradas pruebas el canónigo Escoiquiz. En efecto, admira cómo pensó que un príncipe mozo e inexperto, había de tener más cabida en el pecho de su augusto padre que una esposa y un valido, dueños absolutos por hábito y afición del perezoso ánimo de tan débil monarca. Mas de los papeles cogidos al príncipe, si bien se advertía al examinarlos grande anhelo por alcanzar el mando y por intervenir en los negocios del gobierno, no resultaba proyecto alguno formal de demostrar al rey, ni menos el atroz crimen de un hijo que intenta quitar la vida a su padre. A pesar de eso, fueron causa de que se publicase el famoso decreto de 30 de octubre, que, como importante, lo insertamos a la letra. Decía, pues: «Dios que vela sobre las criaturas no permite la ejecución de hechos atroces

»cuando las víctimas son inocentes. Así me ha li-
»brado su omnipotencia de la más inaudita catás-
»trofe. Mi pueblo, mis vasallos todos, conocen muy
»bien mi cristiandad y mis costumbres arregladas ;
»todos me aman y de todos recibo pruebas de ve-
»neración, cual exige el respeto de un padre aman-
»te de sus hijos. Vivía yo persuadido de esta ver-
»dad, cuando una mano desconocida me enseña y
»descubre el más enorme y el más inaudito plan
»que se trazaba en mi mismo palacio contra mi per-
»sona. La vida mía, que tantas veces ha estado en
»riesgo, era ya una carga para mi sucesor, que,
»preocupado, obcecado y enajenado de todos los
»principios de cristiandad que le enseñó mi pater-
»nal cuidado y amor, había admitido un plan para
»destronarme. Entonces yo quise indagar por mí
»la verdad dél hecho, y sorprendiéndole en su mis-
»mo cuarto hallé en su poder la cifra de intelligen-
»cia e instrucciones que recibía de los malvados.
»Convoqué al examen a mi gobernador interino del
»consejo para que, asociado con otros ministros,
»practicasen las diligencias de indagación. Todo se
»hizo, y de ella resultan varios reos cuya prisión
»he decretado, así como el arresto de mi hijo en
»su habitación. Esta pena quedaba a las muchas
»que me afligen; pero así como es la más doloro-
»sa, es también la más importante de purgar, e
»ínterin mando publicar el resultado, no quiero de-
»jar de manifestar a mis vasallos mi disgusto, que
»será menor con la muestra de su lealtad. Ten-
»dréislo entendido para que se circule en la forma
»conveniente. En San Lorenzo, a 30 de octubre de
»1807.—Al gobernador interino del consejo.» Este
decreto se aseguró después que era de puño del

príncipe de la Paz; así lo atestiguaron cuatro secretarios del rey, mas no obra original en el proceso.

Por el mismo tiempo escribió Carlos IV al emperador Napoleón dándole parte del acontecimiento del Escorial. En la carta, después de indicarle cuán particularmente se ocupaba en los medios de cooperar a la destrucción del común enemigo (así llamaba a los ingleses), y después de participarle cuán persuadido había estado hasta entonces de que todas las intrigas de la reina de Nápoles (expresiones notables) se habían sepultado con su hija, entraba a anunciarle la terrible novedad del día. No sólo le comunicaba el designio que suponía a su hijo de querer destronarle, sino que añadía el nuevo y horrendo de haber maquinado contra la vida de su madre, por cuyos enormes crímenes manifestaba el rey Carlos que debía el príncipe heredero ser castigado, y revocada la ley que le llamaba a suceder en el trono, poniendo en su lugar a uno de sus hermanos; y por último, concluía aquel monarca pidiendo la asistencia y consejos de S. M. I. La indicación estampada en esta carta de privar a Fernando del derecho de sucesión, tal vez encubría miras ulteriores del partido de Godoy y la reina, desbaratadas, si las hubo, por obstáculos imprevistos, entre los cuales puede contarse una ocurrencia que debiendo agravar la suerte del príncipe y sus amigos, si la recta imparcialidad hubiera gobernado en la materia, fué la que salvó a todos ellos de un funesto desenlace. Dieron ocasión a ella los temores del real preso y el abatimiento en que le sumió su arresto.

El día 30, a la una de la tarde, luego que el rey

había salido a caza, pasó el príncipe un recado a la reina para que se dignase ir a su cuarto, o le permitiera que en el suyo le expusiese cosa del mayor interés; la reina se negó a uno y a otro, pero envió al marqués Caballero, ministro de Gracia y Justicia. Entonces bajo su firma declaró el príncipe haber dirigido con fecha 11 de octubre una carta (la misma de que hemos hablado) al emperador de los franceses, y haber expedido en favor del duque del Infantado un decreto todo de su puño con fecha en blanco y sello en negro, autorizándole para que tomase el mando de Castilla la Nueva luego que falleciese su padre; declaró, además, ser Escoiquiz el autor del papel copiado por S. A., y los medios de que se habían valido para su correspondencia; hubo de resultas varios arrestos. En carta reservada a Napoleón le manifestaba el príncipe «aprecio y respeto que siempre había tenido por su persona, le apellidaba *»héroe mayor que cuantos le habían precedido;* *»le pintaba la opresión en que le habían puesto, el *»abuso que se hacía del corazón recto y generoso *»de su padre; le pedía para esposa una princesa *»de su familia, rogándole que allanase las dificultades que se ofrecieran; y concluía con afirmarle *»que no accedería, antes bien, se opondría con invencible constancia a cualquiera casamiento, siempre que no precediese el consentimiento y aprobación positiva de S. M. I. y R.».* Estas declaraciones espontáneas, en que tan gravemente comprometía el príncipe a sus amigos y parciales, perjudicáronle en el concepto de algunos; su edad pasaba de los veintitrés años, y ya entonces mayor firmeza fuera de desear en quien había de ceñirse****

las sienes con corona de reinos tan dilatados. El decreto expedido a favor del Infantado hubiera por sí solo acarreado en otros tiempos la perdición de todos los comprometidos en la causa; por nulas se hubieran dado las disculpas alegadas, y el temor de la próxima muerte de Carlos IV y los recelos de las ambiciosas miras del valido antes bien se hubieran tenido como agravantes indicios que admitídose como descargos de la acusación. Semejantes precauciones de dudosa interpretación aun entre particulares, en los palacios son crímenes de Estado cuando no llegan a cumplida ejecución y acabamiento. Con más razón se hubiera dado por tal la carta escrita a Napoleón; pero esta carta, en que un príncipe, un español, a escondidas de su padre y soberano legítimo, se dirige a otro extranjero, le pide su apovo, la mano de una señora de su familia, y se obliga a no casarse en tiempo alguno sin su anuencia; esta carta salvó a Fernando y a sus amigos.

No fué así en la causa de don Carlos de Viana; aquel príncipe, de edad de cuarenta años, sabio y entendido, amigo de Ausias March, con derecho incuestionado al reino de Navarra, creyó que no se excedía en dar por sí los primeros pasos para buscar la unión con una infanta de Castilla. Bastó tan ligero motivo para que el fiero don Juan, su padre, le hiciese en su segunda prisión un cargo gravísimo por su inconsiderada conducta. Probó don Carlos haber antes declarado que no se casaría sin preceder la aprobación de su padre; ni aun entonces se amansó la orgullosa altivez de don Juan, que miraba la independencia y derechos de la co-

rona atropellados y ultrajados por los tratos de su hijo.

Ahora, en la sometida y acobardada corte de El Escorial, al oír que el nombre de Napoleón andaba mezclado en las declaraciones del príncipe, todos se estremecieron y anhelaron poner término a tamaño compromiso: imaginándose que Fernando había obrado de acuerdo con el soberano de Francia y que había osado con su arrimo meterse en la arriesgada empresa. El poder inmenso de Napoleón, y las tropas que habiendo empezado a entrar en España amenazaban de cerca a los que se opusiesen a sus intentos, arredraron al generalísimo Godoy, y resolvió cortar el comenzado proceso. Más y más debió confirmarle en su propósito un pliego que desde París, en 11 de noviembre, le escribió Izquierdo. En él insertaba éste una conferencia que había tenido con Champagny, en la cual el ministro francés exigió de orden del emperador que *por ningún motivo ni razón, y bajo ningún pretexto se hablase ni se publicase en este negocio cosa que tuviese alusión al emperador, ni a su embajador*. Vacilante todavía el ánimo de Napoleón sobre el modo de ejecutar sus planes respecto de España, no quería aparecer a vista de Europa partícipe en los acontecimientos de El Escorial.

Antes de recibir el aviso de Izquierdo, le fué bastante al príncipe de la Paz saber las nuevas declaraciones del real preso para pasar al sitio desde Madrid, en donde como amalado había permanecido durante el tiempo de la prisión. Hacía resolución con su viaje de cortar una causa, cuyo giro presentaba un nuevo y desagradable semblante: vió a los reyes, se concertó con ellos, y ofreció arre-

glar asunto tan espinoso. Yendo, pues, al cuarto del príncipe se le presentó como mediador, y le propuso que aplacase la cólera de sus augustos padres, pidiéndoles con arrepentimiento contrito el más sumiso perdón; para alcanzarle indicó como oportuno medio el que escribiese dos cartas, cuyos borradores llevaba consigo. Fernando copió las cartas. Sus desgracias y el profundo odio que había contra Godoy, no dejaron lugar a penosas reflexiones, y aun la disculpa halló cabida en ánimos exclusivamente irritados contra el gobierno y manejos del favorito. Ambas cartas se publicaron con el decreto de 5 de noviembre, y por lo curioso e importante de aquellos documentos merecen que íntegramente aquí se inserten. «La voz de la naturaleza (decía el decreto al Consejo) desarma el brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la piedad, no puede negarse a ello un padre amoroso. Mi hijo ha declarado ya los autores del plan horrible que le habían hecho concebir unos malvados: todo lo ha manifestado en forma de derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley en tales pruebas: su arrepentimiento y asombró le han dictado las representaciones que me ha dirigido y siguen:

SEÑOR:

«Papá mío: he delinquido, he faltado a Vuestra Majestad como rey y como padre; pero me arrepiento, y ofrezco a V. M. la obediencia más humilde. Nada debía hacer sin noticia de Vuestra Majestad; pero fui sorprendido. He delatado

»a los culpables, y pido a V. M. me perdone por
»haberle mentido la otra noche, permitiendo besar
»sus reales pies a su reconocido hijo.—Fernando.
»San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807.»

SEÑORA :

«Mamá mía: estoy muy arrepentido del grandí-
»simo delito que he cometido contra mis padres y
»reyes, y así con la mayor humildad le pido a Vues-
»tra Majestad se digne interceder con papá para
»que permita ir a besar sus reales pies a su reco-
»cido hijo.—Fernando.—San Lorenzo, 5 de no-
»viembre de 1807.»

«En vista de ellos, y a ruego de la reina, mi ama-
»da esposa, perdono a mi hijo, y le volveré a mi
»gracia cuando con su conducta me dé pruebas
»de una verdadera reforma en su frágil manejo; y
»mando que los mismos jueces que han entendido
»en la causa desde su principio, la sigan, permitién-
»doles asociados si los necesitaren, y que concluída
»me consulten la sentencia ajustada a la ley, según
»fuesen la gravedad de delitos y calidad de perso-
»nas en quienes recaigan; teniendo por principio
»para la formación de cargos las respuestas dadas
»por el príncipe a las demandas que se le han he-
»cho; pues todas están rubricadas y firmadas de
»mi puño, así como los papeles aprehendidos en
»sus mesas, escritos por su mano; y esta providen-
»cia se comunique a mis consejos y tribunales, cir-
»culándola a mis pueblos, para que reconozcan en
»ella mi piedad y justicia, y alivien la aflicción y
»cuidado en que le puso mi primer decreto; pues

»en él verán el riesgo de su soberano y padre que
»como a hijos los ama, y así me corresponden. Ten-
»dréislo entendido para su cumplimiento.—San Lo-
»renzo, 5 de noviembre de 1807.»

Presentar a Fernando ante la Europa entera como príncipe débil y culpado; desacreditarle en la opinión nacional y perderle en el ánimo de sus parciales; poner a salvo al embajador francés y separar de todos los incidentes de la causa a su gobierno, fué el principal intento que llevó Godoy y a su partido en la singular reconciliación de padre e hijo. Alcanzó hasta cierto punto su objeto; mas el público, aunque no enterado a fondo, echaba a mala parte la solícita mediación del privado, y el odio hacia su persona, en vez de mitigarse, tomó nuevo incremento.

Para la prosecución de la causa contra los demás procesados nombró el rey en el día 6 una junta compuesta de don Arias Mon, don Sebastián de Torres y don Domingo Campomanes, del Consejo real, y señaló como secretario a don Benito Arias Prada, alcalde de corte. El marqués Caballero, que en un principio se mostró riguroso, y tanto que habiendo manifestado delante de los reyes ser el príncipe por *siete capítulos* reo de pena capital, obligó a la ofendida reina a suplicarle que se acordase que el acusado era su hijo; el mismo Caballero arregló el modo de seguir la causa y descartar de ella todo lo que pudiera comprometer al príncipe y al embajador francés; rasgo propio de su ruin condición. Formada la sumaria, fué elegido para fiscal de la causa don Simón de Viegas y se agregaron a los referidos jueces para dar la sentencia otros ocho consejeros. El fiscal Viegas pidió que se impusiese

la pena de traidores señalada por la ley de Partida a don Juan Escoiquiz y al duque del Infantado, y otras extraordinarias por infidelidad en el ejercicio de sus empleos al conde de Orgaz, marqués de Ayerbe, y otras personas de la servidumbre del príncipe de Asturias. Continuó el proceso hasta enero de 1808, en cuyo día 25 los jueces no conformándose con la acusación fiscal, absolvieron completamente y declararon libres de todo cargo a los perseguidos como reos. Sin embargo, el rey, por sí y gubernativamente, confinó y envió a conventos, fortalezas o destierros a Escoiquiz y a los duques del Infantado y de San Carlos y a otros varios de los complicados en la causa: triste privilegio de toda potestad suprema que no halla en las leyes justo límite a sus desafueros.

III

LOS MOTINES DE ARANJUEZ

Los habitantes de España alejados de los negocios públicos, y gozando de aquella aparente tranquilidad propia de los gobiernos despóticos, estaban todavía ajenos de prever la avenida de males que, rebalsando en su suelo como en campo barbechado, iban a cubrirle de espantosas ruinas. Madrid, sin embargo, agitado ya con voces vagas e inquietadoras, creció en desasosiego con los preparativos que se notaron de largo viaje en casa de doña Josefa Tudó, particular amiga del príncipe de la Paz, y con la salida de éste para Aranjuez el día

13 de marzo. Sin aquel incidente, no hubiera la última ocurrencia llamado tanto la atención, teniendo el valido por costumbre pasar una semana en Madrid, y otra en el sitio en que habitaban Sus Majestades, quienes de mucho tiempo atrás se detenían solamente en la capital dos meses del año, y aun en aquél, al trasladarse en diciembre de El Escorial a Aranjuez, no tomaron allí su habitual descanso, retraídos por el universal disgusto a que había dado ocasión el proceso del príncipe de Asturias.

Vióse muy luego cuán fundados eran los temores públicos; porque al llegar al sitio el príncipe de la Paz, y después de haber conferenciado con los reyes, anunció Carlos IV a los ministros del despacho la determinación de retirarse a Sevilla. A pesar del sigilo con que se quisieron tomar las primeras disposiciones, se traslució bien pronto el proyectado viaje, y acabaron de cobrar fuerza las voces esparcidas con las órdenes que se comunicaron para que la mayor parte de la guarnición de Madrid se trasladase a Aranjuez. Prevenido para su cumplimiento el capitán general de Castilla, don Francisco Javier Negrete, se avistó en la mañana del 16 con el gobernador del consejo, el coronel don Carlos Velasco, dándole cuenta de la salida de las tropas en todo aquel día, en virtud de un decreto del generalísimo almirante; y previniéndole, al propio tiempo, de parte del mismo, publicar un bando que calmase la turbación de los ánimos. No bastándole al gobernador la orden verbal, exigió de don Carlos Velasco que la extendiese por escrito, y con ella se fué al consejo, en donde se acordó, como medida previa y antes de obedecer el ex-

presado mandato, que se expusiesen reverentemente a S. M. las fatales consecuencias de un viaje tan precipitado. Aplaudióse la determinación del consejo, aunque nos parece no fué del todo desinteresada, si consideramos la incierta y precaria suerte que, con la temida emigración más allá de los mares de la dinastía reinante, había de haber a muchos de sus servidores y empleados. Así se vió que hombres que, como el marqués Caballero, en los días de prosperidad, habían sido sumisos cortesanos, fueron los que con más empeño aconsejaron al rey que desistiese de su viaje.

Fuese influjo de aquellas representaciones, o fuese más bien el fundado temor a que daba lugar el público descontento, el rey trató momentáneamente de suspender la partida y mandó circular un decreto a manera de proclama que comenzaba por la desusada fórmula de «amados vasallos míos». La gente ociosa y festiva comparaba por la novedad el encabezamiento de tan singular publicación al comenzar de ciertas y famosas relaciones que en sus comedias nos han dejado el insigne Calderón y otros ingenios de su tiempo, si bien no asistía al ánimo bastante serenidad para detenerse al examen de las mudanzas e innovaciones del estilo. Tratóbase en la proclama de tranquilizar la pública agitación, asegurándose en ella que la reunión de tropas no tenía por objeto ni defender la persona del rey, ni acompañarle en un viaje que sólo la malicia había supuesto preciso: se insistía en querer persuadir que el ejército del emperador de los franceses atravesaba el reino con ideas de paz y amistad, y, sin embargo, se daba a entender que, en caso de necesidad, estaba el rey seguro de las fuer-

zas que le ofrecerían los pechos de sus amados vasallos. Bien que con este documento no hubiese sobrado motivo de satisfacción y alegría, la muchedumbre que leía en él una especie de retractación del intentado viaje, se mostró gozosa y alborozada. En Aranjuez apresuradamente se agolparon todos a palacio, dando repetidos vivas al rey y a la familia real, que, juntos, se asomaron a recibir las lisonjeras demostraciones del entusiasmado pueblo. Mas como se notó que en la misma noche del 16 al 17 habían salido las tropas de Madrid para el sitio en virtud de las anteriores órdenes que no habían sido revocadas, duró poco y se acibaró presto la común alegría.

Entonces se desaprobó generalmente la resolución tomada por la corte de retirarse hacia las costas del mediodía y de cruzar el Atlántico en caso urgente. Pero ahora que con fría imparcialidad podemos ser jueces desapasionados, nos parece que aquella resolución al punto a que las cosas habían llegado, era conveniente y acertada, ya fuese para prepararse a la defensa, o ya para que se embarcase la familia real. Desprovisto el erario, corto en número el ejército e indisciplinado, ocupadas las principales plazas, dueño el extranjero de varias provincias, no podía, en realidad, oponérsele otra resistencia fuera de la que opusiese la nación, declarándose con unanimidad y energía. Para tantear este solo y único recurso, la posición de Sevilla era favorable, dando más treguas al sorprendido y azorado gobierno. Y si, como era de temer, la nación no respondía al llamamiento del aborrecido Godoy ni del mismo Carlos IV, era para la familia real más prudente pasar a América que entregarse

a ciegas en brazos de Napoleón. Siendo, pues, esta determinación la más acomodada a las circunstancias, don Manuel Godoy en aconsejar el viaje obró atinadamente, y la posteridad no podrá en esta parte censurar su conducta; pero le juzgará sí gravemente culpable en haber llevado como de la mano a la nación a tan lastimoso apuro, ora dejándola desguarnecida para la defensa, ora introduciendo en el corazón del reino tropas extranjeras deslumbrado con la imaginaria soberanía de los Algarbes. El reconcentrado odio que había contra su persona fué también causa que al llegar al desengaño de las verdaderas intenciones de Napoleón, se le achacase que de consuno con éste había procedido en todo: aserción vulgar, pero tan generalmente creída en aquella sazón, que la verdad exige que abiertamente la desmintamos. Don Manuel Godoy se mantuvo en aquellos tratos fiel a Carlos IV y a María Luisa, sus firmes protectores, y no anduvo desacordado en preferir para sus soberanos un centro en los dominios de América, más bien que exponerlos, continuando en España, a que fuesen destronados y presos. Además, Godoy, no habiendo olvidado la manera destemplada con que en los últimos tiempos se había Napoleón declarado contra su persona, recelábase de alguna dañada intención y temía ser víctima ofrecida en holocausto a la venganza y público aborrecimiento. Bien es verdad que fué después su libertador el mismo a quien consideraba enemigo, mas debiólo a la repentina mudanza acaecida en el gobierno, por la cual fueron atropellados los que confiadamente aguardaban del francés amistad y amparo, y protegido el que se estremecía al ver que su ejército se acercaba: tan inciertos son los juicios humanos.

Averiguada que fué la traslación de las tropas de la capital al sitio, volviéronse a agitar extraordinariamente las poblaciones de Madrid y Aranjuez con todas las de los alrededores. En el sitio contribuía no poco a sublevar los ánimos la opinión contraria al viaje que pública y decididamente mostraba el embajador de Francia; sea que ignorase los intentos de su amo y siguiera abrigando la esperanza del soñado casamiento, o sea que tratara de aparentar: nos inclinamos a lo primero. Mas su opinión al paso que daba bríos a los enemigos del viaje para oponerse a él, servía también de estímulo y espuela a sus partidarios para acelerarle, esperando unos y temiendo otros la llegada de las tropas francesas que se adelantaban. En efecto, Murat dirigía por Aranda su marcha hacia Somosierra y Madrid, y Dupont, por su derecha, se encaminaba a ocupar Segovia y El Escorial. Este movimiento hecho con el objeto de impeler a la familia real, intimidándola a precipitar su viaje, vino en apoyo del partido del príncipe de Asturias, alentándole con tanta más razón cuanto parecía darse la mano con el modo de explicarse del embajador. Murat, en su lenguaje, descubría incertidumbre, imputándose entonces a disimulo lo que tal vez era ignorancia del verdadero plan de Napoleón. Al después tan malogrado don Pedro Velarde, comisionado para acompañarle y cumplimentarle, le decía en Buitrago en 18 de marzo que al día siguiente recibiría instrucciones de su gobierno; que no sabía si pasaría o no por Madrid, y que al continuar su marcha a Cádiz, probablemente publicaría en San Agustín las miras del emperador encaminadas al bien de España.

Avisos anteriores a éste y no menos ambiguos ponían a la corte de Aranjuez en extremada tribulación. Sin embargo, es de creer que cuando el 16 dió el rey la proclama en que públicamente desmentía las voces de viaje, dudó por un instante llevarle o no a efecto, pues es más justo atribuir aquella proclama a la perplejidad y turbación propias de aquellos días, que al premeditado pensamiento de engañar bajamente a los pueblos de Madrid y Aranjuez. Continuando, no obstante, los preparativos de viaje, y siendo la desconfianza en los que gobernaban fuera de todo término, se esparció de nuevo y repentinamente en el sitio que la salida de Sus Majestades para Andalucía se realizaría en la noche del 17 al 18. La curiosidad, junto probablemente con oculta intriga, había llevado a Aranjuez de Madrid y sus alrededores muchos forasteros, cuyos semblantes anunciaban siniestros intentos; las tropas que habían ido de la capital participaban del mismo espíritu, y ciertamente hubieran podido sublevarse sin instigación especial. Aseguróse entonces que el príncipe de Asturias había dicho a un guardia de Corps, en quien confiaba: «esta noche es el viaje, y yo no quiero ir», y se añadió que con el aviso cobraron más resolución los que estaban dispuestos a impedirle. Nosotros tenemos entendido que para el efecto advirtió Su Alteza a don Manuel Francisco Jáuregui, amigo suyo, quien, como oficial de guardias, pudo fácilmente concertarse con sus compañeros de inteligencia ya con otros de los demás cuerpos. Prevenidos de esta manera, el alboroto hubiera comenzado al tiempo de partir la familia real; una casualidad le anticipó.

Puestos todos en vela, rondaba voluntariamente el paisanaje durante la noche, capitaneándole disfrazado, bajo nombre de tío Pedro, el inquieto y bullicioso conde del Montijo, cuyo nombre en adelante, casi siempre, estará mezclado con los ruidos y asonadas. Andaba, asimismo, patrullando la tropa, y unos y otros custodiaban de cerca, y observaban particularmente la casa del príncipe de la Paz. Entre once y doce salió de ella, muy tapada, doña Josefa Tudó, llevando por escolta a los guardias de honor del generalísimo: quiso una patrulla descubrir la cara de la dama, la cual, resistiéndolo, excitó una ligera reyerta, disparando al aire un tiro uno de los que estaban presentes. Quien, afirma fué el oficial Tuyols, que acompañaba a doña Josefa, para que vinieran en su ayuda; quien, el guardia Merlo, para avisar a los conjurados. Lo cierto es que éstos lo tomaron por una señal, pues al instante un trompeta apostado al intento, tocó a caballo, y la tropa corrió a los diversos puntos por donde el viaje podía emprenderse. Entonces, y levantándose terrible estrépito, gran número de paisanos, otros transformados en tales, criados de palacio y monteros del infante don Antonio, con muchos soldados desbandados, acometieron la casa de don Manuel Godoy, forzaron su guardia, y la entraron como a saco, escudriñando por todas partes y buscando en balde, al objeto de su enfurecida rabia. Creyóse por de pronto que, a pesar de la extremada vigilancia, se había su dueño salvado por alguna puerta desconocida o excusada, y que o había desamparado a Aranjuez, u ocultádose en palacio. El pueblo pénétró hasta lo más escondido, y aquellas puertas, antes sólo abiertas al favor, a la

hermosura y a lo más brillante y escogido de la corte, dieron franco paso a una soldadesca desenfrenada y tosca y un populacho sucio y desaliñado, contrastando tristemente lo magnífico de aquella mansión con el descuidado arreo de sus nuevos y repentinos huéspedes. Pocas horas habían transcurrido cuando desapareció tanta disconformidad, habiendo sido despojados los salones y estrados de sus suntuosos y ricos adornos para entregarlos al destrozo y a las llamas. Repetida y severa lección, que a cada paso nos da la caprichosa fortuna en sus continuados vaivenes. El pueblo, si bien quemó y destruyó los muebles y objetos preciosos, no ocultó para sí cosa alguna, ofreciendo el ejemplo del desinterés más acendrado. La publicidad, siendo en tales ocasiones un censor inflexible, y uniéndose a un cierto linaje de generoso entusiasmo, enfrena al mismo desorden, y pone coto a algunos de sus excesos y demasías. Las veneras, los collares y todos los distintivos de las dignidades supremas a que Godoy había sido ensalzado, fueron preservados y puestos en manos del rey; poderoso indicio de que entre el populacho había personas capaces de distinguir los objetos que era conveniente respetar y guardar, y aquellos que podían ser destruidos. La princesa de la Paz, mirada como víctima de la conducta doméstica de su marido, y su hija, fueron bien tratadas y llevadas a palacio, tirando la multitud de su berlina. Al fin, restablecida la tranquilidad, volvieron los soldados a sus cuarteles, y para custodiar la saqueada casa se pusieron dos compañías de guardias españolas y walonas con alguna más tropa que alejase al populacho de sus avenidas.

La mañana del 18 dió el rey un decreto exonerando al príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, y permitiéndole escoger el lugar de su residencia. También anunció a Napoleón esta resolución, que en gran manera le sorprendió. El pueblo, arrebatado de gozo con la novedad, corrió a palacio a vitorear a la familia real, que se asomó a los balcones, conformándose con sus ruegos. En nada se turbó aquel día el público sosiego, sino por el arresto de don Diego Godoy, quien despojado por la tropa de sus insignias, fué llevado al cuartel de guardias españolas, de cuyo cuerpo era coronel; pernicioso ejemplo, entonces aplaudido, y después, desgraciadamente, renovado en ocasiones más calamitosas.

Parecía que desbaratado el viaje de la real familia y abatido el príncipe de la Paz, eran ya cumplidos los deseos de los amotinados; mas todavía continuaba una terrible y sorda agitación. Los reyes, temerosos de otra asonada, mandaron a los ministros del despacho que pasasen la noche del 18 al 19 en palacio. Por la mañana, el príncipe de Castel-Franco y los capitanes de guardias de Corps, conde de Villariego y marqués de Albudeite, avisaron personalmente a SS. MM. que dos oficiales de guardia, con la mayor reserva y bajo palabra de honor, acababan de prevenirles que para aquella noche un nuevo alboroto se preparaba mayor y más recio que el de la precedente. Habiéndoles preguntado el marqués Caballero si estaban seguros de su tropa, respondieron encogiéndose de hombros, «que sólo el príncipe de Asturias podía com-ponerlo todo.» Pasó entonces Caballero a verse con S. A., y consiguió que, trasladándose al cuarto

de sus padres, les ofreciese que impediría, por medio de los segundos jefes de los cuerpos de la casa real, la repetición de nuevos alborotos, como también el que mandaría a varias personas, cuya presencia en el sitio era sospechosa, que regresasen a Madrid, disponiendo al mismo tiempo que, criados suyos, se esparciesen por la población para acabar de aquietar el desasosiego que aún subsistía. Estos ofrecimientos del príncipe dieron cuerpo a la sospecha de que en mucha parte obraban de concierto con él los sediciosos, no habiendo habido de casual, sino el momento en que comenzó el bullicio, y tal vez el haber después ido más allá de lo que en principio se habían propuesto.

Tomadas aquellas determinaciones, no se pensaba en que la tranquilidad volvería a perturbarse, e inesperadamente a las diez de la mañana se suscitó un nuevo y estrepitoso tumulto. El príncipe de la Paz, a quien todos creían lejos del sitio, y los reyes mismos camino de Andalucía, fué descubierto a aquella hora en su propia casa. Cuando en la noche del 17 al 18 habían sido asaltados sus umbrales, se disponía a acostarse, y al ruido, cubriéndose con un capote de bayetón que tuvo a mano, cogiendo mucho oro en sus bolsillos y tomando un panecillo de la mesa en que había cenado, trató de pasar por una puerta escondida a la casa contigua, que era la de la duquesa viuda de Osuna. No le fué dado fugarse por aquella parte, y entonces se subió a los desvanes, y en el más desconocido se ocultó, metiéndose en un rollo de esteras.

Allí permaneció desde aquella noche por el espacio de treinta y seis horas, privado de toda bebida y con la inquietud y desvelo propio de su

crítica y angustiada posición. Acosado de la sed, tuvo al fin que salir de su molesto y desdichado asilo. Conocido por un centinela de guardias walo- nas que al instante gritó a las armas, no usó de unas pistolas que consigo traía, fuera cobardía o más bien desmayo con el largo padecer. Sabedor el pueblo de que se le había encontrado, se agolpó hacia su casa, y hubiera allí perecido si una partida de guardias de Corps no le hubiese protegido a tiempo. Condujéronle éstos a su cuartel, y en el tránsito, acometiéndole la gente con palas, estacas y todo género de armas e instrumentos, procura- ba matarle o herirle, buscando camino a sus furi- bundos golpes por entre los caballos y los guardias, quienes escudándole, le libraron de un trágico y desastroso fin. Para mayor seguridad, creciendo el tumulto, aceleraron los guardias el paso, y el des- graciado preso, en medio y apoyándose sobre los arzones de las sillas de dos caballos, seguía su le- vantado trote jadeando, sofocado y casi llevado en vilo. La travesía considerable que desde su casa había al paraje adonde le conducían, sobre todo te- niendo que cruzar la espaciosa plazuela de San An- tonio, hubiera dado mayor facilidad al furor po- pular para acabar con su vida, si temerosos los que le perseguían de herir a alguno de los de la escol- ta, no hubiesen asestado sus tiros de un modo in- cierto y vacilante. Así fué que, aunque magullado y contuso en varias partes de su cuerpo, sólo reci- bió una herida algo profunda sobre una ceja. En tanto, avisado Carlos IV de lo que pasaba, ordenó a su hijo que corriera sin tardanza y salvara la vida de su malhadado amigo. Llegó el príncipe al cuar- tel adonde le habían traído preso, y con su presen-

cia confuvo a la multitud. Entonces, diciéndole Fernando que le perdonaba la vida, conservó bastante serenidad para preguntarle, a pesar del terrible trance, «si era ya rey», a lo que le respondió: «todavía no, pero luego lo seré.» Palabras notables y que demuestran cuán cercana creía su exaltación al solio. Aquietado el pueblo con las promesas que el príncipe de Asturias le reiteró muchas veces de que el preso sería juzgado y castigado conforme a las leyes, se dispersó y se recogió cada uno tranquilamente a su casa. Godoy, desposeído de su grandeza, volvió adonde había habitado antes de comenzarse aquélla, y maltratado y abatido, quedó entregado en su soledad a su incierta y horrenda suerte. Casi todos, a excepción de los reyes padres, le abandonaron, que la amistad se eclipsa al llegar el nublado de la desgracia. Y aquel a cuyo nombre la mayor parte de la monarquía todavía temblaba, echado sobre unas pajas y hundido en la amargura, era, quizá, más desventurado que el más desventurado de sus habitantes. Así fué derrocado de la cumbre del poder este hombre, que de simple guardia de Corps, se alzó en breve tiempo a las principales dignidades de la corona y se vió condecorado con sus órdenes y distinguido con nuevos y exorbitantes honores. ¿Y cuáles fueron los servicios para tanto valimiento; cuáles los singulares hechos que le abrieron la puerta y le dieron suave y fácil subida a tal grado de sublimada grandeza? Pesa el decirlo. La desenfrenada corrupción y una privanza fundada, ¡oh baldón! en la profanación del tálamo real. Menester sería que retrocediésemos hasta don Beltrán de la Cueva para tropezar en nuestra historia con igual mancilla, y aun

entonces, si bien aquel valido de Enrique IV, principió su afortunada carrera por el modesto empleo de paje de lanza y se encaminó como Godoy por la senda del deshonor regio, nunca remontó su vuelo a tan desmesurada altura, teniendo que partir su favor con don Juan Pacheco y cederle a veces al temido y fiero rival.

Don Manuel Godoy había nacido en Badajoz en 12 de mayo de 1767, de familia noble, pero pobre. Su educación había sido descuidada; profunda era su ignorancia. Naturalmente dotado de cierto entendimiento y no falto de memoria, tenía facilidad para enterarse de los negocios puestos a su cuidado. Vario e inconstante en sus determinaciones, deshacía en un día, y livianamente, lo que en otro, sin más razón, había adoptado y aplaudido. Durante su ministerio de Estado, a que ascendió en los primeros años de su favor, hizo convenios solemnes con Francia, perjudiciales y vergonzosos; primer origen de la ruina y desolación de España. Desde el tiempo de la escandalosa campaña de Portugal, mandó el ejército con el título de generalísimo, no teniendo a sus ojos la ilustre profesión de las armas otro atractivo ni noble cebo que el de los honores y sueldos; nunca se instruyó en los ejercicios militares; nunca dirigió ni supo las maniobras de los diversos cuerpos; nunca se acercó al soldado ni se informó de sus necesidades o reclamaciones; nunca, en fin, organizó la fuerza armada de modo que la nación, en caso oportuno, pudiera contar con un ejército pertrechado y bien dispuesto, ni él con amigos y partidarios firmes y resueltos; así la tropa fué quien primero le abandonó. Reducía-se su campo de instrucción a una mezquina parada,

que algunas veces ofrecía delante de su casa, a manera de espectáculo, a los ociosos de la capital y a sus bajos, y, por desgracia, numerosos aduladores: ridículo remedo de las paradas que en París solía tener Napoleón. Tan pronto protegía a los hombres de saber y respeto, tan pronto los humillaba. Al paso que fomentaba una ciencia particular, o creaba una cátedra, o sostenía alguna mejora, dejaba que el marqués Caballero, enemigo declarado de la ilustración y de los buenos estudios, imaginase un plan general de instrucción pública para todas las universidades incoherente y poco digno del siglo, permitiéndole también hacer en los códigos legales omisiones y alteraciones de suma importancia. Aunque confinaba lejos de la corte y desterraba a cuantos creía desafectos suyos o le desagradaban, ordinariamente no llevaba más allá sus persecuciones ni fué cruel por naturaleza; sólo se mostró inhumano y duro con el ilustre Jovellanos. Sórdido en su avaricia, vendía como en pública almoneda los empleos, las magistraturas, las dignidades, los obispados, ya para sí, ya para sus amigos o ya para saciar los caprichos de la reina. La hacienda fué entregada a arbitristas más bien que a hombres profundos en este ramo, teniéndose que acudir a cada paso a ruinosos recursos para salir de los continuos tropiezos causados por el derroche de la corte y por gravosas estipulaciones. Desempeque entre el vulgo se pusiese en crédito el esparcido rumor de estar casado con dos mujeres; habiéndosebozado y suelto en sus costumbres, dió ocasión a se dicho que era una doña María Teresa de Borbón, prima carnal del rey, que fué considerada como la verdadera, y otra doña Josefa Tudó, su particular

amiga, de buena índole y de condición apacible y tan aficionada a su persona, que quiso consignar en la gracia que se le acordó de condesa de *Castillofiel* el timbre de su incontrastable fidelidad. Contentáale a veces en sus prontos y violentos arrebatos. Godoy, en el último año, llegó al ápice de su privanza, habiendo recibido con la dignidad de grande admirante el tratamiento de alteza, distinción no concedida antes en España a ningún particular. Su fausto fué extremado, su acompañamiento espléndido, su guardia mejor vestida y arreada que la del rey; honrado en tanto grado por su soberano, fué acatado por casi todos los grandes y principales personajes de la monarquía. ¡Qué contraste verlé ahora y comparar su suerte con aquella en que aún brillaba dos días antes! Situación que recuerda la del favorito Eutropio, que tan elocuentemente nos pinta uno de los primeros padres de la iglesia griega (1). «Todo pereció, dice: una ráfaga de viento soplando reciamente despojó aquel árbol de sus hojas, y nos le mostró desnudo y conmovido hasta en su raíz... ¿quién había llegado a tanta excelsitud? ¿No aventajaba a todos en riquezas? ¿No había subido a las mayores dignidades? ¿No le temían todos y temblaban a su nombre? Y ahora más miserable que los hombres que están presos y aherrojados, más necesitado que el último de los esclavos y mendigos, sólo ve agudas armas vueltas contra su persona; sólo ve destrucción y ruina, los verdugos y el camino de la muerte.» Pasmosa semejanza, y tal que en otros tiempos hubiera llevado visos de sobrehumana profecía.

(1) San Juan Crisóstomo.

Encerrado el príncipe de la Paz en el cuártel de guardias de Corps y retirado el pueblo, como hemos dicho, a instancias y en virtud de las promesas que le hizo el príncipe de Asturias, se mantuvo quieto y sosegado, hasta que a las dos de la tarde un coche con seis mulas, a la puerta de dicho cuártel, movió gran bulla, habiendo corrido la voz que era para llevar al preso a la ciudad de Granada. El pueblo, en un instante, cortó los tirantes de las mulas y descompuso y estropeó el coche.

El rey Carlos y la reina María Luisa, sobrecogidos con las nuevas demostraciones del furor popular, temieron peligrase la vida de su desgraciado amigo. El rey, achacoso y fatigado con los desusados bullicios, persuadido, además, por las respetuosas observaciones de algunos que en tal aprieto le representaron como necesaria la abdicación en favor de su hijo, y, sobre todo, creyendo juntamente con su esposa que aquella medida sería la sola que podría salvar la vida a don Manuel Godoy, resolvió convocar para las siete de la noche del mismo día 19 a todos los ministros del despacho y renunciar en su presencia la corona, colocándola en las sienes del príncipe heredero. Este acto fué concebido en los términos siguiente: «Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos y me sea preciso, para reparar mi salud, gozar en un clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por tanto, es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor

»natural de todos mis reinos y dominios. Y para
»que éste mi real decreto de libre y espontánea ab-
»dicación tenga su éxito y debido cumplimiento,
»lo comunicaréis al Consejo y demás a quien co-
»rresponda.—Dado en Aranjuez a 19 de marzo de
)1808.—Yo el Rey.—A don Pedro Cevallos.»

Divulgada por el sitio la halagüeña noticia, fué indecible el contento y la alegría; y corriendo el pueblo a la plazuela de Palacio, al cerciorarse de tamaño acontecimiento, unánimemente prorrumpió en vítores y aplausos. El príncipe, después de haber besado la mano a su padre, se retiró a su cuarto, en donde fué saludado como nuevo rey por los ministros, grandes y demás personas que allí asistían.

En Madrid se supo en la tarde del 19 la prisión de don Manuel Godoy, y al anochecer se agrupó y congregó el pueblo en la plazuela del Almirante, así denominada desde el ensalzamiento de aquél a esta dignidad y sita junto al palacio de los duques de Alba. Allí, levantando gran gritería con *vivas* al rey y *mueras* contra la persona del derribado valido, acometieron los amotinados su casa inmediata al paraje de la reunión, y arrojando por las ventanas muebles y preciosidades, quemáronlo todo sin que nada se hubiese robado ni escondido. Después, distribuidos en varios bandos y saliendo otros de puntos distintos con hachas encendidas, repitieron la misma escena en varias casas, y señaladamente recibieron igual quebranto en las suyas la madre del príncipe de la Paz, su hermano don Diego, su cuñado marqués de Branciforte, los ex ministros Alvarez y Soler y don Manuel Sixto Espinosa, conservándose en medio de las bulliciosas asonadas una especie de orden y concierto.

Siendo universal el júbilo con la caída de Godoy, fué colmado entre los que supieron a las once de la noche que Carlos IV había abdicado. Pero como era tarde, la noticia no cundió bastantemente por el pueblo, hasta el día siguiente domingo, confirmándose de oficio por carteles del consejo que anunciaban la exaltación de Fernando VII. Entonces el entusiasmo y gozo creció a manera de frenesí, llevando en triunfo por todas las calles el retrato del nuevo rey, que fué al último colocado en la fachada de la casa de la Villa. Continuó la algazara y la alegría toda aquella noche del 20; pero habiéndose ya notado en ella varios excesos, fueron inmediatamente reprimidos por el consejo, y por orden suya cesó aquel nuevo género de regocijos.

En las más de las ciudades y pueblos del reino, hubo también fiesta y motín, arrastrando el retrato de Godoy que los mismos pueblos habían, a sus expensas, colocado en las casas consistoriales; si bien es verdad que ahora su imagen era abatida y despedazada con general consentimiento, y antes habían sido muy pocos los que la habían erigido y reverenciado, buscando por este medio empleos y honores en la única fuente de donde se derivaban las gracias; el pueblo siempre reprobó con expresivo murmullo aquellas lisonjas de indignos conciudadanos.

Fueron las primeras providencias del nuevo reinado, o poco importantes o dañosas al interés público, empezándose ya entonces el fatal sistema de echar por tierra lo actual y existente, sin otro examen que el de ser obra del gobierno que había antecedido. Se abolía la superintendencia general de policía creada el año anterior, y se dejaba resplan-

deciente y viva la horrible inquisición. Permitíase en los sitios y bosques reales la destrucción de alimañas, y se suspendía la venta del séptimo de los bienes eclesiásticos, concedida y aprobada dos años antes por bula del Papa; medida necesaria y urgentísima en España, obstruída en su prosperidad con la embarazosa traba del casi total estancamiento de la propiedad territorial; medida que, repetimos, hubiera convenido mantener con firmeza, cuidando solamente de que se invirtiese el producto de la venta en procomunal. Se suprimió también un impuesto sobre el vino con el objeto de halagar a los contribuyentes, como si abandonando el verdadero y sólido interés del Estado no fuera muy reprehensible dejarse llevar de una mal entendida y efímera popularidad. Pero aquellas providencias, fueran o no oportunas, apenas fijaron la atención de España, inquieto el ánimo con el cúmulo de acontecimientos que unos en pos de otros sobrevinieron y se atropellaron.

El príncipe de la Paz, en la mañana del 23 de marzo, había sido trasladado desde Aranjuez al castillo de Villaviciosa, escoltándole los guardias de Corps, a las órdenes del marqués de Castelar, comandante de Alabarderos, y allí fué puesto en juicio. Fuéronlo igualmente su hermano don Diego, el ex ministro Soler, don Luis Viguri, antiguo intendente de la Habana; el corregidor de Madrid, don José Marquina; el tesorero general, don Antonio Noriega; el director de la Caja de Consolidación, don Miguel Sixto Espinosa; don Simón de Viegas, fiscal del Consejo, y el canónigo don Pedro Estala, distinguido como literato. Para procesar a muchos de ellos no hubo otro motivo que

el de haber sido amigos de don Manuel Godoy, y haberle tributado esmerado obsequio; delito, si lo era, en que habían incurrido todos los cortesanos y algunos de los que todavía andaban colocados en dignidades y altos puestos. Se confiscaron por decreto del rey los bienes del favorito, aunque las leyes del reino entonces vigentes, autorizaban sólo el embargo, y no la confiscación, puesto que para imponer la última pena debía preceder juicio y sentencia legal, no exceptuándose ni aquellos casos en que el individuo era acusado del crimen de lesa majestad. Además, conviene advertir que, no obstante la justa censura que merecía la ruinosa administración de Godoy, en un gobierno como el de Carlos IV, que no reconocía límite ni freno a la voluntad del soberano, difícilmente hubiera podido hacérsele ningún cargo grave, sobre todo habiendo seguido Fernando por la pésima y trillada senda que su padre le había dejado señalada. El valido había procedido en el manejo de los negocios públicos, autorizado con la potestad indefinida de Carlos IV, no habiéndosele puesto coto ni medida, y lejos de que hubiese aquel soberano reprochado su conducta después de su desgracia, insistió con firmeza en sostenerle y en ofrecer a su caído amigo el poderoso brazo de su patrocinio y amparo. Situación muy diversa de la de don Alvaro de Luna, desamparado y condenado por el mismo rey, a quien debía su ensalzamiento. Don Manuel Godoy, escudado con la voluntad expresa y absoluta de Carlos, sólo otra voluntad opresora e ilimitada podía atropellarle y castigarle; medio legalmente atroz e injusto, pero debido pago a sus demasías, y correspondiente a las reglas que le habían guiado en tiempo de su favor.

Pasados los primeros días de ceremonia y públicos regocijos, se volvieron los ojos a los huéspedes extranjeros, que insensiblemente se aproximaban a la capital. La nueva corte, soñando felicidades, y pensando en efectuar el tan ansiado casamiento de Fernando con una princesa de la sangre imperial de Francia, se esmeró en dar muestras de amistad y afecto al emperador de los franceses y a su cuñado Murat, gran duque de Berg. Fué al encuentro de éste, para obsequiarle y servirle, el duque del Parque, y salieron en busca del deseado Napoleón, con el mismo objeto, los duques de Medinaceli y de Frías, y el conde de Fernán-Núñez.

IV

MURAT EN MADRID

Ya hemos indicado cómo las tropas francesas se avanzaban hacia Madrid. El 15 de marzo había Murat salido de Burgos, continuando después su marcha por el camino de Somosierra. Traía consigo la guardia imperial, numerosa artillería y el cuerpo de ejército del mariscal Moncey, al que reemplazaba el de Bessières en los puntos que aquél iba desocupando. Dupont también se avanzaba por el lado de Guadarrama con toda su fuerza, a excepción de una división que dejó en Valladolid para observar las tropas españolas de Galicia. Se había, con particularidad, encargado a Murat que se hiciera dueño de la cordillera que divide las dos Castillas, antes que se apoderase de ella Solano u otras tropas;

igualmente se le previno que interceptara los correos, con otras instrucciones secretas, cuya ejecución no tuvo lugar a causa de la sumisa condescendencia de la nueva corte.

Murat, inquieto y receloso con lo acaecido en Aranjuez, no quiso dilatar más tiempo la ocupación de Madrid, y el 23 entró en la capital, llevando delante, con deseo de excitar la admiración, la caballería de la guardia imperial y lo más escogido y brillante de su tropa, y rodeado él mismo de un lujo séquito de ayudantes y oficiales de Estado Mayor. No correspondía la Infantería a aquella primera y ostentosa muestra, constando en general de conscriptos y gente bisoña. El vecindario de Madrid, si bien ya temeroso de las intenciones de los franceses, no lo estaba a punto que no los recibiese afectuosamente, ofreciéndoles por todas partes refrescos y agasajos. Contribuía no poco a alejar la desconfianza, el traer a todos embelesados las importantes y repentinas mudanzas sobrevenidas en el gobierno. Sólo se pensaba en ellas y en contarlas y referirlas una y mil veces; ansiando todos ver con sus propios ojos y contemplar de cerca al nuevo rey, en quien se fundaban lisonjeras e ilimitadas esperanzas, tanto mayores, cuanto así descansaba el ánimo fatigado con el infausto desconcierto del reinado anterior.

Fernando, cediendo a la impaciencia pública, señaló el día 24 de marzo para hacer su entrada en Madrid. Causó el solo aviso indecible contento, saliendo a aguardarle en la víspera por la noche, numeroso gentío de la capital, y concurriendo al camino con no menor diligencia y afán, todos los pueblos de la comarca. Rodeado de tan nuevo y gran-

dioso acompañamiento llegó a las Delicias, desde donde, por la puerta de Atocha, entró en Madrid a caballo, siguiendo el paseo del Prado y las calles de Alcalá y Mayor hasta palacio. Iban detrás y en coche los infantes don Carlos y don Antonio. Testigos de aquel día de placer y holganza, nos fué más fácil sentirle que nos será dar de él ahora una idea perfecta y acabada. Horas enteras tardó el rey Fernando en atravesar desde Atocha hasta Palacio; con escasa escolta, por doquiera que pasaba, estrechado y abrazado por el inmenso concurso, lentamente adelantaba el paso, tendiéndosele al encuentro las capas, con deseo de que fueran holladas por su caballo; de las ventanas se tremolaban los pañuelos, y los vivas y clamores saliendo de todas las bocas se repetían y resonaban en plazuelas y calles, en tablados y casas, acompañados de las bendiciones más sinceras y cumplidas. Nunca pudo monarca gozar de triunfo más magnífico, ni más sencillo; ni nunca tampoco contrajo alguno obligación más sagrada de corresponder con todo ahinco, al amor desinteresado de súbditos tan fieles.

Murat, oscurecido y olvidado con la universal alegría, procuró recordar su presencia con mandar que algunas de sus tropas maniobrasen en medio de la carrera por donde el rey había de pasar. Desagrado orden tan inoportuna en aquel día, como igualmente el que, no estando satisfecho con el alojamiento que se le había dado en el Buen Retiro, por sí y militarmente, sin contar con las autoridades, se hubiese mudado a la antigua casa del príncipe de la Paz, inmediata al convento de doña María de Aragón. Acontecimientos eran estos de leve importancia, pero que influyeron no poco en in-

disponer los ánimos del vecindario. Aumentóse el disgusto a vista del desvío que mostró el mismo Murat con el nuevo rey, desvío imitado por el embajador Beauharnais, único individuo del cuerpo diplomático que no le había reconocido. La corte disculpaba a entrambos con la falta de instrucciones, debida a lo impensado de la repentina mudanza mas el pueblo, comparando el onterior lenguaje de dicho embajador amistoso y solícito, con su fría actual indiferencia, atribuía la súbita transformación a causa más fundamental. Así fué que la opinión, respecto de los franceses, de día en día fué trocándose y tomando distinto y contrario rumbo.

Hasta entonces, si bien algunos se recelaban de las intenciones de Napoleón, la mayor parte sólo veía en su persona un apoyo firme de la nación y un protector sincero del nuevo monarca. La perfidia de la toma de las plazas u otros sucesos de dudosa interpretación, los achacaban a viles manejos de don Manuel Godoy o a justas precauciones del emperador de los franceses. Equivocado juicio, sin duda, mas nada extraño en un país privado de los medios de publicidad y libre discusión, que sirven para ilustrar y rectificar los extravíos de las opiniones. De cerca habían todos sentido las demasías de Godoy, y de Napoleón sólo y de lejos se habían visto sus pasmosos hechos y maravillosas campañas. Los diarios de España, o más bien la miserable *Gaceta de Madrid*, eco de los papeles de Francia, y unos y otros esclavizados por la censura previa, describían los sucesos y los amoldaban a gusto y sabor del que en realidad dominaba acá y allá de los Pirineos. Por otra parte, el clero español, habiendo visto que Napoleón había levantado los

derribados altares, prefería su imperio y señorío a la irreligiosa y perseguidora dominación que le había precedido. No perdían los nobles la esperanza de ser conservados y mantenidos en sus privilegios y honores por aquel mismo que había creado órdenes de caballería y erigido una nueva nobleza en la nación en donde pocos años antes había sido abolida y proscrita. Miraban los militares como principal fundamento de su gloria y engrandecimiento al afortunado caudillo, que para ceñir sus sienes con la corona no había presentado otros abuelos ni otros títulos que su espada y sus victorias. Los hombres moderados, los amantes del orden y del reposo público, cansados de los excesos de la revolución, respetaban en la persona del emperador de los franceses al severo magistrado que, con vigoroso brazo, había restablecido concierto en la hacienda y arreglo en los demás ramos. Y si bien es cierto que el edificio que aquél había levantado en Francia, no estribaba en el duradero cimiento de instituciones libres, valladar contra las usurpaciones del poder, había entonces pocos en España y contados eran los que extendían tan allá sus miras.

Napoleón, bien informado del buen nombre con que corría en España, cobró aliento para intentar su atrevida empresa, posible y hacedera a haber sido conducida con tino y prudente cordura. Para alcanzar su objeto, dos caminos se le ofrecieron, según la diversidad de los tiempos. Antes de la sublevación de Aranjuez, la partida y embarco para América de la familia reinante, era el mejor y más acomodado. Sin aquel impensado trastorno, huérfana España y abandonada de sus reyes, hubiera saludado a Napoleón como príncipe y salvador suyo.

La nueva dominación fácilmente se hubiera afianzado, si adoptando ciertas mejoras, hubiera respetado el noble orgullo nacional y algunas de sus anteriores costumbres y aun preocupaciones. Acertó, pues, Napoleón, cuando vió en aquel medio el camino más seguro de enseñorearse de España, procediendo con grande desacuerdo desde el momento en que desbaratado por el acaso su primer plan, no adoptó el único y obvio que se le ofrecía en el casamiento de Fernando con una princesa de la familia imperial; hubiera hallado en su protegido un rey más sumiso y reverente que en ninguno de sus hermanos. Cuando su viaje a Italia, no había Napoleón desechado este pensamiento, y continuó en el mismo propósito durante algún tiempo, si bien con más tibieza. El ejemplo de Portugal le sugirió más tarde la idea de repetir en España lo que su buena suerte le había proporcionado en el país vecino. Afirmóse en su arriesgado intento, después que sin resistencia se había apoderado de las plazas fuertes, y después que vió a su ejército internado en las provincias del reino. Resuelto a su empresa, nada pudo ya contenerle.

Esperaba con impaciencia Napoleón el aviso de haber salido para Andalucía los reyes de España, a la misma sazón que supo el importante e inesperado acontecimiento de Aranjuez. Desconcertado al principio con la noticia, no por eso quedó largo tiempo indeciso, y obstinado y tenaz en nada alteró su primera determinación. Claramente nos lo prueba un importante documento. Había el sábado en la noche, 26 de marzo, recibido en Saint Cloud un correo con las primeras ocurrencias de Aranjuez, y otro pocas horas después con la abdicación de

Carlos IV. Hasta entonces sólo él era sabedor de lo que contra España maquinaba; sin compromiso y sin ofensa del amor propio hubiera podido variar su plan. Sin embargo, al día siguiente, el 27 del mismo, decidido a colocar en el trono de España a una persona de su familia, escribió con aquella fecha a su hermano Luis, rey de Holanda: «El rey de España acaba de abdicar la corona, habiendo sido preso el príncipe de la Paz. Un levantamiento había empezado a manifestarse en Madrid, cuando mis tropas estaban todavía a cuarenta leguas de distancia de aquella capital. El gran duque de Berg habrá entrado allí el 23 con 40.000 hombres, deseando con ansia sus habitantes mi presencia. Seguro de que no tendré paz sólida con Inglaterra sino dando un grande impulso al continente, he resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España... En tal estado he pensado en ti para colocarte en dicho trono... Respóndeme categóricamente cuál sea tu opinión sobre este proyecto. Bien ves que no es sino proyecto, y aunque tengo 100.000 hombres en España, es posible, por circunstancias que sobrevengan, o que yo mismo vaya directamente, o que todo se acabe en quince días, o que ande más despacio siguiendo en secreto las operaciones durante algunos meses. Respóndeme categóricamente: si te nombro rey de España, ¿lo admites? ¿Puedo contar contigo?...» Luis rehusó la propuesta. Documento es éste importantísimo, porque fija de un modo auténtico y positivo desde qué tiempo había determinado Napoleón mudar la dinastía de Borbón, estando sólo incierto en los medios que convendría emplear para el logro de su proyecto. También por

estos días, conferenciando con Izquierdo, le preguntó si los españoles le querrían como a soberano suyo. Repliquéle aquél con oportunidad plausible: «con gusto y entusiasmo admitirán los españoles a »V. M. por su monarca, pero después de haber renunciado a la corona de Francia». Imprevista respuesta y poco grata a los delicados oídos del orgulloso conquistador. Continuando, pues, Napoleón en su premeditado pensamiento, y pareciéndole que era ya llegado el caso de ponerle en ejecución, trató de aproximarse al teatro de los acontecimientos, habiendo salido de París el 2 de abril con dirección a Burdeos.

En tanto, Murat, retrayéndose de la nueva corte, anunciaba todos los días la llegada de su augusto cuñado. En palacio se preparaba la habitación imperial, adornábase el Retiro para bailes, y un aposentador enviado de París lo disponía y arreglaba todo. Para despertar aún más la viva atención del público se enseñaba hasta el sombrero y botas del deseado emperador. Bien que en aquellos preparativos y anuncios hubiese de parte de los franceses mucho de aparente y falso, es probable que sin el trastorno causado por el movimiento de Aranjuez, Napoleón hubiera pasado a Madrid. Sorprendido con la súbita mudanza, determinó buscar en Bayona ocasión que desenredase los complicados asuntos de España. Ofreciósele oportuna una correspondencia entablada entre Murat y los reyes padres, y a que dió origen el ardiente deseo de libertar a don Manuel Godoy, y poner su vida fuera de todo riesgo. Fué mediadora en la correspondencia la reina de Etruria, y Murat, considerándola como conveniente al final desenlace de los intentos

de Napoleón, cualesquiera que ellos fuesen, no desaprovechó la dichosa coyuntura que la casualidad le ofrecía. De ella provino la famosa protesta de Carlos IV contra su abdicación, sirviendo de base dicho acto a todas las renunciaciones y procedimientos que tuvieron después lugar en Bayona.

Nació aquella correspondencia poco después del día 19 de marzo. Ya en el 22, las dos reinas, madre e hija, escribían con eficacia en favor del preso Godoy, manifestando la de España que estaba su felicidad cifrada en acabar tranquilamente sus días con su esposo y el único *amigo* que *ambos* tenían. Con igual fecha lo mismo pedía Carlos IV, añadiendo que se iban a Badajoz. Es de notar el contexto de dichas cartas, en las que todavía no se hablaba de haber protestado el rey padre contra la abdicación hecha en el día 19, ni de asunto alguno conexas con paso de tanta gravedad. Sin embargo, cuando en 1810 publicó *El Monitor* esta correspondencia, insertó antes de las enunciadas cartas del 22, otra en que se hace mención de aquel acto como de cosa consumada; pero el haberse omitido en ella la fecha, diciendo al mismo tiempo la reina que a nada aspiraba sino a alejarse con su esposo y Godoy, todos tres juntos, de intrigas y mando, excita contra dicha carta vehementes sospechas, o de que se omitió la fecha por haber sido posteriormente escrita a la del 22, o lo que es también verosímil, que se intercaló el pasaje en que se habla de haber protestado, no aviniéndose con este acto e implicando más bien contradicción los deseos de la reina allí manifestados. La protesta apareció con la fecha del 21; mas las cartas del 22, con otras aserciones encontradas que se notan

en la correspondencia, prueban que en la dicha protesta se empleó una supuesta y anticipada fecha, y que Carlos no tuvo determinación fija de extender aquel acto hasta pasados tres días después de su abdicación.

La lectura atenta de toda la correspondencia, y lo que hemos oído a personas de autoridad, nos induce a creer que Carlos IV se resolvió a formalizar su protesta después de las vistas que el 23 tuvieron él y su esposa con el general Monthion, jefe del Estado Mayor de Murat. De cualquiera modo que dicho general nos haya pintado su conferencia, y bien que haya querido indicarnos que los reyes padres estaban decididos de antemano a protestar contra su abdicación, lo cierto es que hasta aquel día, Carlos IV no se había dirigido a Napoleón, y entonces lo hizo comunicándole cómo se había visto forzado renunciar, «cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada, le habían dado a conocer bastante la necesidad de escoger entre la vida o la muerte; pues —añadía— esta última se hubiera seguido a la de la reina». Concluía poniendo enteramente su suerte en las manos de su poderoso aliado. Acompañaba a la carta el acto de la protesta así concebido: «Protesto y declaro que todo lo que manifiesto en mi decreto del 19 de marzo, abdicando la corona en mi hijo, fué forzado por precaver mayores males y la efusión de sangre de mis queridos vasallos, y por tanto de ningún valor. Yo el rey.—Aranjuez, 21 de marzo de 1808.»

Del cúmulo de pruebas que hemos tenido a la vista en un punto tan delicado e importante, conjeturamos fundadamente que Carlos, cuya abdicación

ción fué considerada por la generalidad como un acto de su libre y espontánea voluntad, y la cual el mismo monarca, de carácter indolente y flojo, dió momentáneamente con gusto; abandonado después por todos, solo y no acatado cual solía cuando empuñaba el cetro, advirtió muy luego la diferencia que media entre un soberano reinante y otro desposeído y retirado. Fuéle doloroso en su triste y solitaria situación comparar lo que había sido y lo que ahora era, y dió bien pronto indicio de pesarle su precipitada resolución. El arrepentimiento de haber renunciado fué en adelante tan constante y tan sincero, que no sólo en Bayona mostraba a las claras la violencia que se había empleado contra su persona, sino que todavía en Roma en 1816 repetía a cuantos españoles iban a verle y en quienes tenía confianza, que su hijo no era legítimo rey de España y que sólo él, Carlos IV, era el verdadero soberano. No menos ahondaba y quebrantaba el corazón de la reina el triste recuerdo de su perdido influjo y poderío: andaba despechada con la ingratitud de tantos mudables cortesanos, antes en apariencia partidarios adictos y afectuosos, y grandemente la atribulaban los riesgos que cercaban a su idolatrado amigo. Ambos, en fin, sintieron el haber descendido del trono, acusándose a sí mismos de la sobrada celeridad con que habían cedido a los temores de una violenta sublevación. No fueron los primeros reyes que derramaron lágrimas tardías en memoria de su antiguo y renunciado poder.

Pesarosos Carlos y María Luisa y dispuestos sus ánimos a deshacer lo que inconsideradamente habían ofrecido y ejecutado el día 19, vislumbraron

un rayo de halagüeña esperanza al ver el respeto y miramiento con que eran tratados por los principales jefes del ejército extranjero. Entonces pensaron seriamente en recobrar la perdida autoridad, fundando más particularmente su reclamación en la razón poderosa de haber abdicado en medio de una sedición popular y de una sublevación de la soldadesca. Murat, si no fué quien primero sugirió la idea, al menos puso gran conato en sostenerla, porque con ella, fomentando la desunión de la familia real, minaba por su cimiento la legitimidad del nuevo rey, y ofrecía a su gobierno un medio plausible de entrometerse en las disensiones interiores, mayormente acudiendo a buscar el anciano y desposeído Carlos reparo y ayuda en su aliado el emperador de los franceses.

Murat, al paso que urdía aquella trama, o que por lo menos ayudaba a ella, no cesaba de anunciar la próxima llegada de Napoleón, insinuando mañosamente a Fernando, por medio de sus consejeros, cuán conveniente sería que para allanar cualesquiera dificultades que se opusiesen al reconocimiento, saliera a esperar a su augusto cuñado, el emperador. Por su parte, el nuevo gobierno, procuraba con el mayor esfuerzo granjear la voluntad del gabinete de Francia. Ya en 20 de marzo se mandó al Consejo publicar que Fernando VII, lejos de mudar el sistema político de su padre, respecto de aquel imperio, pondría su esmero en estrechar los preciosos vínculos de amistad y alianza que entre ambos subsistían, encargándose con especialidad recomendar al pueblo que tratase bien y acogiese con afecto al ejército francés. Se despacharon igualmente órdenes a las tropas de Galicia, que habían

dejado a Oporto, para que volviesen a aquel punto, y a las de Solano, que estaban ya en Extremadura, en virtud de lo últimamente dispuesto por Godoy, se les mandó que retrocediesen a Portugal. Estas, sin embargo, se quedaron por la mayor parte en Badajoz, no cuidándose Junot de tener cerca de sí soldados cuya conducta no merecía su confianza.

El pueblo español, entre tanto, empezaba cada día a mirar con peores ojos a los extranjeros, cuya arrogancia crecía, según que su morada se prolongaba. Continuamente se suscitaban empeñadas riñas entre los paisanos y los soldados franceses, y el 27 de marzo, de resultas de una más acalorada y estrepitosa, estuvo para haber, en la plazuela de la Cebada, una grande conmoción, en la que hubiera podido derramarse mucha sangre. La corte, acongojada, quería sosegar la inquietud pública, ora por medio de proclamas, ora anunciando y repitiendo la llegada de Napoleón, que pondría término a las zozobras e incertidumbre. Era tal en este punto su propio engaño, que en 24 de marzo, se avisó al público de oficio, «que S. M. tenía noticia »que dentro de dos días y medio a tres, llegaría el »emperador de los franceses...» Así, ya no solamente se contaban los días, sino las horas mismas; ansiosa impaciencia, desvariada en el modo de expresarse, y afrentosa en un gobierno cuyas providencias hubieran podido descansar en el seguro y firme apoyo de la opinión nacional.

¡Cosa maravillosa! Cuanto más se iban en Madrid desengañando todos, y comprendiendo los fementidos designios del gabinete de Francia, tanto más ciego y desatentado se ponía el gobierno español. Acabó de perderle y descarriarle el 28 de Mar-

zo con su llegada don Juan de Escoiquiz, quien no veía en Napoleón sino al esclarecido, poderoso y heroico defensor del rey Fernando y sus parciales. Deslumbrado con la opinión que de sí propio tenía, creyó que sólo a él le era dado acertar con los oportunos medios de sacar airoso y triunfante de la embarazosa posición a su augusto discípulo, y cerrando los oídos a la voz pública y universal, llamó hacia su persona una severa y terrible responsabilidad. Causa asombro, repetimos, que los engaños y arterías advertidos por el más ínfimo y rudo de los españoles se ocultasen y oscureciesen a don Juan Escoiquiz y a los principales consejeros del rey, quienes por el puesto que ocupaban y por la sagacidad que debía adornarles, hubieran debido descubrir antes que ningún otro las asechanzas que se les armaban. Pero los sucesos que en gran manera concurrían a excitar su desconfianza, eran los mismos que los confortaban y aquietaban. Tal fué el pliego de Izquierdo; las proposiciones en él incluidas, y por las que nada menos se trataba que de ceder las provincias del Ebro allá, y de arreglar la sucesión de España, sobre la cual, dentro del reino nadie había tenido dudas, no despertaron las dormidas sospechas de Escoiquiz ni de sus compañeros. Atentos sólo a la propuesta indicada en el mismo pliego, de casar a Fernando con una princesa, pensaron que todo iba a componerse amistosamente, llevando tan allá Escoiquiz y los suyos el extravío de su mente, que en su *Idea sencilla* no se detiene en asentar «que su opinión, conforme con la del consejo del rey, había sido que las intenciones más perjudiciales que podían recelarse del gobierno francés eran las del trueque de las provincias

»más allá del Ebro por el reino de Portugal, o tal vez la cesión de la Navarra»; como si la cesión o pérdida de cualquiera de estas provincias no hubiera sido clavar un agudo puñal en una parte muy principal de la nación, desmembrándola y dejándola expuesta a los ataques que contra ella intentase dirigir a mansalva su poderoso vecino.

El contagio de tamaña ceguedad había cundido entre algunos cortesanos, y hubo de ellos quienes sirvieron por su credulidad al entretenimiento y burla de los servidores de Napoleón. Se aventajó a todos el conde de Fernán-Núñez, quien, para merecer primero las albricias, dejando atrás a los que con él habían ido a recibir al emperador de los franceses, se adelantó a toda diligencia hasta Tours. No distante de aquella ciudad, cruzándose en el camino con Mr. Bausset, prefecto del palacio imperial, le preguntó con viva impaciencia si estaba ya cerca la novia del rey Fernando, sobrina del emperador. Respondióle aquél que tal sobrina no era del viaje, ni había oído hablar de novia ni de casamiento. Tomando entonces Fernán-Núñez en su ademán un compuesto y misterioso semblante, atribuyó la respuesta del prefecto imperial o a estudiado disimulo o a que no estaba en el importante secreto. No dejan estos hechos, por leves que parezcan, de pintar los hombres que con su obcecación dieron motivo a grandes y trascendentales acontecimientos.

Lejos Murat de contribuir con su conducta a ofuscar a los ministros del rey, obraba de manera que más bien ayudaba al desengaño que a mantener la lisonjera ilusión. Continuaba siempre en sus tratos con la reina de Etruria y los reyes padres, no ocu-

pándose en reconocer a Fernando, ni en hacerle siquiera una visita de mera ceremonia y cumplido. A pesar de su desvío bastaba que mostrase el menor deseo para que los ministros del nuevo rey se afanasen por complacerle y servirle. Así fué que, habiendo manifestado a don Pedro Cevallos cuánto le agradaría tener en su poder la espada de Francisco I depositada en la real armería, le fué al instante entregada en 4 de abril, siendo llevada con gran pompa y acompañamiento y presentada por el marqués de Astorga, en calidad de caballero mayor. Al par que en sus anteriores procedimientos, se portó en este paso el gobierno español débil y sumisamente, el francés dejó ver estrechez de ánimo en una demanda ajena de una nación famosa por sus hazañas y glorias militares, como si los triunfos de Pavía y el inmortal trofeo, ganado en buena guerra y que adquirieron a España sus ilustres hijos Diego de Avila y Juan de Urbietta, pudieran nunca borrarse de la memoria de la posteridad.

V

FERNANDO VII EN FRANCIA

Napoleón no estaba del todo satisfecho de la conducta de Murat. En una carta que le escribió en 29 de marzo le manifestaba sus temores, y con diestra y profunda mano le trazaba cuánto había complicado los negocios el acontecimiento de Aranjuez. Este documento, si fué escrito del modo que después se ha publicado, muestra el acertado tino

y extraordinaria previsión del emperador francés, y que la precipitación y equivocados informes de Murat perjudicaron muy mucho al pronto y feliz éxito de su empresa. Sin embargo, además de las instrucciones que aparecen por la citada carta, debió de haber otras por el mismo tiempo que indicasen o expresasen más claramente la idea de llevar a Francia los príncipes de la real familia; pues Murat, siguiendo en aquel propósito y no atreviéndose a insistir inmediatamente en sus anteriores insinuaciones de que Fernando fuese al encuentro de Napoleón, propuso como muy oportuna la salida al efecto del infante Don Carlos, en lo cual, conviniendo sin dificultad la corte, partió el infante el 5 de abril. No habían pasado muchos días, ni aun tal vez horas, cuando Murat, poco a poco, volvió a renovar sus ruegos para que el rey Fernando se pusiese también en camino y halagase con tan amistoso paso a su amigo el emperador Napoleón. El embajador francés apoyaba lo mismo y con particular eficacia, habiendo, en fin, claramente descubierto, que la política de su amo en los asuntos de España era muy otra de la que antes se había figurado.

Pero viendo el rey Fernando que su hermano el infante no había encontrado en Burgos a Napoleón y proseguía adelante sin saber cuál sería el término de su viaje, vacilaba todavía en su resolución. Sus consejeros andaban divididos en sus dictámenes. Cevallos se oponía a la salida del rey hasta tanto que se supiera de oficio la entrada en España del emperador francés. Escoiquiz, constante en su desvarío, sostenía con empeño el parecer contrario, y, a pesar de su poderoso influjo, hu-

biera difícilmente prevalecido en el ánimo del rey si la llegada a Madrid del general Savary no hubiese dado nuevo peso a sus razones y cambiado el modo de pensar de los que hasta entonces habían estado irresolutos e inciertos. Savary, general de división y ayudante de Napoleón, iba a Madrid con el encargo de llevar a Fernando a Bayona, adoptando para ello cuantos medios estimase convenientes al logro de la empresa. Juzgóse que era la persona más acomodada para desempeñar tan ardua comisión, encubriendo bajo un exterior militar y franco, profunda disimulación y astucia. Apenas, por decirlo así, apeado, solicitó audiencia particular de Fernando, la cual concedida, manifestó con aparente sinceridad «que venía de parte del emperador para cumplimentar al rey y saber de Su Majestad únicamente si sus sentimientos con respecto a la Francia eran conformes con los del rey, su padre, en cuyo caso el emperador, prescindiendo de todo lo ocurrido, no se mezclaría en nada de lo interior del reino y reconocería, desde luego, a S. M. por rey de España y de las Indias.» Fácil es acertar con la contestación que daría una corte no ocupada sino en alcanzar el reconocimiento del emperador de los franceses. Savary anunció la próxima llegada de su soberano a Bayona, de donde pasaría a Madrid, insistiendo poco después en que Fernando saliese a recibirle, con cuya determinación probaría su particular anhelo por estrechar la antigua alianza que mediaba entre ambas naciones y asegurando que la ausencia sería tanto menos larga cuanto que se encontraría en Burgos con el mismo emperador. El rey, vencido con tantas promesas y palabras, resolvió, al fin, condescen-

der con los deseos de Savary, sostenido y apoyado por los más de los ministros y consejeros españoles.

Cierto que el paso del general francés hubiera podido hacer titubear al hombre más tenaz y firme si otros indicios poderosos no hubieran contrapesado su aparente fuerza. Además, era sobrada precipitación antes de saberse el viaje de Napoleón a España de un modo auténtico y de oficio, exponer la dignidad del rey a ir en busca suya, habiéndose hasta entonces comunicado su venida sólo de palabra e indirectamente. Con mayor lentitud y circunspección hubiera convenido proceder en negocio en que se interesaba el decoro del rey, su seguridad y la suerte de la nación, principalmente cuando tantas perfidias habían precedido, cuando Murat tenía conducta tan sospechosa y cuando en vez de reconocer a Fernando, cuidaba solamente de continuar sus secretos manejos con la antigua corte. Mas el deslumbrado Escoiquiz proseguía no viendo las anteriores perfidias, y achacaba las intrigas de Murat a actos de pura oficiosidad, contrarios a las intenciones de Napoleón. Sordo a la voz del pueblo, sordo al consejo de los prudentes, sordo a lo mismo que se conversaba en todo el ejército extranjero, en corrillos y plazas, se mantuvo porfiadamente en su primer dictamen y arrastró al suyo a los más de los ministros, dando al mundo la prueba más insigne de terca y desvariada presunción, probablemente aguijada por ardiente deseo de ambiciosos crecimientos.

Hubo aún para recelarse el que don José Martínez de Hervás, quien como español y por su conocimiento en la lengua nativa había venido en com-

pañía del general Savary, avisó que se armaba contra el rey alguna celada y que obraría con prudente cautela desistiendo del viaje o difiriéndole. Pero, ¡oh colmo de ceguedad! : los mismos que desacordadamente se fiaban en las palabras de un extranjero, del general Savary, tuvieron por sospechosa la loable advertencia del leal español. Y como si tantos indicios no bastasen, el mismo Savary dió ocasión a nuevos recelos con pedir de orden del emperador que se pusiese en libertad al enemigo declarado e implacable del nuevo gobierno, al odiado Godoy. Incomodó, sin embargo, la intempestiva solicitud, y hubiera tal vez perjudicado el resuelto viaje si el francés, a ruego del Infantado y Ofárril, no hubiera abandonado su demanda.

Firmes, pues, en su propósito los consejeros de Fernando, y conducidos por un hado adverso, señalaron el día 10 de abril para su partida, en cuyo día salió S. M. tomando el camino de Somosierra para Burgos. Iban en su compañía don Pedro Cevallos, ministro de Estado, los duques del Infantado y San Carlos, el marqués de Muzquiz, don Pedro Labrador, don Juan de Escoiquiz, el capitán de guardias de Corps, conde de Villariego, y los gentiles hombres de cámara, marqués de Ayerbe, de Guadalcázar y de Feria. La víspera había escrito Fernando a su padre pidiéndole una carta para el emperador, con súplica de que asegurase en ella los buenos sentimientos que le asistían, queriendo seguir las mismas relaciones de amistad y alianza con Francia que se habían seguido en su anterior reinado. Carlos IV ni le dió la carta, ni le contestó, con achaque de estar ya en cama: precursora señal de lo que en secreto se proyectaba.

Antes de su salida dispuso el rey Fernando que se nombrase una junta suprema de gobierno, presidida por su tío el infante Don Antonio y compuesta de los ministros del despacho, quienes a la sazón eran don Pedro Cevallos, de Estado, que acompañaba al rey; don Francisco Gil y Lemus, de Marina; don Miguel José de Azanza, de Hacienda; don Gonzalo Ofárril, de Guerra, y don Sebastián Piñuela, de Gracia y Justicia. Esta junta, según las instrucciones verbales del rey, debía entender en todo lo gubernativo y urgente, consultando en lo demás con S. M.

En tanto que el rey, con sus consejeros, va camino de Bayona, será bien que nos detengamos a considerar de nuevo resolución tan desacertada. La pintura triste que para disculparse traza Escoiquiz en su obra, acerca de la situación del reino, sería juiciosa, si en aquel caso se hubiese tratado de medir las fuerzas militares de España y sus recursos pecuniarios con los de Francia, a la manera de una guerra de ejército a ejército y de gobierno a gobierno. Le estaba bien al príncipe de la Paz calcular, fundado en aquellos datos, como quien no tenía el apoyo nacional; mas la posición de Fernando era muy otra, siendo tan extraordinario el entusiasmo en favor suyo, que un ministro hábil y entendido no debía en aquel caso dirigirse por las reglas ordinarias de la fría razón, sino contar con los esfuerzos y patriotismo de la nación entera, la cual se hubiera alzado unánimemente a la voz del rey para defender sus derechos contra la usurpación extranjera; y las fuerzas de una nación levantada en cuerpo son tan grandes e incalculables a los ojos de un verdadero estadista, como lo son las fuer-

zas vivas a los del mecánico. Así lo pensaba el mismo Napoleón, quien en la carta a Murat del 29 de marzo, arriba citada, decía: «La revolución de 20 de marzo prueba que hay energía en los españoles. Habrá que lidiar contra un pueblo nuevo lleno de valor y con el entusiasmo propio de hombres a quienes no han gastado las pasiones políticas...»; y más abajo... «se harán levantamientos en masa que eternizarán la guerra...» Acertado y perspicaz juicio que forma pasmoso contraste con el superficial y poco atinado de Escoiquiz y sus secuaces. Era, además, dar sobrada importancia a un paso de puro ceremonial para concebir la idea que la política de un hombre como Napoleón, en asunto de tal cuantía, hubiera de moderarse o alterarse por encontrar al rey algunas leguas más o menos lejos; antes bien, era propio para encender su ambición un viaje que mostraba imprevisión y extremada debilidad. Se cede a veces en política a un acto de fortaleza heroica, nunca a míseros y menguados ruegos.

El rey, en su viaje, fué recibido por las ciudades, villas y lugares del tránsito con inexplicable gozo, haciendo a competencia sus moradores las demostraciones más señaladas de la lealtad y amor que los inflamaban. Entró en Burgos el 12 de abril, sin que hubiese allí, ni más lejos, noticia del emperador francés. Deliberóse en aquella ciudad sobre el partido que debía tomarse, de nuevo reiteró sus promesas y artificios el general Savary, y de nuevo se determinó que prosiguiese el rey su viaje a Vitoria. Y he aquí que los mismos y mal aventurados consejeros que, sin tratado alguno ni formal negociación, y sólo por meras e indirectas insinuaciones,

habían llevado a Fernando hasta Burgos, le llevaban también a Vitoria y le traen de monte en valle y de valle en monte, en busca de un soberano extranjero, mendigando, con desdoro, su reconocimiento y ayuda, como si uno y otro fuera necesario y decoroso a un rey que, habiendo subido al solio con universal consentimiento, afianzaba su poder y legitimidad sobre la sólida e incontrastable base del amor y unánime aprobación de sus pueblos.

Llegó el rey a Vitoria el 14. Napoleón, que había permanecido en Burdeos algunos días, salió de allí a Bayona, en donde entró en la noche del 14 al 15, de lo que noticioso el infante Don Carlos, hasta entonces detenido en Tolosa, pasó a aquella plaza. Savary, sabiendo que el emperador se aproximaba a la frontera, y viendo que ya no le era dado por más tiempo continuar con fruto sus artificios, si no acudía a algún otro medio, resolvió pasar a Bayona, llevando consigo una carta de Fernando para Napoleón. No tardó en recibirse la respuesta, estando con ella de vuelta en Vitoria el día 17 el mismo Savary y la cual estaba concebida en términos que era suficiente por sí sola a sacar de su error a los más engañados. En efecto, la carta respondía a la última de Fernando, y en parte también a la que le había escrito en 11 de octubre del año pasado. Sembrada de verdades expresadas con cierta dureza, no se soltaba en ella prenda que empeñase a Napoleón a cosa alguna: lo dejaba todo en dudas, dando sólo esperanzas sobre el ansiado casamiento. Notábase con especialidad en su contexto el injurioso aserto de que Fernando «no tenía otros derechos al trono que los que le había transmitido su madre»; frase altamente afrentosa al honor de

la reina y no menos indecorosa al que la escribía que ofensiva a aquel a quien iba dirigida. Pero una carta tan poco circunspecta, tan altanera y des-
embozada, embelesó al canónigo Escoiquiz, quien se recreaba con la vaga promesa del casamiento. Por entonces vimos lo que escribía a un amigo suyo desde Vitoria, y le faltaban palabras con que dar gracias al Todopoderoso por el feliz éxito que la carta de Napoleón pronosticaba a su viaje. Realmente rayaba ya en demencia su continuada obcecación.

Savary, auxiliado con la carta, aumentó sus esfuerzos y concluyó con decir al rey: «me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de haber llegado S. M. a Bayona no le ha reconocido el emperador por rey de España y de las Indias... Por sostener su empeño, empezará, probablemente, por darle el tratamiento de alteza; pero a los cinco minutos le dará el de majestad, y a los tres días estará todo arreglado y S. M. podrá restituirse a España inmediatamente...» Engañosas y pérfidas palabras que acabaron de decidir al rey a proseguir su viaje hasta Bayona.

Sin embargo, hubo españoles más desconfiados o cautos que, no dando crédito a semejantes promesas, propusieron varios medios para que el rey se escapase. Todavía hubiera podido conseguirse en Vitoria ponerle en salvo, aunque los obstáculos crecían de día en día. Los franceses habían redoblado su vigilancia, y no contentos con los 4.000 hombres que ocupaban a Vitoria, a las órdenes del general Verdier, habían aumentado la guarnición, especialmente con caballería, enviada de Burgos. Savary tenía orden de arrebatarse al rey por fuerza

en la noche del 18 al 19 si de grado no se mostraba dispuesto a pasar a Francia. Cuidadoso con no faltar a su mandato, estando muy sobreaviso, hacía rondar y observar la casa donde el rey habitaba. A pesar de su esmerado celo, la evasión se hubiera fácilmente ejecutado a haberse Fernando resuelto a abrazar aquel partido. Don Mariano Luis de Urquijo, que había ido de Bilbao a cumplimentarle a su paso por Vitoria, propuso, de acuerdo con el alcalde Urbina, un medio para que de noche se fugase disfrazado. Hubo también otros y varios proyectos, mas entre todos es digno de particular mención, como el mejor y más asequible, el propuesto por el duque de Mahón. Era, pues, que saliendo el rey de Vitoria por el camino de Bayona y dando confianza a los franceses con la dirección que había tomado, siguiera así hasta Vergara, en cuyo pueblo, abandonando la carretera real, torciese del lado de Durango y se encaminase al puerto de Bilbao. Añadía el duque que la evasión sería protegida por un batallón del Inmemorial del Rey residente en Mondragón, y de cuya fidelidad respondía. Escoiquiz, con quien siempre nos encontraremos cuando se trate de alejar al rey de Bayona y librarle de las armadas asechanzas, dijo: «que no era necesario, »habiendo S. M. recibido grandes pruebas de amistad de parte del emperador.» Eran las *grandes pruebas* la consabida carta. El de Mahón no por eso dejó de insistir la misma víspera de la salida para Bayona, habiéndose aumentado las sospechas de todos con la llegada de 300 granaderos a caballo de la guardia imperial. Mas al querer hablar, poniéndole la mano en la boca, pronunció Escoiquiz estas notables palabras: «es negocio concluí-

«do; mañana salimos para Bayona; se nos han dado todas las seguridades que podíamos desear.»

Tratóse, en fin, de partir. Sabedor el pueblo, se agrupó delante del alojamiento del rey, cortó los tirantes de las mulas y prorrumpió en voces de amor y lealtad para que el rey escuchase sus fundados temores. Todo fué en vano. Apaciguándose el bullicio a duras penas, se publicó un decreto en que afirmaba el rey «estar cierto de la sincera y cordial amistad del emperador de los franceses, y que antes de cuatro o seis días darían gracias a Dios y a la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquietaba.»

Partió el rey de Vitoria el 19 de abril, y en el mismo llegó a Irún casi solo, habiéndose quedado atrás el general Savary por habersele descompuesto el coche. Se albergó en casa del señor Olazábal, sita fuera de la villa, en donde había de guarnición un batallón del regimiento de Africa, decidido a obedecer rendidamente las órdenes de Fernando. La Providencia a cada paso parecía querer advertirle del peligro, y a cada paso le presentaba medios de salvación. Mas un ciego instinto arrastraba al rey al horroroso precipicio. Savary tuvo tal miedo de que la importante presa se le escapase, a la sazón que ya la tenía asegurada, que llegó a Irún asustado y despavorido.

El 20 cruzó el rey y toda la comitiva el Bidasoa, y entró en Bayona a las diez de la mañana de aquel día. Nadie le salió a recibir al camino a nombre de Napoleón. Más allá de San Juan de Luz encontró a los tres grandes de España comisionados para felicitar al emperador francés, quienes dieron noticias tristes, pues la víspera por la mañana habían oído

al mismo, de su propia boca, que los Borbones nunca más reinarían en España. Ignoramos por qué no anduvieron más diligentes en comunicar al rey el importante aviso, que podría descansadamente haberle alcanzado en Irún; quizá se lo impidió la vigilancia de que estaban cercados. Abatió el ánimo de todos lo que anunciaron los grandes, echando de ver el poco aprecio que a Napoleón merecía el rey Fernando en el modo solitario con que le dejaba aproximarse a Bayona, no habiendo salido persona alguna elevada en dignidad a cumplimentarle y honrarle, hasta que a las puertas de la ciudad misma se presentaron con aquel objeto el príncipe de Neufchâtel y Duroc, gran mariscal de palacio. Admiró en tanto grado a Napoleón ver llegar a Fernando sin haberle especialmente convidado a ello, que al anunciarle un ayudante su próximo arribo, exclamó: «¿cómo?... ¿viene?... no, no es posible...» Aún no conocía personalmente a los consejeros de Fernando.

VI

EL DOS DE MAYO

La fuerte y hostil posición de los franceses era también para desalentar al hombre más brioso y arrojado. Tenían en Madrid y sus alrededores 25.000 hombres, ocupando el Retiro con numerosa artillería. Dentro de la capital estaba la guardia imperial de a pie y de a caballo, con una división de infantería, mandada por el general Musnier, y

una brigada de caballería. Las otras divisiones del cuerpo de observación de las costas del océano, a las órdenes del mariscal Moncey, se hallaban acantonadas en Fuencarral, Chamartín, convento de San Bernardino, Pozuelo y la Casa de Campo. En Aranjuez, Toledo y El Escorial había divisiones del cuerpo de Dupont, de suerte que Madrid estaba ocupado y circundado por el ejército extranjero, al paso que la guarnición española constaba de poco más de 3.000 hombres, habiéndose insensiblemente disminuído desde los acontecimientos de marzo. Mas el vecindario, en lugar de contener y reprimir su disgusto, le manifestaba cada día más a cara descubierta y sin poner ya límites a su descontento. Eran extraordinarias la impaciencia y la agitación, y ora delante de la imprenta real, para aguardar la publicación de una gaceta, ora delante de la casa de correos, para saber noticias, se veían constantemente grupos de gente de todas clases. Los empleados dejaban sus oficinas, los operarios sus talleres, y hasta el delicado sexo sus caseras ocupaciones para acudir a la Puerta del Sol y sus avenidas, ansiosos de satisfacer su noble curiosidad; interés loable y señalado indicio de que el fuego patrio no se había aún extinguido en los pechos españoles.

Murat, por su parte, no omitía ocasión de ostentar su fuerza y sus recursos para infundir pavor en el ánimo de la desasosegada multitud. Todos los domingos pasaba revista de sus tropas en el paseo del Prado, después de haber oído misa en el convento de Carmelitas Descalzos, calle de Alcalá. La demostración religiosa, acompañada de la estrepitosa reseña, lejos de conciliar los ánimos o de arrearlos, los llenaba de enfado y enojo. No se creía

en la sinceridad de la primera tachándola de impío fingimiento, y se veía en la segunda el deliberado propósito de insultar y de atemorizar con estudiada apariencia a los pacíficos, si bien ofendidos moradores. De una y otra parte fué creciendo la irritación, siendo por ambas extremada. El español tenía a vilipendio el orgullo y desprecio con que se presentaba el extranjero, y el soldado francés, temeroso de una oculta trama, anhelaba por salir de su situación penosa, vengándose de los desaires que con frecuencia recibía. A tal punto había llegado la agitación y la cólera, que al volver Murat el domingo 1 de mayo de su acostumbrada revista, y a su paso por la Puerta del Sol, fué escarnecido y silbado, con escándalo de su comitiva, por el numeroso pueblo que allí a la sazón se encontraba. Semejante estado de cosas era demasiado violento para que se prolongase, sin haber de ambas partes un abierto y declarado rompimiento. Sólo faltaba oportuna ocasión, la cual, desgraciadamente, se ofreció muy luego.

El 30 de abril presentó Murat una carta de Carlos IV para que la reina de Etruria y el infante Don Francisco pasasen a Bayona. Se opuso la junta a la partida del infante, dejando a la reina que obrase según su deseo. Reiteró Murat el 1 de mayo la demanda acerca del infante, tomando a su cuidado evitar a la junta cualquiera desazón o responsabilidad. Tratóse largamente en ella si se había o no de acceder; los pareceres anduvieron muy divididos, y hubo quien propuso resistir con la fuerza. Consultóse acerca del punto con don Gonzalo Ofárril, como ministro de la Guerra, quien trazó un cuadro en tal manera triste, si bien cierto,

de la situación de Madrid, apreciada militarmente, que no sólo arrastró a su opinión la de la mayoría, sino que también se convino en contener con las fuerzas nacionales cualquiera movimiento del pueblo. Hasta ahora la junta había sido débil e indecisa; en adelante, menos atenta a sus sagrados deberes, irá poco a poco uniéndose y estrechándose con el orgulloso invasor. Resuelto, pues, el viaje de la reina de Etruria conforme a su libre voluntad, y el del infante Don Francisco, por consentimiento de la junta, se señaló la mañana siguiente para su partida.

Amaneció, en fin, el 2 de mayo, día de amarga recordación, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imagen nunca se borrará de nuestro afligido y con tristado pecho. Un présago e inexplicable desasosiego pronosticaba tan aciago acontecimiento, o ya por aquel presentir oscuro que a veces antecede a las grandes tribulaciones de nuestra alma, o ya más bien por la esparcida voz de la próxima partida de los infantes. Esta voz y la suma inquietud excitada por la falta de dos correos de Francia, habían llamado desde muy temprano a la plazuela de palacio numeroso concurso de hombres y mujeres del pueblo. Al dar las nueve, subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, mirada más bien como princesa extranjera que como propia, y muy desamada por su continuo y secreto trato con Murat; partió sin oponérsele resistencia. Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viaje de los dos infantes Don Antonio y Don Francisco. Por instantes crecía el enojo y la ira, cuando al oír de la boca de los criados de palacio que el niño Don Francisco

lloraba y no quería partir, se enternecieron todos, y las mujeres prorrumpieron en lamentos y sentidos sollozos. En este estado, y alterados más y más los ánimos, llegó a palacio el ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange, encargado de ver lo que allí pasaba y de saber si la inquietud popular ofrecía fundados temores de alguna conmoción grave. Al ver al ayudante, conocido como tal por su particular uniforme, nada grato a los ojos del pueblo, se persuadió éste que era venido allí para sacar por fuerza a los infantes. Siguióse un general susurro, y al grito de una mujerzuela: *que nos los llevan*, fué embestido Mr. Lagrange por todas partes, y hubiera perecido a no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walonas don Miguel Desmaissières y Flores; mas subiendo de punto la gritería y ciegos todos de rabia y desesperación, ambos iban a ser atropellados y muertos si afortunadamente no hubiera llegado a tiempo una patrulla francesa, que los libró del furor de la embravecida plebe. Murat, prontamente informado de lo que pasaba, envió sin tardanza un batallón con dos piezas de artillería; la proximidad a palacio de su alojamiento facilitaba la breve ejecución de su orden. La tropa francesa, llegada que fué al paraje de la reunión popular, en vez de contener el alboroto en su origen, sin previo aviso ni determinación anterior, hizo una descarga sobre los indefensos corrillos, causando así una general dispersión y con ella un levantamiento en toda la capital, porque derramándose con celeridad hasta por los más distantes barrios los prófugos de palacio, cundió con ellos el terror y el miedo, y en un instante, y como por encanto, se sublevó la población entera.

Acudieron todos a buscar armas, y con ansia, a falta de buenas, se aprovechaban de las más arrinconadas y enmohecidas. Los franceses fueron impetuosamente acometidos por doquiera que se les encontraba. Respetáronse, en general, los que estaban dentro de las casas o iban desarmados, y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus cuerpos o hacían fuego. Los hubo que, arrojando las armas e implorando clemencia, se salvaron y fueron custodiados en paraje seguro. ¡Admirable generosidad en medio de tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle Mayor, de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algún tiempo los franceses desaparecieron, y los inexpertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero, desgraciadamente, fué de corta duración su alegría.

Los extranjeros, prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitación de una populosa ciudad, apresuradamente se abalanzaron por las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, barriéndola con su artillería y arrojando a la multitud la caballería de la guardia imperial a las órdenes del jefe de escuadrón Daumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos y los mamelucos, los que, conforme a las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daubrai, forzaron las puertas de algunas casas, o ya porque desde dentro hubiesen tirado, o ya porque así lo fingieron para entrarlas a saco y matar a cuantos se les presentaban. Así, asaltando entre otras la casa del duque de Híjar, en la Carrera de San Jerónimo, arcabucearon delante de sus puertas al anciano portero. Estuvieron también próximos a experimen-

tar igual suerte, el marqués de Villamejor y el conde de Talara, aunque no habían tomado parte en la sublevación. Salváronlos sus alojados. El pueblo, combatido por todas partes, fué rechazado y disperso, y sólo unos cuantos siguieron defendiéndose y aun atacaron con sobresaliente bizarría. Entre ellos los hubo que, vendiendo caras sus vidas, se arrojaron en medio de las filas francesas hiriendo y matando hasta dar el postrer aliento; hubo otros que, parapetándose en las esquinas de las calles, iban de una en otra haciendo continuado y mortífero fuego; algunos también, en vez de huir, aguardaban a pie firme, o asestaban su último y furibundo golpe contra el jefe u oficial conocido por sus insignias. ¡Estériles esfuerzos de valor y personal denuedo!

La tropa española permanecía en sus cuarteles por orden de la junta y del capitán general, don Francisco Javier Negrete, furiosa y encolerizada, mas retenida por la disciplina. Entretanto, paisanos, sin resguardo ni apoyo, se precipitaron al parque de artillería, en el barrio de las Maravillas, para sacar los cañones y resistir con más ventaja. Los artilleros andaban dudosos en tomar o no parte con el pueblo, a la misma sazón que cundió la voz de haber sido atacado por los franceses uno de los otros cuarteles. Decididos entonces, y puestos al frente don Pedro Velarde y don Luis Daoiz, abrieron las puertas del parque, sacaron tres cañones y se dispusieron a rechazar al enemigo, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería, a las órdenes del oficial Ruiz. Al principio se cogieron prisioneros algunos franceses, pero poco después una columna de éstos, de los acantonados

en el convento de San Bernardino, se avanzó, mandada por el general Lefranc, trabándose de ambos lados una porfiada refriega. El parque se defendió valerosamente, menudearon las descargas, y allí quedaron tendidos número crecido de enemigos. De nuestra parte perecieron bastantes soldados y paisanos; el oficial Ruiz fué desde el principio gravemente herido. Don Pedro Velarde feneció atravesado de un balazo; y escaseando ya los medios de defensa con la muerte de muchos, y aproximándose denodadamente los franceses a la bayoneta, comenzaron los nuestros a desalentar y quisieron rendirse. Pero cuando se creía que los enemigos iban a admitir la capitulación se arrojaron sobre las piezas, mataron a algunos, y entre ellos traspasaron despiadadamente a bayonetazos a don Luis Daoiz, herido antes en un muslo. Así terminaron su carrera los ilustres y beneméritos oficiales Daoiz y Velarde: honra y gloria de España, dechado de patriotismo, servirán de ejemplo a los amantes de la independencia y libertad nacional. El reencuentro del parque fué el que costó más sangre a los franceses, y en donde hubo resistencia más ordenada.

Entretanto, la débil junta, azorada y sorprendida, pensó en buscar remedio a tamaño mal. Ofárril y Azanza, habiendo recorrido inútilmente los alrededores de palacio, y no siendo escuchados de los franceses, montaron a caballo y fueron a encontrarse con Murat, quien desde el principio de la sublevación, para estar más desembarazado y más a mano de dar órdenes, ya a las tropas de afuera, ya a las de adentro, se colocó con el mariscal Moncey y principales generales fuera de puer-

tas, en lo alto de la cuesta de San Vicente. Llegaron allí los comisionados de la junta, y dijeron al gran duque que si mandaba suspender el fuego y les daba para acompañarlos uno de sus generales, se ofrecían a restablecer la tranquilidad. Accedió Murat y nombró al general Harispe. Juntos los tres pasaron a los Consejos, y asistidos de individuos de todos ellos, se distribuyeron por calles y plazas, y recorriendo las principales alcanzaron que la multitud se aplacase, con oferta de olvido de lo pasado y reconciliación general. En aquel paseo se salvó la vida a varios desgraciados, y señaladamente a algunos traficantes catalanes, a ruego de don Gonzalo Ofárril.

Retirados los españoles, todas las bocacalles y puntos importantes fueron ocupados por los franceses, situando, particularmente en las encrucijadas, cañones con mecha encendida.

Aunque sumidos todos en dolor profundo, se respiraba algún tanto con la consoladora idea de que, por lo menos, haría pausa la desolación y la muerte. ¡Engañosa esperanza! A las tres de la tarde, una voz lúgubre y espantosa empezó a correr con la celeridad del rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habían sido cogidos por los franceses y arcabuceados junto a la fuente de la Puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo. Apenas se daba crédito a tamaña atrocidad, y conceptuábanse falsos rumores de ilusos y acalorados patriotas. Bien pronto llegó el desengaño. En efecto, los franceses, después de estar todo tranquilo, habían comenzado a prender a muchos españoles que, en virtud de las promesas, creyeron poder acudir libremen-

te a sus ocupaciones. Prendiéronlos con pretexto de que llevaban armas; muchos no las tenían, a otros sólo acompañaba o una navaja o unas tijeras de su uso. Algunos fueron arcabuceados sin dilación, otros quedaron depositados en la casa de correos y en los cuarteles. Las autoridades españolas, fiadas en el convenio concluído con los jefes franceses, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado.

En dicha casa de correos se había juntado una comisión militar francesa con apariencias de tribunal; mas por lo común sin ver a los supuestos reos, sin oírles descargo alguno ni defensa, los enviaba en pelotones, unos en pos de otros, para que pereciesen en el Retiro o en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su horroroso suplicio ignorantes de su suerte, y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el montón, caían o muertos o malheridos, pasando a enterrarlos cuando todavía algunos palpitaban. Aguardaron a que pasase el día para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan al recordar la triste y silenciosa noche, sólo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas y por el ruido de los fusilazos y del cañón, que de cuando en cuando, y a lo lejos, se oía y resonaba. Recogidos los madrileños a sus hogares, lloraban la cruel suerte que había cabido o amenazaba al pariente, al deudo o al amigo.

No satisfechos los invasores con la sangre derramada por la noche, continuaron todavía en la mañana siguiente pasando por las armas a algunos de los arrestados la víspera, para cuya ejecución desti-

naron el cercado de la casa del príncipe Pío. Con aquel sangriento suceso, se dió correspondiente remate a la empresa comenzada el 2 de mayo, día que cubrirá eternamente de baldón al caudillo del ejército francés, que fríamente mandó asesinar, atraillados, sin juicio ni defensa, a inocentes y pacíficos individuos. Lejos estaba entonces de prever el orgulloso y arrogante Murat que años después, cogido, sorprendido y casi atraillado también, a la manera de los españoles del 2 de mayo, sería arcabuceado sin detenidas formas, y a pesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento a los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad.

VII

LAS ABDICACIONES DE BAYONA.

Napoleón, al día siguiente de su llegada, el 16 de abril, dió audiencia en aquella ciudad a una diputación de portugueses enviada para complimentarle, y les ofreció conservar su independendencia, no desmembrando parte alguna de su territorio, ni agregándoles tampoco a España. No pudo verle el infante don Carlos por hallarse indispuerto; mas Napoleón pasó a visitar en persona a Fernando una hora después de su arribo, el que se verificó, como hemos dicho, el día 20. El recién llegado bajó a recibirle a la puerta de la calle, en donde, habiéndose estrechamente abrazado, estuvieron juntos corto rato, y solamente se tocaron en la con-

versación puntos indiferentes. Fernando fué convidado a comer para aquella misma tarde con el emperador, y a la hora señalada, yendo en carruajes imperiales con su comitiva, fué conducido al palacio de Marrac, donde Napoleón residía. Salióle éste a recibir hasta el estribo del coche, etiqueta sólo usada con las testas coronadas. En la mesa, evitó tratarle como príncipe o como rey. Acabada la comida, permanecieron poco tiempo juntos, y se despidieron, quedando los españoles muy contentos del agasajo con que habían sido tratados, y renaciendo en ellos la esperanza de que todo iba a componerse bien y satisfactoriamente. Vuelto Fernando a su posada, entró en ella muy luego el general Savary con el inesperado mensaje, de que el emperador había resuelto irrevocablemente derribar del trono la estirpe de los Borbones, sustituyendo la suya, y que por consiguiente S. M. I. exigía que el rey, en su nombre y en el de toda la familia, renunciase la corona de España e Indias en favor de la dinastía de Bonaparte. No se sabe si debe sorprender más la resolución en sí misma y el tiempo y ocasión de anunciarla, o la serenidad del mensajero encargado de dar la noticia. No habían transcurrido aún cinco días desde que el general Savary había respondido con su cabeza, de que el emperador reconocería al príncipe de Asturias por rey, si hiciese la demostración amistosa de pasar a Bayona, y el mismo general encargábase ahora, no ya de poner dudas o condiciones a aquel reconocimiento, sino de intimar al príncipe y a su familia el despojo absoluto del trono heredado de sus abuelos. ¡Inaudita audacia! Aguardar también para notificar la terrible decisión de Napoleón el mo-

mento en que acababa de darse a los príncipes de España pruebas de un bueno y amistoso hospedaje, fué verdaderamente rasgo de inútil y exquisita inhumanidad, apenas creíble a no habérselo transmitido testigos oculares. Los héroes del político florentino César Borgia y Oliveretto di Fermo en sus crueldades y excesos parecidos en gran manera a este de Napoleón, hallaban por lo menos cierta disculpa en su propia debilidad y en ser aquella la senda por donde caminaban los príncipes y estados de su tiempo. Mas el hombre, colocado al frente de una nación grande y poderosa, y en un siglo de costumbres más suaves, nunca podrá justificar o paliar siquiera ni su aleve resolución, ni el modo odioso e inoportuno de comunicarla.

Después del intempestivo y desconsolador anuncio, tuvieron acerca del asunto don Pedro Cevallos y don Juan Escoiquiz importantes conferencias. Comenzó la de Cevallos con el ministro Champagny, y cuando sostenía aquél con tesón y dignidad los derechos de su príncipe, en medio de la discusión, presentóse el emperador, y mandó a ambos entrar en su despacho, en donde, enojado con lo que a Cevallos le había oído, pues detrás de una puerta había estado escuchando, le apellidó *traidor*, por desempeñar cerca de Fernando el mismo destino de que había disfrutado bajo Carlos IV. Añadidos otros denuestos, se serenó al fin y concluyó con decir que «tenía una política peculiar suya; »que debía (Cevallos) adoptar ideas más francas, »ser menos delicado sobre el pundonor y no sacrificar la prosperidad de España al interés de la familia de Borbón».

La primera conferencia de Escoiquiz fué, desde

luego, con Napoleón mismo, quien le trató con más dulzura y benignidad que a Cevallos, merced, probablemente, a los elogios que el canónigo le prodigó con larga mano. La conversación tenida entre ambos nos ha sido conservada por Escoiquiz, y aunque dueño éste de modificarla en ventaja suya, lleva visos de verídica y exacta, así por lo que Bonaparte dice, como también por aparecer en ella el bueno de Escoiquiz en su original y perpetua simplicidad. El emperador francés, poco atento a floreos y estudiadas frases, insistió con ahinco en la violencia con que a Carlos IV se le había arrancado su renuncia, siendo el punto que principalmente le interesaba. No por eso dejó Escoiquiz de seguir perorando largamente; pero su *cicerónica arenga*, como por mofa la intitulaba Napoleón, no conmovió el imperial ánimo de éste, que terminó la conferencia con autorizar a Escoiquiz para que, en nombre suyo, ofreciese a Fernando el reino de Etruria, en cambio de la corona de España; en cuya propuesta quería dar al príncipe una prueba de su estimación, prometiendo, además, casarle con una princesa de su familia. Después de lo cual, y de tirarle amistosa, si bien fuertemente, de las orejas, según el propio relato del canónigo, dió fin a la conversación el emperador francés.

Apresuradamente volvió a la posada del rey Fernando don Juan Escoiquiz, a quien todos aguardaban con ansia. Comunicó la nueva propuesta de Napoleón, y se juntó el Consejo de los que acompañaban al rey para discutirla. En él los más de los asistentes, a pesar de los repetidos desengaños, sólo veían en las nuevas proposiciones el deseo de pedir mucho para alcanzar algo, y todos, a excepción

de Escoiquiz, votaron por desechar la propuesta del reino de Etruria. Cierta que si por una parte horroriza la pérfida conducta de Napoleón, por otra causa lástima y despecho el constante desvarío de los consejeros de Fernando y aquel continuado esperar en quien sólo había dado muestras de mala voluntad. La opinión de Escoiquiz fué aún menos disculpable; la de los otros consejeros se fundaba en un juicio equivocado, pero la del último, no sólo le deshonoraba como español, queriendo que se trocase el vasto y poderoso trono de su patria por otro pequeño y limitado, no sólo daba indicio de mísera y personal ambición, sino que también probaba de nuevo imprevisión incurable en imaginarse que Bonaparte respetaría más al nuevo rey de Etruria, que lo que había respetado al antiguo y a los que eran legítimamente príncipes de España.

Continuaron las conferencias, habiendo sustituido a Cevallos don Pedro Labrador, y entendiéndose con Escoiquiz Mr. de Pradt, obispo de Poitiers. Labrador rompió, desde luego, las negociaciones con Mr. de Champagny; los otros, prosiguieron sin resultado alguno su recíproco trato y explicaciones. Daba ocasión a muchas de estas conferencias, la vacilación misma de Napoleón, quien deseaba que Fernando renunciase sus derechos, sin tener que acudir a una violencia abierta, y también para dar lugar a que Carlos IV y el otro partido de la corte llegasen a Bayona. Así fué que la víspera del día en que se aguardaba a los reyes viejos, anunció Napoleón a Fernando que ya no trataría sino con su padre.

Ya hemos visto cómo el 25 de abril habían sa-

lido aquéllos de El Escorial, ansiosos de abrazar a su amigo Godoy, y persuadidos, hasta cierto punto, de que Napoleón los repondría en el trono. Pruébanlo las conversaciones que tuvieron en el camino, y señaladamente la que en Villa-Real trabó la reina con el duque de Mahón; a quien habiéndole preguntado qué noticias corrían, respondió dicho duque: «asegúrase que el emperador de los franceses reúne en Bayona todas las personas de la familia real de España para privarlas del trono». Paróse la reina como sorprendida, y después de haber reflexionado un rato, replicó: «Napoleón siempre ha sido enemigo grande de nuestra familia; sin embargo, ha hecho a Carlos reiteradas promesas de protegerle, y no creo que obre ahora con perfidia tan escandalosa.» Arribaron, pues, a Bayona el 30, siendo desde la frontera cumplimentados y tratados como reyes, y con una distinción muy diversa de aquella con que se había recibido a su hijo. Napoleón los vió el mismo día, y no los convidó a comer sino para el siguiente, 1.º de mayo, queriéndoles hacer el obsequio de que descansasen. Desembarazados de las personas que habían ido a darles el parabién de su llegada, entre quienes se contaba a Fernando, mirado con desvío y enojo por su augusto padre, corrieron Carlos y María Luisa a los brazos de su querido Godoy, a quien tiernamente estrecharon en su seno una y repetidas veces con gran clamor y llanto.

Pasaron en la tarde señalada a comer con Napoleón, y habiéndosele olvidado a éste invitar al favorito español, al ponerse a la mesa, echándole de menos Carlos, fuera de sí exclamó: *¿Y Manuel?* *¿Dónde está Manuel?* Fuéle preciso a Napoleón re-

parar su olvido, o más bien condescender con los deseos del anciano monarca; tan grande era el poderoso influjo que sobre los hábitos y carácter del último había tomado Godoy, quien no parecía sino que con bebedizos le había encantado.

No tardaron mucho unos y otros en ocuparse en el importante y grave negocio que había provocado la reunión en Bayona de tantos ilustres personajes. Muy luego de la llegada de los reyes padres, de acuerdo éstos con Napoleón, y siendo Godoy su principal y casi único consejero, se citó a Fernando, e intimóle Carlos en presencia del soberano extranjero, que en la mañana del día siguiente le devolviese la corona por medio de una cesión pura y sencilla, amenazándole con que «si no »él, sus hermanos y todo su séquito serían desde »aquel momento tratados como emigrados». Napoleón apoyó su discurso, y le sostuvo con fuerza; y al querer responder Fernando, se lanzó de la silla su augusto padre, y hablándole con dignidad y fiereza quiso maltratarle, acusándole de haber querido quitarle la vida con la corona. La reina, hasta entonces silenciosa, se puso enfurecida, ultrajando al hijo con injuriosos denuestos, y a tal punto, según Bonaparte, se dejó arrastrar de su arrebatada cólera, que le pidió al mismo hiciese subir a Fernando al cadalso; expresión, si fué pronunciada, espantosa en boca de una madre. Su hijo enmudeció, y envió una renuncia con fecha 1.º de mayo, limitada por las condiciones siguientes: «1.ª Que »el rey padre volviese a Madrid, hasta donde le »acompañaría Fernando, y le serviría como su hijo »más respetuoso. 2.ª Que en Madrid se reuniesen »las Cortes, y pues que S. M. (el rey padre) resis-

»tía una congregación tan numerosa, se convocasen »todos los tribunales y diputados del reino. 3.^a Que »a la vista de aquella asamblea formalizaría su re- »nuncia Fernando, exponiendo los motivos que le »conducían a ella. 4.^a Que el rey Carlos no llevase »consigo personas que justamente se habían con- »citado el odio de la nación. 5.^a Que si S. M. no »quería reinar ni volver a España, en tal caso Fer- »nando gobernaría en su real nombre, como lugar- »teniente suyo; no pudiendo ningún otro ser pre- »ferido a él.» Son de notar los trámites y formalidades que querían exigirse para hacer la nueva renuncia, siendo así que todo se había olvidado y aun atropellado en la anterior de Carlos. También es digno de particular atención que Fernando y sus consejeros, quienes por la mayor parte odiaron tantos años adelante hasta el nombre de Cortes, hayan sido los primeros que provocaron su convocación, insinuando ser necesaria para legitimar la nueva cesión del hijo en favor del padre la aprobación de los representantes de la nación, o por lo menos la de una reunión numerosa en que estuvieran los diputados de los reinos. Así se truecan y trastornan los pareceres de los hombres al son del propio interés, y en menosprecio de la pública utilidad.

Carlos IV no se conformó, como era de esperar, con la contestación del hijo, escribiéndole en respuesta el 2 una carta, en cuyo contenido, en medio de algunas severas si bien justas reflexiones, se descubre la mano de Napoleón, y hasta expresiones suyas. Sonlo, por ejemplo, «todo debe hacerse para el pueblo, y nada por él... No puedo »consentir en ninguna reunión en junta... nueva su-

»gestión de los hombres sin experiencia que os
»acompañan». Tal fué la invariable aversión con
que Bonaparte miró siempre las asambleas popu-
lares, siendo así, que sin ellas, hubiera perpetua-
mente quedado oscurecido en el humilde rincón en
que la suerte le había colocado. Fernando insistió
el 4 en su primera respuesta, «que el excluir para
»siempre del trono de España a su dinastía, no po-
»día hacerlo sin el expreso consentimiento de to-
»dos los individuos que tenían o podían tener de-
»recho a la corona de España, ni tampoco sin el
»mismo expreso consentimiento de la nación espa-
»ñola, reunida en Cortes y en lugar seguro.» Y
tanto y tanto reconocía entonces Fernando los sa-
grados derechos de la nación, reclamándolos y des-
lindándolos cada vez más y con mayor claridad y
conato.

En este estado andaban las pláticas sobre tan
grave negocio, cuando el 5 de mayo se recibió en
Bayona la noticia de lo acaecido en Madrid el día
2; pasó Napoleón inmediatamente a participárse-
lo a los reyes padres, y después de haber tenido
con ellos una muy larga conferencia, se llamó a
Fernando para que también concurriese a ella. Eran
las cinco de la tarde; todos estaban sentados, ex-
cepto el príncipe. Su padre le reiteró las anterio-
res acusaciones; le baldonó acerbamente; le acha-
có el levantamiento del 2 de mayo; las muertes que
se habían seguido, y llamándole pérfido y traidor,
le intimó por segunda vez que si no renunciaba la
corona, sería sin dilación declarado usurpador, y
él y toda su casa, conspiradores contra la vida de sus
soberanos. Fernando, atemorizado, abdicó el 6,
pura y sencillamente en favor de su padre, y en los

términos que éste le había indicado. No había aguardado Carlos a la renuncia del hijo para coincidir con Napoleón un tratado por el que le cedía la corona, sin otra especial restricción que la de la integridad de la monarquía y la conservación de la religión católica, excluyendo cualquiera otra. El tratado fué firmado en 5 de mayo por el mariscal Duroc y el príncipe de la Paz, plenipotenciarios nombrados al efecto, con cuya vergonzosa negociación, dió el valido español cumplido remate a su pública y lamentable carrera. Ingrato y desconocido puso su firma en un tratado en el que no estipuló sola y precisamente privar de la corona a Fernando su enemigo, sino en general y por inducción a todos los infantes, a toda la dinastía, en fin, de los soberanos sus bienhechores, recayendo la cesión de Carlos en un príncipe extranjero. Pequeño y mezquino hasta en los últimos momentos, don Manuel Godoy única y porfiadamente altercó sobre el artículo de pensiones.

Así terminó Carlos IV su reinado, del que nadie mejor que él nos dará una puntual y verdadera idea. Comía en Bayona con Napoleón, cuando se expresó en estos términos: «Todos los días, invierno y verano, iba a caza hasta las doce, comía, y al instante volvía al cazadero hasta la caída de la tarde. Manuel me informaba cómo iban las cosas, y me iba a acostar para comenzar la misma vida al día siguiente, a menos de impedírmelo alguna ceremonia importante.» De este modo gobernó por espacio de veinte años aquel monarca, quien según la pintura que hace de sí propio, merece justamente ser apellidado con el mismo epíteto que lo fueron varios de los reyes de Francia de la estirpe me-

rovingiana. Sin embargo, adornaban a Carlos prendas con que hubiera brillado como rey, llenando sus altas obligaciones, si menos perezoso y débil no se hubiese ciegamente entregado al arbitrio y desordenada fantasía de la reina. Tenía comprensión fácil y memoria vasta; amaba la justicia, y si alguna vez se ocupaba en el despacho de los negocios, era expedito y atinado; mas estas calidades desaparecieron al lado de su dejadez y habitual abandono. Con otra esposa que María Luisa, su reinado no hubiera desmerecido del de su augusto antecesor; y bien que la situación de Europa fuese muy otra a causa de la revolución francesa, tranquila España en su interior y bien gobernada, quizá hubiera podido sosegadamente progresar en su industria y civilización sin revueltas ni trastornos.

Formalizadas las renunciaciones de Fernando en Carlos IV, y de éste en Napoleón, faltaba la del primero como príncipe de Asturias, porque si bien había devuelto en 6 de mayo la corona a su padre, no había por aquel acto renunciado a sus derechos en calidad de inmediato sucesor. Parece ser, según don Pedro Cevallos, que Fernando, resistiéndose a acceder a la última cesión, Napoleón le dijo: «No »hay medio, príncipe, entre la cesión y la muerte.» Otros han negado la amenaza y admira, en efecto, que hubiera que acudir a requerimiento tan riguroso con persona cuya debilidad se había ya mostrado muy a las claras. El mariscal Duroc habló en el mismo sentido que su amo, y los príncipes entonces se determinaron a renunciar. Nombrose a dicho mariscal con Escoiquiz para arreglar el modo, y el 10 firmaron ambos un tratado por el que

se arreglaron los términos de la cesión del príncipe de Asturias, y se fijó su pensión como la de los infantes con tal que suscribiesen el tratado; lo cual verificaron don Antonio y don Carlos por medio de una proclama que, en unión con Fernando, dieron en Burdeos el 12 del mismo mayo. El infante don Francisco no firmó ninguno de aquellos actos, ya fuera por precipitación, o ya por considerarle en su minoridad.

No tardó Napoleón, extendidas y formalizadas que fueron las renunciaciones, por medio de los convenios mencionados, en despachar para lo interior de Francia a las personas de la familia real de España. El 10 de mayo, Carlos IV y su esposa María Luisa, la reina de Etruria con sus hijos, el infante Don Francisco y el príncipe de la Paz, salieron para Fontainebleau, y de allí pasaron a Compiègne. El 11 partieron también de Bayona el rey Fernando VII y su hermano y tío, los infantes Don Carlos y Don Antonio, habiéndoseles señalado para su residencia el palacio de Valençay, propio del príncipe de Talleyrand.

Tal fin tuvieron las célebres vistas de Bayona entre el emperador de los franceses y la mal aventurada familia real de España. Sólo con muy negra tinta puede trazarse tan tenebroso cuadro. En él se presenta Napoleón pérfido y artero; los reyes viejos, padres desnaturalizados; Fernando y los infantes, débiles y ciegos; sus consejeros, por la mayor parte, ignorantes o desacordados, dando todos juntos principio a un sangriento drama, que ha acabado con muchos de ellos, desgarrado a España y conmovido hasta en sus cimientos la suerte de la Francia misma.

VIII

INSURRECCIÓN GENERAL CONTRA LOS FRANCÉSES

Encontrados afectos habían agitado, durante dos meses, a las vastas provincias de España. Tras la alegría y el júbilo, tras las esperanzas tan lisonjeras como rápidas de marzo, habían venido las zozobras, las sospechas, los temores de abril. El 2 de mayo había llevado consigo a todas partes el terror y el espanto, y al propagarse la nueva de las renunciaciones, de las perfidias y torpes hechos de Bayona, un grito de indignación y de guerra, lanzándose con admirable esfuerzo de las cabezas de provincia, se repitió y cundió resonando por caseríos y aldeas, por villas y ciudades. A porfía las mujeres y los niños, los mozos y los ancianos arrebatados de fuego patrio, llenos de cólera y rabia, clamaron unánime y simultáneamente por pronta, noble y tremenda venganza. Renació España, por decirlo así, fuerte, vigorosa, denodada; renació recordando sus pasadas glorias, y sus provincias conmovidas, alteradas y enfurecidas se representaban a la imaginación como las describía Veleyo Patérculo, *tam diffusas, tam frequentes, tam feras*. El viajero que un año antes pisando los anchos campos de Castilla hubiese atravesado por medio de la soledad y desamparo de sus pueblos, si de nuevo hubiese ahora vuelto a recorrerlos, viéndolos llenos de gente, de turbación y afanosa diligencia, con razón hubiera podido achacar a mágica transformación, mudanza tan extraordinaria y repentina.

Aquellos moradores como los de toda España, indiferentes no había mucho a los negocios públicos, salían ansiosamente a informarse de las novedades y ocurrencias del día, y desde el alcalde hasta el último labriego embravecidos y airados, estremeándose con las muertes y tropelías del extranjero, prorrumpían al oírlas en lágrimas de despecho. Tan cierto era que aquellos nobles y elevados sentimientos, que engendraron en el siglo décimosexto tantos portentos de valor y tantas y tan inauditas hazañas, estaban adormecidos, pero no apagados en los pechos españoles, y al dulce nombre de patria, a la voz de su rey cautivo, de su religión amenazada, de sus costumbres holladas y escarnecidas, se despertaron ahora con viva y recobrada fuerza. Cuanto mayores e inesperados habían sido los ultrajes, tanto más terrible y asombroso fué el público sacudimiento. La historia no nos ha transmitido ejemplo más grandioso de un alzamiento tan súbito y tan unánime contra una invasión extraña. Como si un premeditado acuerdo, como si una suprema inteligencia hubiera gobernado y dirigido tan gloriosa determinación, las más de las provincias se levantaron espontáneamente, casi en un mismo día, sin que tuviesen muchas noticias de la insurrección de las otras, y animadas todas de un mismo espíritu exaltado y heroico. A resolución tan magnánima fué estimulada la nación española por los engaños y alevosías de un falso amigo, que con capa de querer regenerarla, desconociendo sus usos y sus leyes, intentó a su antojo dictarle otras nuevas, variar la estirpe de sus reyes, y destruir así su verdadera y bien entendida independencia, sin la que desmoronándose los estados

más poderosos, hasta su nombre se acaba y lastimosamente perece.

IX

BAILÉN

Dupont después de abandonar a Córdoba se había replegado a Andújar, y asentado allí su cuartel general; sucesivamente había recibido los refuerzos que le llevaron los generales Vedel y Gobert. Antes de esta retirada y para impedirla se había formado un plan por los españoles. Don Francisco Javier Castaños se oponía a que éste se realizase, pensando quizá fundadamente, que ante todo debía organizarse el ejército en un campo atrincherado delante de Cádiz. En tanto Dupont frustró con su movimiento retrógrado el intento que había habido de rodearle. Alentáronse los nuestros, y sólo Castaños insistió de nuevo en su anterior dictamen. Inclinábase a adoptarle la junta de Sevilla hasta que, arrastrada por la voz pública, y noticiosa de que tropas de refresco avanzaban a unirse al enemigo, determinó que se le atacase en Andújar.

Castaños, desde que había tomado el mando del ejército de Andalucía, había tratado de engrosarle y disciplinar a los innumerables paisanos que se presentaban a alistarse voluntariamente. En Utrera estableció su cuartel general, y en aquel pueblo y Carmona se juntaron unas en pos de otras todas las fuerzas, así las que venían de San Roque, Cádiz y Sevilla, como las que con Echavarri habían peleado en Alcolea. No tardaron mucho las de Granada en

aproximarse y darse la mano con las demás. Para mayor seguridad rogó Castaños al general Spencer, quien con 5.000 ingleses, según se apuntó, estaba en Cádiz a bordo de la escuadra de su nación, que desembarcase y tomase posición en Jerez. Por entonces no condescendió este general con su deseo, prefiriendo pasar a Ayamonte y sostener la insurrección de Portugal. No tardó, sin embargo, el inglés en volver y desembarcar en el puerto de Santa María, en donde permaneció corto tiempo sin tomar parte en la guerra de Andalucía.

Puestos de inteligencia los jefes españoles, dispusieron su ejército en tres divisiones con un cuerpo de reserva. Mandaba la primera don Teodoro Reding con la gente de Granada; la segunda, el marqués de Coupigny, y se dejó la tercera a cargo de don Félix Jones, que debía obrar unida a la reserva capitaneada por don Manuel de la Peña. El total de la fuerza ascendía a 25.000 infantes y 2.000 caballos. A las órdenes de don Juan de la Cruz había una corta división, compuesta de las compañías de cazadores de algunos cuerpos, de paisanos y otras tropas ligeras, con partidas sueltas de caballería, que en todo ascendían a 1.000 hombres. También don Pedro Valdecañas mandaba por otro lado pequeños destacamentos de gente allegadiza.

Los españoles, avanzando, se extendieron desde el 1 de julio por El Carpio y ribera izquierda del Guadalquivir. Los franceses, para buscar víveres y cubrir su flanco, habían al propio tiempo enviado a Jaén al general de brigada Cassagne con 1.500 hombres. A las once del mismo día, acercándose los franceses a la ciudad, tuvieron varios encuentros con los nuestros, y hasta el 3 que por la noche la

desampararon, estuvieron en continuado rebato y pelea, ya con paisanos, ya con el regimiento de suizos de Reding y voluntarios de Granada, que habían acudido a la defensa de los suyos. Dupont, sabedor del movimiento del general Castaños, no queriendo tener alejadas sus fuerzas, había ordenado a Cassagne que retrocediese, y así se libertó Jaén de la ocupación de unos soldados que tanto daño le habían ocasionado en la primera.

Instando de todos lados para que se acometiese decididamente al enemigo, celebraron en Porcuna el 11 de julio los jefes españoles un consejo de guerra, en el que se acordó el plan de ataque. Conforme a lo convenido, debía don Teodoro Reding cruzar el Guadalquivir por Mengíbar y dirigirse sobre Bailén, sosteniéndole el marqués de Coupigny, que había de pasar el río por Villanueva. Al mismo tiempo, don Francisco Javier Castaños quedó encargado de avanzar con la tercera división y la reserva y atacar de frente al enemigo, cuyo flanco derecho debía ser molestado por las tropas ligeras y cuerpos francos de don Juan de la Cruz, quien, atravesando por el puente de Marmolejo, que, aunque cortado anteriormente, estaba ya transitable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El 13 se empezó a poner en obra el concertado movimiento, y el 15 hubo varias escaramuzas. Dupont, inquieto con las tropas que veía delante de sí, pidió a Vedel que le enviase de Bailén el socorro de una brigada; pero éste, no queriendo separarse de sus soldados, fué en persona con su división, dejando solamente a Liger-Belair con 1.300 hombres para guardar el paso de Mengíbar. En el

mismo día 15, los franceses atacaron a Cruz, quien después de haber combatido bizarramente, se transfirió a Peñascal de Morales, replegándose los enemigos a sus posiciones. No hubo en el 16 por el frente, o sea del lado de Castaños, sino un recio cañoneo, pero fué grave y glorioso para los españoles el choque en que se vió empeñado en el propio día el general Reding.

Según lo dispuesto, trató este general de atacar al enemigo, y al tiempo que le amenazaba en su posición de Mengíbar, a las cuatro de la mañana cruzó el río a media legua por el vado apellidado del Rincón. Le desalojó de todos los puntos y obligó a Liger Belair a retirarse hacia Bailén, de donde volando a su socorro el general Gobert, recibió éste un balazo en la cabeza, del que murió poco después. Cuerpos nuevos como el de Antequera y otros, se estrenaron aquel día con el mayor lucimiento. Contribuyó en gran manera al acierto de los movimientos el experto y entendido mayor general don Francisco Javier Abadía. Nada embarazaba ya la marcha victoriosa de los españoles; mas Reding, como prudente capitán, suspendió perseguir al enemigo, y repasando por la tarde el río, aguardó a que se le uniese Coupigny. Pareció ser día de buen agüero, porque en 1212, en el mismo 16 de julio, según el cómputo de entonces, habíase ganado la célebre batalla de las Navas de Tolosa, pueblo de allí poco distante, siendo de notar que el paraje en donde hubo mayor destrozo de moros, y que aún conserva el nombre de campo de matanza, fué el mismo en que cayó mortalmente herido el general Gobert.

De resultas de este descalabro, determinó Du-

pont que Vedel tornase a Bailén y arrojase a los españoles del otro lado del río. Empezaba el terror a desconcertar a los franceses. Aumentóse con la noticia que recibieron de lo ocurrido en Valencia, y por doquiera no veían ni soñaban sino gente enemiga. Así fué que Donfour, sucesor de Gobert, y Liger-Belair, escarmentados con la pérdida que el 16 experimentaron en Mengíbar y temerosos de que los españoles mandados por don Pedro Valdecañas, que había acometido y sorprendido en Linares un destacamento francés, se apoderasen de los pasos de la sierra y fuesen después sostenidos por la división victoriosa de Reding, en vez de mantenerse en Bailén caminaron a Guarromán, tres leguas distante. Ya se habían puesto en marcha cuando Vedel, de vuelta de Andújar, llegó al primer pueblo, y, sin aguardar noticia ni aviso alguno, recelándose que Donfour y su compañero pudiesen ser atacados, prosiguió adelante, y, uniéndose a ellos, avanzaron juntos a la Carolina y Santa Elena.

En el intermedio, y al día siguiente de la gloriosa acción que había ganado, movió el general Reding su campo, repasó de nuevo el río en la tarde del 17, e incorporándose al amanecer el marqués de Coupigny, entraron ambos el 18 en Bailén. Sin permitir a su gente largo descanso, disponíanse a revolver sobre Andújar con intento de coger a Dupont entre sus divisiones y las que habían quedado en los visos, cuando impensadamente se encontraron con las tropas de dicho general, que de prisa y silenciosamente caminaban. Había el francés salido de Andújar al anochecer del 18, después de destruir el puente y las obras que para su defensa había levantado. Escogió la oscuridad, deseoso de encubrir

su movimiento y salvar el inmenso bagaje que acompañaba a sus huestes.

Abría Dupont la marcha con 2.600 combatientes, mandando Barbón la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañoslos el tiroteo que de noche empezó a oírse en los puntos avanzados. Los generales españoles, que estaban reunidos en una almazara, o sea molino de aceite, a la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña o reencuentro con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó a sus pies a las doce y minutos de aquella misma noche y principio ya del día 19. Eran, en efecto, fuegos de tropas francesas que, habiendo las primeras y más temprano salido de Andújar, habían tenido el necesario tiempo para aproximarse a aquellos parajes. Los jefes españoles mandaron hacer alto, y don Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente orden y causó diversión al enemigo, en tanto que la demás tropa, ya puesta en camino, volvía a colocarse en el sitio que antes ocupaba. Los franceses, por su parte, avanzaron más allá del puente que hay a media legua de Bailén. En unas y otras no empezó a trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos o divisiones en que se había distribuido la fuerza española allí presente estaban al mando de los generales Reding y Coupigny, sometido éste al primero, ambos jefes acudían, indistintamente, con la flor de sus tropas a los puntos atacados con mayor empeño. Ayudoles mucho para

el acierto el saber y tino del mayor general Abadía.

La primera acometida fué por donde estaba Coupigny. Rechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y el de caballería de España, embistieron las alturas que el enemigo señoreaba y le desalojaron. Roto éste enteramente, se acogió al puente y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupont sus fuézas, volvió a posesionarse de parte del terreno perdido y extendió su ataque contra el centro y costado derecho español, en donde estaba don Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros de aquel lado, pero auxiliados oportunamente por don Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados, teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma, mandados por los coroneles don José Juncar y don Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta, que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos, ya otros, de una noria sita más abajo de la almazara antes mencionada.

A las doce y media de la mañana, Dupont, lleno de enojo, púsose con todos los generales a la cabeza de las columnas, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojó romper nuestro centro, en donde estaban los generales Reding y Abadía, llegando casi a tocar con los cañones los marinos de la guardia

imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato. Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaídos, menguados sus batallones y no encontrando refugio ni salida, propusieron una suspensión de armas, que aceptó Reding.

Mientras que la victoria coronaba con sus laureles a este general, don Juan de la Cruz no había permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont, en la misma noche del 18 se adelantó hasta Los Baños y colocándose cerca del Herrumbler, a la izquierda del enemigo, le molestó bastante. Castaños debió tardar más en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó a don Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó éste consigo la tercera división de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en jefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando; había antes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel, en su correría, no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Doufour, permaneció el 18 en La Carolina, después de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba cuando al alborear del 19, oyendo el cañoneo del lado de Bailén, emprendió su marcha, aunque lentamente, hacia el punto de donde partía el ruido. Tocaba ya a las avanzadas españolas y todavía reposaban éstas con el seguro de la pactada tregua. Advertido, sin embargo, Reding, envió al

francés un parlamento con la nueva de lo acaecido. Dudó Vedel si respetaría o no la suspensión convenida, mas al fin envió un oficial suyo para cerciorarse del hecho.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristóbal, que está a la izquierda yendo de Bailén a La Carolina, se había situado un batallón de Irlanda y el regimiento de Ordenes Militares al mando de su valiente coronel don Francisco de Paula Soler; enfrente y del otro lado se hallaba otro batallón de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesoso Vedel de haber suspendido su marcha, u obrando, quizá, con doblez, media hora después de haber contestado al parlamento de Reding y de haber enviado un oficial a Dupont, mandó al general Cassagne que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado.

Descansando nuestros soldados en la buena fe de lo tratado, fuele fácil al francés desbaratar al batallón de Irlanda que allí había, cogerle muchos prisioneros y aun los dos cañones. Mayor oposición encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien aguantó bizarramente la acometida que le dió el jefe del batallón Roche. Interesaba mucho aquel punto de la ermita de San Cristóbal, porque se facilitaba, apoderándose de ella, la comunicación con Dupont. Viendo la porfiada y ordenada resistencia que los españoles ofrecían, iba Vedel a atacar en persona la ermita cuando recibió la orden de su general en jefe de no emprender cosa alguna, con lo que cesó en su intento, calificado por los españoles de alevoso.

Negociábase, pues, el armisticio que antes se ha-

bía entablado. Fué enviado por Dupont para abrir los tratos el capitán Villoutreys, de su estado mayor. Pedía el francés la suspensión de armas y el permiso de retirarse libremente a Madrid. Concedió Reding la primera demanda, advirtiendo que para la segunda era menester abocarse con don Francisco Javier Castaños, que mandaba en jefe. A él se acudió, autorizando los franceses al general Chabert para firmar un convenio. Inclínabase Castaños a admitir la proposición de dejar a los enemigos repasar sin estorbo la Sierra Morena. Pero la arrogancia francesa, disgustando a todos, excitó al conde de Tyllly a oponerse, cuyo dictamen era de gran peso como de individuo de la junta de Sevilla y de hombre que tanta parte había tomado en la revolución. Vino en su apoyo el haberse interceptado un despacho de Savary de que era portador el oficial Mr. de Fenelón. Preveníasele a Dupont en su contenido que se recogiese al instante a Madrid en ayuda de las tropas que iban a hacer rostro a los generales Cuesta y Blake, que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja.

Tyllly, a la lectura del oficio, insistió con ahinco en su opinión, añadiendo que la victoria alcanzada en los campos de Bailén de nada serviría sino de favorecer los deseos del enemigo, caso que se permitiese a sus soldados ir a juntarse con los que estaban allende la sierra. A sus palabras, irritados los negociadores franceses se propasaron en sus expresiones, hablando mal de los paisanos españoles y exagerando sus excesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, echándoles en cara escándalos, saqueos y perfidias. De ambas partes

agriándose sobremanera los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posición de su ejército por momentos iba siendo más crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria había acudido de la comarca la población armada, la cual y los soldados vencedores, estrechando en derredor al enemigo abatido y cansado, sofocado con el calor y sediento, le sumergían en profunda aflicción y desconsuelo. Los jefes franceses, no pudiendo los más sobrellevar la dolorosa vista que ofrecían sus soldados, y algunos, si bien los menos, temerosos de perder el rico botín que los acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulación. Y como las primeras conferencias no habían tenido feliz resulta, escogióse para ajustarla al general Marescot, que, por acaso, se había incorporado al ejército de Dupont. De antiguo conocía al nuevo plenipotenciario don Francisco Javier Castaños, y lisonjeáronse los que le eligieron con que su amistad llevaría la negociación a pronto y cumplido remate.

Habíanse ya trabado nuevas pláticas, y todavía hubo oficiales franceses que, escuchando más a los ímpetus de su adquirida gloria que a lo que su situación y la fe empeñada exigían, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y, uniéndose con Vedel, salvarse a todo trance. Dupont mismo, sobrecogido y desatentado, dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó a Vedel que se considerase como libre y se pusiese en cobro. Bastole a este general el permiso para empezar a retirarse por la noche, burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron a Du-

pont que, de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se rompería la negociación, sino que también sus divisiones serían pasadas a cuchillo. Arredrado con la amenaza, envió el francés oficiales de su estado mayor que detuviesen en la marcha a Vedel, el cual, aunque cercado de un enjambre de paisanos y hostigado por el ejército español, vaciló si había o no de obedecer. Mas aterrizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento, que, de veintitrés jefes que convocó a consejo de guerra, sólo cuatro opinaron que debía continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminose, pues, la capitulación oscura y contradictoria en algunas de sus partes; lo que en seguida dió margen a disputas y altercados. Según los primeros artículos, se hacía una distinción bien marcada entre las tropas del general Dupont y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas y sujetarse a la condición de tales. A las otras, si bien forzadas a evacuar la Andalucía, no se las obligaba a entregar las armas, sino en calidad de depósito, para devolvérselas a su embarco.

Pero esta distinción desaparecía en el artículo 6.º, en donde se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harían a la vela desde Sanlúcar y Rota para Rochefort en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo o no malicia en la inserción del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredáronse entonces en su propio lazo; pues no era hacedero aprestar los suficientes barcos con tripulación nacional. Tenemos por más probable que, anhelando todos con-

cluir el convenio, se precipitaron a cerrarle, dejándole en parte ambiguo y vago.

La capitulación firmóse en Andújar el 22 de julio por don Francisco Javier Castaños y el conde de Tyllly a nombre de los españoles, y lo fué al de los franceses por los generales Marescot y Chabert. Al día siguiente desfiló la fuerza que estaba a las órdenes inmediatas del general Dupont por delante de la reserva y tercera división españolas, a cuyo frente se hallaban los generales Castaños y don Manuel de la Peña. Censuróse que se diera la mayor honra y prez de la victoria a las tropas que menos habían contribuído a alcanzarla. Componíase la primera fuerza francesa de 8.248 hombres, la cual rindió sus armas a 400 toesas del campo. El 24 trasladóse Castaños a Bailén, en donde las divisiones de Vedel y Doufour, que constaban de 9.393 hombres, abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Además, entregaron unos y otros las águilas, como también los caballos y la artillería, que contaba 40 piezas. De suerte que entre los que habían perecido en la batalla, los rendidos y los que después sucesivamente se rindieron en la sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21.000 hombres. El número de sus muertos ascendía a más de 2.000, con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupont quedó también contuso. De los nuestros murieron 243, quedando heridos más de 700.

Día fué aquel de ventura y gloria para los españoles, de eterna fama para sus soldados, de terrible y dolorosa humillación para los contrarios. Antes, vencedores éstos contra las más aguerridas tropas

de Europa, tuvieron que rendir ahora sus armas a un ejército bisono, compuesto en parte de paisanos y allegado tan apresuradamente, que muchos, sin uniforme todavía, conservaban su antiguo y tosco vestido. Batallaron, sin embargo, los franceses, con honra y valentía; cedieron a la necesidad, pero cedieron sin afrenta. Algunos de sus caudillos no pudieron ponerse a salvo de una justa y severa censura. Allá en Roma, en parecido trance, pasaron sus cónsules bajo el yugo despojados y medio desnudos, al decir de Tito Livio: «aquí hubo jefes »que tuvieron más cuenta con la mal adquirida »riqueza que con el buen nombre.» No ha faltado entre sus compatriotas quien haya achacado la capitulación al deseo de no perder el cuantioso botín que consigo llevaban. Pudo haber tan ruin pensamiento en ciertos oficiales, mas no en su mayor y más respetable número. Guerreros bravos y veteranos lidiaron con arrojo y maestría; sometieron a su mala estrella y a la dicha y señalado brío de los españoles.

Al paso que con las victorias de Bailén fué en las provincias colmado el júbilo universal y extremado el entusiasmo, consternose y cayó como postrado el gobierno de Madrid. Empezó a susurrarse tan grave suceso en el día 23. De antemano, y varias veces, se había anunciado la deseada victoria como si fuera cierta, por lo que los franceses calificaban la voz esparcida de vulgar e infundada. Sacóles del error el aviso de que un oficial suyo se aproximaba con la noticia. Llegó, pues, éste, y supieron los pormenores de la desgracia acaecida. Había cabido ser portador de la infausta nueva al mismo Mr. de Villoutreys, que había entablado en Bailén los pri-

meros tratos, y a cuyo hado adverso tocaba el desempeño de enfadosas comisiones. Según lo convenido en la capitulación, un oficial francés escoltado por tropa española, debía en persona comunicarla al duque de Róvigo, general en jefe del ejército enemigo, y ordenar también en su tránsito por la sierra y Mancha a los destacamentos apostados en la ruta, y que formaban parte de las divisiones rendidas, ir a juntarse con sus compañeros ya sometidos para participar de igual suerte. Cumplió fielmente Mr. de Villoutreys con lo que se le previno, y todos obedecieron, incluso el destacamento de Manzanares. Fué el de Madrیدهjos el que primero resistió a la orden comunicada.

Llegó a Madrid el fatal mensajero en 29 de julio. Congregó José sin dilación un consejo compuesto de personas las más calificadas. Variaron los pareceres. Fué el del general Savary retirarse al Ebro. Todos al fin se sometieron a su opinión, así por salir de la boca del más favorecido por Napoleón, como también porque avisos continuados manifestaban cuánto se empeoraba el semblante de las cosas. Por todas partes se conmovían los pueblos cercanos a la capital; no les intimidaba la proximidad de las tropas enemigas; cortábanse las comunicaciones; en la Mancha eran acometidos los destacamentos sueltos, y ya antes en Villarta habían sus vecinos desbaratado e interceptado un convoy considerable. Agolpáronse uno tras otro los reveses y los contratiempos; pocos hubo en Madrid de los enemigos y sus parciales que no se abatiesen y descorazonasen. A muchos faltábales tiempo para alejarse de un suelo que les era tan contrario y ominoso,

José, resuelto a partir, dejó a la libre voluntad de los españoles que con él se habían comprometido, quedarse o seguirle en la retirada. Contados fueron los que quisieron acompañarle. De los siete ministros, Cabarrús, Ofárril, Mazarredo, Urquijo y Azanza mantuviéronse adictos a su persona y no se apartaron de su lado. Permanecieron en Madrid Peñuela y Cevallos. Imitaron su ejemplo los duques del Infantado y el del Parque, como casi todos los que habían presenciado los acontecimientos de Bayona y asistido a su congreso. No faltó quien los tachase de inconsecuentes y desleales. Juzgaban otros diversamente, y decían que los más habían sido arrastrados a Francia o por fuerza o por engaño, y que si bien se propasaron algunos a pedir empleos o gracias, nunca era tarde para reconciliarse con la patria, arrepentirse de un tropiezo causado por el miedo o la ciega ambición, y contribuir a la justa causa en cuyo favor la nación entera se había pronunciado. Lo cierto es que ni uno quizá de los que siguieron a José hubiera dejado de abrazar el mismo partido, a no haberles arredrado el temor de la enemistad y del odio que las pasiones del momento habían excitado contra sus personas.

Antes de abrir la marcha, reconcentraron los enemigos hacia Madrid las fuerzas de Moncey y las desparramadas a orillas del Tajo. Clavaron en el Retiro y casa de la China más de ochenta cañones, llevándose las vajillas y alhajas de los palacios de la capital y sitios reales, que no habían sido de antemano robados. Tomadas estas medidas empezaron a evacuar la capital inmediatamente. Salió José el 30, cerrando la retaguardia, en la noche del 31, el

mariscal Monçey. Respiraron del todo y desembarazadamente aquellos habitantes en la mañana de 1.º de agosto. El 9 entró el fugitivo rey en Burgos con Bessières, quien, según órdenes recibidas, se había replegado allí de tierra de León.

Acompañaron a los franceses en su retirada lágrimas y destrozos. Soldados desmandados y partidas sueltas esparcieron la desolación y espanto por los pueblos del camino o los poco distantes. Rezagábanse, se perdían para merodear y pillar, saqueaban las casas, talaban los campos sin respetar las personas ni lugares más sagrados. Buitrago, el Molar, Iglesias, Pedrezuela, Gandullas, Braojos y, sobre todo, la villa de Venturada, abrasada y destruída, conservarán largo tiempo triste memoria del horroroso tránsito del extranjero.

Continuó José su marcha, y en Mirando de Ebro hizo parada, extendiéndose la vanguardia de su ejército a las órdenes del mariscal Bessières hasta las puertas de Burgos. Terminose así su malogrado y corto viaje de Madrid, del que libres y menos apremiados por los acontecimientos, pasaremos a referir los nuevos y esclarecidos triunfos que alcanzaron las armas españolas en las provincias de Aragón y Cataluña.

X

PRIMER SITIO DE ZARAGOZA

Sin muro y sin torreones, según nos ha transmitido Floro, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. También des-

guarnecida y desmurada resistió al de Francia con tenaz porfía, si no por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En ésta como en aquélla, mancillaron su fama ilustres capitanes: y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces, en menos de un año, cercaron los franceses a Zaragoza; una malograda-mente, otra con pérdidas e inauditos reveses. Cuanto fué de realce y nombre para Aragón la heroica defensa de su capital, fué de abatimiento y desdoro para sus sitiadores aguerridos y diestros no haberse enseñoreado de ella pronto y de la primera embestida.

Baña a Zaragoza, asentada a la derecha margen, el caudaloso Ebro. Cíñela al Mediodía, y del lado opuesto, Huerba, acanalado y pobre, que más abajo rinde a aquel sus aguas, y casi en frente a donde desde el Pirineo viene también a fenecer el Gállego. Por la misma parte, y a un cuarto de legua de la ciudad se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acequia imperial, que así llaman al canal de Aragón, por traer su origen del tiempo del emperador Carlos V. Antes del sitio hermosteaban a Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares con amenas y deleitables quintas, a que dan en la tierra el nombre de torres. A izquierda del Ebro está el arrabal, que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruído otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la población de 55.000 almas; menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colmenar, a manera de profecía, cosa ha

de un siglo, «que estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes». Cercábala solamente una pared de diez a doce pies de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada a veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se cuentan ocho puertas que dan salida al campo. No lejos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros se distingue la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragón, rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles en general son angostas, excepto la del Coso, muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol, hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo, y por la mayor parte, de dos o tres pisos. La adornan edificios y conventos bien contruídos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales, la de Nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años para su asistencia el cabildo. El último templo, antiquísimo, el primero muy venerado de los naturales por la imagen que en su santuario se adora. Como no es de nuestra incumbencia hacer una descripción especial de Zaragoza, no nos detendremos ni en sus antigüedades ni grandeza, reservando para después hablar de aquellos lugares, que a causa de la resistencia que en ellos se opuso adquirieron desconocido renombre; porque allí las casas y edificios fueron otras tantas fortalezas.

Si ningunas eran en Zaragoza las obras de fortificación, tampoco abundaban otros medios de defensas. Vimos cuán escasos andaban al levantarse en mayo. El corto tiempo transcurrido no había

dejado aumentarlos notablemente, y antes bien se habían minorado con los descalabros padecidos en Tudela y Mallén. En semejante estado déjase discurrir la consternación de Zaragoza al esparcirse la nueva, en la noche del catorce de junio, de haber sido aquel día derrotado don José de Palafox en las cercanías de Aragón. Desapercibidos sus habitantes, tan solamente hallaron consuelo con la presencia de su amado caudillo, que no tardó en regresar á la ciudad. Mas el enemigo no dió descanso ni vagar. Siguiéron de cerca a Palafox, y tras él vinieron proposiciones del general Lefebvre Desnonettes, a fin de que se rindiese, con un pliego enderezado al propio objeto y firmado por los emisarios españoles Cástelfranco, Villela y Pereira, que acompañaban al ejército francés y de quienes ya hicimos mención.

Fué la respuesta del general Palafox ir al encuentro de los invasores, y con las pocas tropas que le quedaban, algunos paisanos y piezas de campaña, se colocó fuera, no lejos de la ciudad, al amanecer del 15. Estaba a su lado el marqués de Lazán y muchos oficiales, mandando la artillería el capitán don Ignacio López. Pronto asomaron los franceses y trataron de acometer a los nuestros con su acostumbrado denuedo. Pero Palafox, viendo cuán superior era el número de sus contrarios, determinó retirarse, y ordenadamente pasó a Longares, pueblo seis leguas distante, desde donde continuó al puerto del Frasnó, cercano a Calatayud, queriendo engrosar su corta división con la que reunía y organizaba en dicha ciudad el barón de Versages.

Semejante movimiento, si bien acertado en tanto

que no se consideraba a Zaragoza con medios para defenderse, dejaba a esta ciudad del todo desamparada y a merced del enemigo. Así se lo imaginó fundadamente el general francés Lefebvre Desnouettes, y con sus 5 a 6.000 infantes y 800 caballos, a las nueve de la mañana del mismo 15, presentóse con ufanía delante de las puertas. Habían crecido dentro las angustias; no eran arriba de 300 los militares que quedaban entre miñones y otros soldados; los cañones, pocos y mal colocados, como por gente a quien no guiaban oficiales de artillería, pues los dos únicos con quien se contaba en un principio, don Juan Cousul y don Ignacio López, el último acompañaba a Palafox y el primero, por orden suya, hallábase de comisión en Huesca. El paisanaje andaba sin concierto, y por todas partes reinaba la indisciplina y confusión. Parecía, por tanto, que ningún obstáculo detendría a los enemigos cuando el tiroteo de algunos paisanos y soldados desbandados los obligó a hacer parada y proceder precavidamente. De tan casual e impensado acontecimiento nació la memorable defensa de Zaragoza.

La perplejidad y tardanza del general francés alentó a los que habían empezado a hacer fuego y dió a otros alas para ayudarlos y favorecerlos. Pero como aún no había ni baterías ni resguardo importante, consiguieron algunos jinetes enemigos penetrar hasta dentro de las calles. Acometidos por algunos voluntarios y miñones de Aragón, al mando del coronel don Antonio de Torres y acosados por todas partes por hombres, mujeres y niños, fueron los más de ellos despedazados cerca de Nuestra

Señora del Portillo, templo pegado a la puerta del mismo nombre.

Enfurecidos los habitantes y con mayor confianza en sus fuerzas después de la adquirida si bien fácil ventaja, acudieron sin distinción de clase ni de sexo adonde amagaba el peligro y llevando a brazo los cañones, antes situados en el mercado, plaza del Pilar y otros parajes desacomodados, los trasladaron a las avenidas, por donde el enemigo intentaba penetrar, y, de repente, hicieron contra sus huestes horribles descargas. Creyó entonces necesario el general francés emprender un ataque formal contra las puertas del Carmen y Portillo. Puso su mayor conato en apoderarse de la última, sin advertir que, situada a la derecha la Aljafería, eran flanqueadas sus tropas por el fuego de aquel castillo, cuyas fortificaciones, aunque endebles, les resguardaban de un rebate. Así sucedió que, los que le guarnecían, capitaneados por un oficial retirado, de nombre don Mariano Cerezo, militar tan bravo como patriota, escarmentaron la audacia de los que, confiadamente, se acercaban a sus muros. Dejéronles aproximarse, y, a quemarropa, los ametrallaron. En sumo grado contribuyó a que fuera más certera la artillería en sus tiros un oficial, sobrino del general Guillelmi, quien, encerrado allí con su tío desde el principio de la insurrección, olvidándose del agravio recibido, sólo pensó en no dar quiebra a su honra, y cumplió debidamente con lo que la patria exigía de su persona. Igualmente fueron los franceses repelidos en la puerta del Carmen, sosteniendo por los lados el tremendo fuego que de frente se les hacía, escopeteros esparcidos entre las tapias, alamedas y olivares, cuya

buena puntería causó en las filas enemigas notable matanza. Nadie rehusaba ir a la lid: las mujeres corrían a porfía a estimular a sus esposos y a sus hijos, y, atropellando por medio del eminente riesgo, los socorrían con víveres y municiones. Los franceses, aturdidos al ver tanto furor y ardimiento, titubeaban y crecía con su vacilar el entusiasmo y valentía de los defensores. De nuevo, no obstante, y reiteradas veces, embistieron la entrada del Portillo, desviándose de la Aljafería y procurando cubrirse detrás de los olivares y arboledas. Menester fué para poner término a la sangrienta y reñida pelea, que sobreviniese la noche. Bajo su amparo se retiraron los franceses a media legua de la ciudad, y recogieron sus heridos, dejando el suelo sembrado de más de quinientos cadáveres. La pérdida de los españoles fué mucho más reducida, abrigados de tapias y edificios. Y de aquella señalada victoria, que algunos llamaron de las Eras, resultó el glorioso empeño de los zaragozanos de no entrar en pacto alguno con el enemigo y de resistir hasta el último aliento.

Fuera de sí aquellos vecinos con la victoria alcanzada, ignoraban todavía el paradero del general Palafox. Grande fué su tristeza al saber su ausencia, y no teniendo fe en las autoridades antiguas ni en los demás jefes, los diputados y alcaldes de barrio a nombre del vecindario se presentaron luego que cesó el combate al corregidor e intendente don Lorenzo Calvo de Rozas, que, hechura de Palafox, merecía su confianza. Instáronle para que hiciera sus veces, y condescendió con sus ruegos, en tanto que aquél no volviera. Unía Calvo en su persona las calidades que el caso requería. Declarado abier-

tamente en favor de la causa pública, habíase fugado de Madrid, en donde estaba avecindado. Hombre de carácter firme y sereno, encerraba en su pecho, con apariencias de tibio, el entusiasmo y presteza de un alma impetuosa y ardiente. Autorizado como ahora se veía por la voz popular, y punzado por el peligro que a todos amenazaba, empleó con diligencia cuantos medios le sugería el deseo de proteger contra la invasión extraña la ciudad que se ponía en sus manos.

Prontamente llamó al teniente de rey, don Vicente Bustamante, para que expidiese y firmase a los de su jurisdicción las convenientes órdenes. Mandó iluminar las calles con objeto de evitar cualquier sorpresa o excesos; empezáronse a preparar sacos de tierra para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, Carmen y Santa Engracia; abriéronse zanjas o cortaduras en sus avenidas; dispusiéronse a artillarlas, y se levantó en toda la tapia que circuía a la ciudad una banquetta para desde allí molestar al enemigo con la fusilería. Prevínose a los vecinos en estado de llevar armas que se apostasen en los diversos puntos, debiendo alternar noche y día; ocupáronse los niños y mujeres en tareas propias de su edad y sexo, y se encargó a los religiosos hacer cartuchos de cañón y fusil, cumpliéndose con tan buen deseo y ahinco aquellas disposiciones, que a las diez de la noche se había convertido Zaragoza en un taller universal, en el que todos se afanaban por desempeñar debidamente lo que a cada uno se había encomendado.

Con más lentitud se procedió en la construcción de baterías por falta de ingeniero que dirigiese la

obra. Sólo había uno, que era don Antonio San Genis, y éste había sido el 15 llevado a la cárcel por los paisanos, que le conceptuaban sospechoso, habiendo notado que reconocía las puertas y la ronda de la ciudad. Ignorose su suerte en medio de la confusión, pelea y agitación de aquel día y noche, y sólo se le puso en libertad por orden de Calvo de Rozas en la mañana del 16. Sin tardanza trazó San Genis atinadamente varias obras de fortificación, esmerándose en el buen desempeño y ayudado, en lugar de otros ingenieros, por los hermanos Tabuenca, arquitectos de la ciudad. Pintan estos pormenores, y por eso no son demás, la situación de los zaragozanos y lo apurados y escasos que estaban de recursos y de hombres inteligentes en los ramos entonces más necesarios.

Los franceses, atónitos con lo ocurrido el 15, juzgaron imprudente empeñarse en nuevos ataques antes de recibir de Pamplona mayores fuerzas, con artillería de sitio, morteros y municiones correspondientes. Mientras que llegaba el socorro, queriendo Lefebvre probar la vía de la negociación, intimó el 17 que, a no venir a partido, pasaría a cuchillo a los habitantes cuando entrase en la ciudad. Contestósele dignamente, y se prosiguió con mayor empeño en prepararse a la defensa.

El general Palafox, en tanto, vista la decisión que habían tomado los zaragozanos de resistir a todo trance al enemigo, trató de hostigarle y llamar a otra parte su atención. Unido al barón de Versages, contaba con una división de 6.000 hombres y cuatro piezas de artillería. El 21 de junio pasó en Almunia reseña de su tropa, y el 23 marchó sobre Epila. En aquella villa hubo jefes que,

notando el poco concierto de su tropa, por lo común allegadiza, opinaron ser conveniente retirarse a Valencia y no empeorar con una derrota la suerte de Zaragoza. Palafox, asistido de admirable presencia de ánimo, congregó su gente, y delante de las filas, exhortando a todos a cumplir con el duro pero honroso deber que la patria les imponía, añadió que eran dueños de alejarse libremente aquellos a quienes no animase la conveniente fortaleza para seguir por el estrecho y penoso sendero de la virtud y de la gloria o que tachasen de temeraria su empresa. Respondiose a su voz con universales clamores de aprobación, y ninguno osó desamparar sus banderas. De tanta importancia es en los casos arduos la entera y determinada voluntad de un caudillo.

Seguro de sus soldados, hizo propósito Palafox de avanzar la mañana siguiente a La Muela, tres leguas de Zaragoza, queriendo coger a los franceses entre su fuerza y aquella ciudad. Pero barruntando éstos su movimiento, se le anticiparon y acometieron a su ejército en Epila a las nueve de la noche, hora desusada y en la que dieron de sobresalto e impensadamente sobre los nuestros por haber sorprendido y hecho prisionera una avanzada y también por el descuido con que todavía andaban nuestras inexpertas tropas. Trabóse la refriega, que fué empeñada y reñida. Como los españoles se vieron sobrecogidos, no hubo orden premeditado de batalla, y los cuerpos se colocaron según pudo cada uno en medio de la oscuridad. La artillería, dirigida por el muy inteligente oficial don Ignacio López, se señaló en aquella jornada, y algunos regimientos se mantuvieron firmes hasta por la maña-

na, que, sin precipitación, tomaron la vuelta de Calatayud. En su número se contaba el de Fernando VII, que, aunque nuevo, sostuvo el fuego por espacio de seis horas, como si se compusiera de soldados veteranos. También hombres sueltos de guardias españolas defendieron largo rato una batería de las más importantes. Disputaron, pues, unos y otros, el terreno, a punto que los franceses no los incomodaron en la retirada.

Palafox, convencido, no obstante, de que no era dado con tropas bisoñas combatir ventajosamente en campo raso y de que sería más útil su ayuda dentro de Zaragoza, determinó, superando obstáculos, meterse con los suyos en aquella ciudad, por lo que después de haberse rehecho y dejando en Calatayud un depósito al mando del barón de Versages, dividió su corta tropa en dos pequeños trozos; encargó el uno a su hermano don Francisco, y acudiendo en persona el otro, volvió el 2 de julio a pisar el suelo zaragozano,

Ya había allí acudido desde el 24 de junio su otro hermano, el marqués de Lazán, que era el gobernador, con varios oficiales, a instancias y por aviso del intendente Calvo de Rozas. Deseaba éste un arrimo para robustecer aún más sus acertadas providencias, acordar otras, comprometer en la defensa a las personas de distinción que no lo estuviesen todavía, imponer respeto a la muchedumbre, congregando una reunión escogida y numerosa, y afirmarla en su resolución por medio de un público y solemne juramento. Para ello convocó el 25 de junio una junta general de las principales corporaciones e individuos de todas clases, presidida por el de Lazán. En su seno expuso brevemente Calvo

de Rozas el estado en que la ciudad se hallaba y cuáles eran sus recursos y excitó a los concurrentes a coadyuvar con sus luces y patriótico celo al sostenimiento de la causa común. Conformes todos, aprobaron lo antes obrado, se confirmaron en su propósito de vencer o morir, y resolvieron que el 26 los vecinos, soldados, oficiales y paisanos armados prestarían en calles y plazas, en baterías y puertas un públicò y majestuoso juramento. Amaneció aquel día, y a una hora señalada de la tarde, se pobló el aire de un grito asombroso y unánime «de que los defensores de Zaragoza, juntos y »separados, derramarían hasta la última gota de »su sangre por su religión, su rey y sus hogares.»

Movió a curiosidad entre los enemigos la impensada agitación que causó tan nueva solemnidad, y con ansia de informarse de lo que pasaba, aproximóse a la línea española un comandante de polacos acompañado de varios soldados, y, aparentando deseos de tomar partido él y los suyos con los sitiados, pidió como seguro de su determinación tratar con los jefes superiores. Salió Calvo de Rozas, indicó al comandante que se adelantase para conferenciar solos; hizolo así, mas a poco y alevosamente cercaron a Calvo los soldados del contrario. Encaréronle las armas, y después de preguntar lo que en Zaragoza ocurría, tuvo el comandante la descompuesta osadía de decirle que no era su intento desamparar sus banderas; que había sólo inventado aquella artimaña para averiguar de qué provenía la inquietud de la ciudad e intimar de nuevo por medio de una persona de cuenta la rendición, siendo inevitable que al fin se sometiesen los zaragozanos al ejército francés, tan superior y aguerrido.

do. Añadióle que, a no consentir con lo que de él exigía, sería muerto o prisionero. En vez de atemorizarse con la villana amenaza, reportado y sereno, contestóle Calvo: «harto conocidas son vuestras ma-
»las artes y la máscara de amistad con que encu-
»brís vuestras continuadas perfidias para que, des-
»prevenido y no muy sobre aviso, acudiera yo a
»vuestro llamamiento; los muertos o prisioneros
»seréis vos y vuestros soldados si intentáis traspasar
»las leyes admitidas aun entre las naciones bárba-
»ras. El castillo de donde estamos tan próximos, a
»la menor señal mía, disparará sus cañones y fusi-
»les, que, por disposición anterior, están ya apun-
»tados contra vosotros.» Alteróse el polaco con la áspera contestación, y, reprimiendo la ira, suavizó su altanero lenguaje, ciñéndose a proponer al intendente Calvo una conferencia con sus generales. Vino en ella, y tomando la venia del de Lazán, se escogió por sitio el frente de la batería del Portillo.

Todavía en el mismo día avistáronse allí con Calvo y otros oficiales españoles autorizados por el gobernador y vecindario, los generales franceses Lefebvre y Verdier, recién llegado. Limitáronse las pláticas a insistir éstos en la entrega de Zaragoza, ofreciendo olvido de lo pasado, respetar las personas y propiedades y conservar a los empleados en sus destinos; con la advertencia que, de lo contrario, convertirían en cenizas la ciudad y pasarían a cuchillo los moradores. Calvo contestó con brío, prometiendo, sin embargo, que daría cuenta de lo que proponían, y que en la mañana siguiente se les comunicaría la definitiva resolución, en cuya conformidad pasó el 27 temprano al campo francés don Emeterio Barredo llevando consigo una res-

puesta, firmada por el marqués de Lazán, en la que se desechaban las insidiosas proposiciones del enemigo.

Claro era que estrechar el asedio y nuevas embestidas seguirían a repulsa tan temeraria, mayormente cuando los franceses habían engrosado su ejército, y cuando se había mejorado su posición. Por aquellos días, además de haberse desembarazado de Palafox arrojándole de Epila, habían recibido de Pamplona y Bayona socorros de cuantía. Trájoselos el general Verdier, quien por su mayor graduación reemplazó en el mando en jefe a Lefebvre, y no menos fueron por de pronto reforzados que con 3.000 hombres, 30 cañones de grueso calibre, cuatro morteros, 12 obuses y 800 portugueses a las órdenes de Gómez Freire. Fundadamente pensaron entonces que con buen éxito podrían vencer la tenacidad zaragozana.

Así fué que, en el mismo día 27, renovaron el fuego y dirigieron con particularidad su ataque contra los puestos exteriores. Repelidos con pérdida en las diversas entradas de la ciudad, de que quisieron apoderarse, no pudo impedirseles que se acercasen al recinto. Como en sus maniobras se notó el intento de enseñorearse del monte de Torrero, con diligencia se metieron en Zaragoza los víveres y municiones que estaban encerrados en aquellos almacenes; mas tan oportuna precaución originó un desastre. A las tres de la tarde estremeciéronse todos los edificios, zumbando y resonando el aire con el disparo y caída de piedras, astillas y cascotes. Tuviéronse los zaragozanos por muertos y como si fuesen a ser sepultados en medio de ruinas. Despavoridos y azorados, huían de sus casas, igno-

rando de dónde provenía tanto ruido, turbación y fracaso. Causábalo el haberse pegado fuego por descuido de los conductores a la pólvora que se almacenaba en el seminario conciliar, y éste y la manzana de casas contiguas y la que estaban enfrente, se volaron o desplomaron, rompiéndose los cristales de la ciudad, con muertes y desdichas. Agregábase a la horrenda catástrofe la pérdida de la pólvora, tan necesaria en aquel tiempo y en el que había de todo apretada pobreza.

Y para que apareciese enteramente acrisolada la constancia aragonesa, los franceses, fiados en la desolación y universal desconsuelo, reiteraron sus ataques en tan apurado momento. No se descorazonaron los defensores, antes bien, enfurecidos, hicieron que se malograra la tentativa de los enemigos, inhumana en aquella sazón.

Desde aquel día no transcurrió año en que no hubiese reñidas contiendas, escaramuzas, salidas, acometimientos de sitiados y sitiadores. Largo sería, e imposible, referir hazañas tantas y tan gloriosas, rara vez empañadas con alguna bastarda acción.

Túvose, sin embargo, por tal lo ocurrido en el monte Torrero. El comandante a cuyo cargo estaba el puesto, de nombre Falcón. ora por conveniencia, ora por desaliento, que es a lo que nos inclinamos, le desamparó vergonzosamente, y el enemigo, enseñoreándose de aquellas alturas, causó en breve notables estragos.

El vecindario, por su parte, irritado de la conducta del comandante español, le obligó más adelante a que compareciese ante un consejo de guerra, y por sentencia de éste, fué arcabuceado. La misma suerte cupo durante el sitio al coronel don

Rafael Pesino, gobernador de las cinco villas, y a otros de menos nombre, acusados de inteligencia con el enemigo. Ejemplar castigo, tachado por algunos de precipitado, pero que miraron otros como saludable freno contra los que flaqueasen por tímidos o tramasen alguna alevosía.

Empeñábase así la resistencia, y cobraban todos ánimo con los oficiales y soldados, que a menudo acudían en ayuda de la ciudad sitiada. Llenó, sobre todo, de particular gozo la llegada a últimos de junio de 300 soldados del regimiento de Extremadura al mando del teniente coronel don Domingo Larripa, que vimos allá detenido en Tárrega sin querer cumplir las órdenes de Duhesme, y también la que por entonces ocurrió de 100 voluntarios de Tarragona, capitaneados por el teniente coronel don Francisco Marcó del Pont. Compensábase con eso algún tanto el haber perdido las alturas de Torrero.

Mas dueños los franceses de semejante posición, determinaron molestar la ciudad con balas, granadas y bombas. Para ello colocaron en aquella eminencia una batería formidable de cañones de grueso calibre y morteros. Levantaron otros en diversos puntos de la línea, con especialidad en el paraje llamado de la Bernardona, enfrente de la Aljafería. Preparados de este modo, al terminarse el 30 de junio y a las doce de la noche, rompieron el fuego y dieron principio a un horroroso bombardeo. Los primeros tiros salvaron la ciudad sin hacer daño; acertáronlos, y las bombas penetrando por las bóvedas de la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas, empezaron a causar quebrantos y destrozos.

Al amanecer, los vecinos, lejos de arredrarse a su vista, trabajaron a competencia y con sumo afán para disminuir las lástimas y desgracias. Construyéronse blindajes en calles y plazas, torcióse el curso del Huerba y se le metió en la ciudad para apagar con presteza cualquiera incendio. Franqueáronse los sótanos, empleando dentro, en trabajos útiles y que pedían resguardo, a los que no eran llamados a guerrear. Para observar el fogonazo y avisar la llegada de las bombas, pusieronse atalayas en la torre que denominaban nueva, si bien fabricada en 1504, la cual, elevándose en la plaza de San Felipe sola y sin arrimo, pareció acomodada al caso, aunque ladeada a la manera de la famosa de Pisa. No satisfechos los sitiados con estas obras y las antes construídas, ideando otras, cortaron y zanjaron calles, atronaron casas y tapias, apilaron sacos de tierra, trazaron y erigieron nuevas baterías, las cubrieron con cañones arrumbados por viejos en la Aljafería o con los que sucesivamente llegaban de Lérida y Jaca, y, en fin, quemaron y talaron las huertas y olivares, los jardines y quintas que encubrían los aproches del enemigo, perjudicando a la defensa. Sus dueños no solamente condescendían en la destrucción con desprendimiento magnánimo, sino que las más veces ayudaban con sus brazos al total asolamiento. Y cuando lidiando en otro lado descubrían la llama que devoraba el fruto de años de sudor y trabajo o el antiguo solar de sus abuelos, ensoberbecíanse de cooperar así y con largueza a la libertad de la patria. ¿De qué no eran capaces varones dotados de virtudes tan esclarecidas?

Al bombardeo siguióse en la mañana del 1 de

julio un ataque general en todos los puntos. Empezaron a batir la Aljafería y puerta del Portillo, mandada por don Francisco Marcó del Pont, los fuegos de la Bernardona. La puerta del Carmen, encargada al cuidado de don Domingo Larripa, fué casi al mismo tiempo embestida; y tampoco tardaron los enemigos en molestar la de Sancho, custodiada por el sargento mayor don Mariano Renovales. Con todo, siendo su mayor empeño apoderarse de la del Portillo, hubo allí tal estrago, que muertos en una batería exterior todos los que la defendían, nadie osaba ir a reemplazarlos, lo cual dió ocasión a que se señalase una mujer del pueblo llamada Agustina Zaragoza. Moza ésta de veintidós años y agraciado rostro, llevaba provisiones a los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, y arrancando la mecha aún encendida de un artillero que yacía en el suelo, puso fuego a una pieza e hizo voto de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaídos ánimos, se precipitaron todos a la batería y renovose tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina a la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses a La Coruña en 1589, fué premiada también de un modo parecido, y así como a aquélla le concedió Felipe II el grado y sueldo de alférez vivo, remuneró Palafox a ésta con un grado militar y una pensión vitalicia.

Continuaba vivísimo el fuego, y nuestra artillería, muy certera, arredraba al enemigo, sin que hasta entonces hubiese oficial alguno de aquella arma que la dirigiese. No eran todavía las doce del

día cuando entre el horroroso y mortífero estruendo del cañón se presentaron los subtenientes de aquel distinguido cuerpo, don Jerónimo Piñeiro y don Francisco Rosete que, fugados de Barcelona, corrían apresuradamente a tomar parte en la defensa de Zaragoza. Sin descanso, después de largo viaje y fatigoso tránsito, se pusieron el primero a dirigir los fuegos de la entrada del Portillo, y el segundo los de la del Carmen. Con la ayuda de oficiales inteligentes creció el brío en los nuestros y aumentose el estrago en los contrarios. La noche cortó el combate, mas no el bombardeo, renovándose aquél al despuntar el alba con igual furia que el día anterior. Las columnas enemigas, con diversas maniobras, intentaron enseñorearse del Portillo, y abierta brecha en la Aljafería, se arrojaron a asaltar aquella fortaleza; pero fuese que no hallasen escalas acomodadas, o fuese más bien la denodada valentía de los sitiados, los franceses, repelidos, se desordenaron y dispersaron en medio de los esfuerzos de jefes y oficiales. Otro tanto pasaba en el Portillo y Carmen. El marqués de Lazán, durante el ataque, recorrió la línea en los puntos más peligrosos, remunerando a unos y alentando a otros con sus palabras.

Ya era entrada la tarde, desmayaban los enemigos, y los nuestros, familiarizándose más y más con los riesgos de la guerra, desconocidos al mayor número, redoblaron sus esfuerzos alentados con un inesperado y para ellos halagüeño acontecimiento. De boca en boca y con rapidez se difundió que don José de Palafox estaba de vuelta en la ciudad y que pronto gozarían todos de su presencia. En efecto, penetrando en Zaragoza a las cuatro de la tar-

de de aquel día, que era el 2, aparecióse de repente en donde se lidiaba, y a su vista, arrebatados de entusiasmo, hicieron los nuestros tan firme rostro a los franceses, que, sin insistir éstos en nueva acometida, se contentaron con proseguir el bombardeo.

Viendo, sin embargo, que para aproximarse a las puertas era menester hacerse dueños de los conventos de San José y Capuchinos y otros puntos extramuros, comenzaron por entonces a embestirlos. En el convento de San José, asentado a la derecha del río Huerba, no había otro amparo que el de las paredes, en cuyo macizo se habían abierto troneras. Asaltáronle 400 polacos, y, repelidos con gran pérdida, tuvieron que aguardar refuerzo, y aun así no se posesionaron de aquel puesto sino al cabo de horas de pelea. No fueron más afortunados en el de Capuchinos, cercano a la puerta del Carmen. Lucharon los defensores cuerpo a cuerpo en la iglesia, en los claustros, en las celdas, y no desampararon el edificio hasta después de haberle puesto fuego.

También quisieron los franceses cercar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro, principalmente a causa de los socorros que la libre comunicación proporcionaba. Para estorbarla pensaron en cruzar el río, echando el 10 de julio un puente de balsas en San Lamberto. Salió contra ellos el general Palafox con paisanos y una compañía de suizos que acababa de llegar. Batallaron largo tiempo, y vino con refuerzo a sostenerlos el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo fué derribado de una granada. Los enemigos no se atrevieron a pasar muy adelante, y, aprovechando los nuestros el precioso respiro que daban, levantaron en el arrabal tres bate-

rías, una en los tejares y las otras dos en el rastro de los clérigos y en San Lázaro; de las que, protegidos los labradores, se escopetearon varias veces con los franceses en el campo de las Ranillas y los ahuyentaron, distinguiéndose con frecuencia en la lid el famoso tío Jorge. Así que los sitiadores no pudieron cerrar del todo las comunicaciones de Zaragoza, pero talaron los campos, quemaron las mieses y extendiéndose hacia el Gállego, viose desconsoladamente arder el puente de madera que da paso al camino carretero de Cataluña y destruirse e incendiarse las aceñas y molinos harineros que abastecían la ciudad. Las angustias crecían, mas al par de ellas también el ardimiento de los sitiados. Se acopió la harina del vecindario para amasar solamente pan de munición, que todos comían con gusto, y para fabricar pólvora se establecieron molinos movidos por caballos y se cogió el azufre en dondequiera que lo había; se lavó la tierra de las calles para tener salitre, y se hizo carbón con la caña del cáñamo tan alto en aquel país. No poco cooperó al acierto y dirección de estos trabajos, como de los demás que ocurrieron, el sabio oficial de artillería don Ignacio López, quien desde entonces hasta el fin del sitio fué uno de los pilares en que estribó la defensa zaragozana.

Eran estas precauciones tanto más necesarias cuanto no sólo los franceses ceñían más y más la plaza, sino que también previeron los sitiados que bien pronto intentarían destruir o tomar los molinos de pólvora de Villafeliche, a doce leguas de Zaragoza, que eran los que la proveían. Así sucedió. El barón de Versages, desde Calatayud, asomándose a las alturas inmediatas a aquel pueblo,

impidió al principio que lograsen su objeto. Mas revolviendo sobre él los enemigos con mayores fuerzas, tuvo que replegarse y dejar en sus manos tan importantes fábricas.

En medio del tropel de desdichas que oprimían a los zaragozanos, permanecían constantes, sin que nada les abatiese. En continuada vela desbarataban las sorpresas que a cada paso tentaban sus contrarios. El 17 de julio, dueños ya éstos del convento de Capuchinos, sigilosamente, a las nueve de la noche, procuraron ponerse bajo el tiro de cañón de la puerta del Carmen. Los nuestros lo notaron, y, en silencio también, aguardando el momento del asalto, rompieron el fuego y derribaron sin vida a los que se gloriaban ya de ser dueños del puesto. Con mayor furia renovaron los sitiadores sus ataques allí y en las otras puertas las noches siguientes; en todas infructuosamente, no habiendo podido tampoco apoderarse del convento de Trinitarios descalzos, sito extramuros de la ciudad.

En lucha tan encarnizada los españoles, a veces, molestaban al enemigo con sus salidas, y no menos quisieron que adelantarse hasta el monte Torrero. Aparentando, pues, un ataque formal, por el paseo antes deleitoso que de la ciudad iba a aquel punto, dieron otros de sobresalto en medio del día, en el campamento francés. Todo lo atropellaron y no se retiraron sino cubiertos de sangre y despojos. Por las márgenes del Gállego midieron igualmente unos y otros sus armas en varias ocasiones, y señaladamente en 29 de julio, en que nuestros lanceros sacaron ventaja a los suyos con mucha honra y prez, sobresaliendo en los reencuentros el coronel Butrón, primer ayudante de Palafox.

Restaban aún nuevas y más recias ocasiones en que se emplease y resplandeciese la bizarría y firmeza de los zaragozanos. Noche y día trabajaban sus enemigos para construir un camino cubierto que fuese desde el convento de San José, por la orilla del Huerba, hasta las inmediaciones de la Bernardona, y a su abrigo colocar morteros y cañones, no mediando ya entre sus baterías y las de los españoles sino muy corta distancia.

Aguardábase por momentos una general embestida, y, en efecto, en la madrugada del 3 de agosto el enemigo rompió el fuego en toda la línea, cayendo principalmente una lluvia de bombas y granadas en el barrio de la ciudad situado entre las puertas de Santa Engracia y el Carmen hasta la calle del Coso. El coronel de ingenieros francés Lacoste, ayudante de Napoleón, que había llegado después de comenzado el sitio, con razón juzgó no ser acertado el ataque antes emprendido por el Portillo, y determinó que el actual se diese del lado de Santa Engracia, como más directo y como punto no flanqueado por el castillo. La principal batería de brecha estaba a 150 varas del convento y constaba de seis piezas de a 16 y de cuatro obuses. Habían, además, establecido sobre todo el frente de ataque, siete baterías, de las que la más lejana estaba del recinto 400 varas. A tal distancia, y tan reconcentrado, fácil es imaginarse cuán terrible y destructor sería su fuego. Sea de propósito o por acaso, nótese que sus tiros, con particularidad, se asestaban contra el Hospital General, en que había gran número de heridos y enfermos, los niños expósitos y los dementes. Al caer las bombas, los más postrados, desnudos y despavoridos, saltaron de sus

camas y quisieron salvarse. Grande desolación fué aquélla. Mas con el celo y actividad de buenos patrios, muchos, en particular niños y heridos, se trasladaron a paraje más resguardado. Prosiguió todo aquel día el bombardeo, conmoviéndose unos edificios, desplomándose otros y causando todo junto tal estampido y estruendo, que se difundía y retumbaba a muchas leguas de Zaragoza.

Al alborear del 4 descubrieron los enemigos su formidable batería en frente de Santa Engracia. No había en derredor del monasterio foso alguno, coronando sólo sus pisos varias piezas de artillería. Empezaron a batirle en brecha, acometiendo al mismo tiempo la entrada inmediata del mismo nombre, y distrayendo la atención con otros ataques del lado del Carmen, Portillo y Aljafería. A las nueve de la mañana estaban arrasadas casi todas nuestras baterías y practicables las brechas. Palafox, presentándose por todas partes, corría adonde había mayor riesgo y sostenía la constancia de su gente. En lo recio del combate propúsole Lefebvre Desnouettes «paz y capitulación.» Respondióle Palafox: «guerra a cuchillo.» A su voz atropellábanse paisanos y soldados a oponerse al enemigo, y abalanzándose a dicho monasterio de Santa Engracia, célebre por sus antigüedades y por ser fundación de los Reyes Católicos, se metían dentro sin que les arredrara ni el desplomarse de los pisos ni la caída de las mismas paredes que amagaban. A todo hacían rostro, nada les desviaba de su temerario arrojo. Y no parecía sino que las sombras de los dos célebres historiadores de Aragón, Jerónimo Blancas y Zurita, cuyas cenizas allí reposaban, ahuyentadas del sepulcro, al ruido de las armas y va-

gando por los atrios y bóvedas, los estimulaban y aguijaban a la pelea, representándoles vivamente los heroicos hechos de sus antepasados que tan verídica y noblemente habían transmitido a la posteridad. ¡Tanto tenía de sobrehumano el porfiado lidiar de los aragoneses!

Al cabo de horas y cuando el terreno quedaba, no sembrado, sino cubierto de cadáveres y en torno suyo ruinas y destrozos, pudieron los franceses avanzar y salir a la calle de Santa Engracia. Pisando ya el recinto, vanagloriábanse de ser dueños de Zaragoza, y, formados y con arrogancia, se encaminaban al Coso.

Mas pesoles muy luego su sobrada confianza. Cogidos y como enredados entre calles y casas, estuvieron expuestos a un horroroso fuego que de todos lados se les hacía a manera de granizada. Cortadas las bocacalles y parapetados los defensores con sacas de algodón y lana, y detrás de las paredes de las mismas casas, los abrasaron, por decirlo así, a quemarropa por espacio de tres horas, sin que pudieran salir al Coso, adonde desembocaba la calle de Santa Engracia. Desesperanzaban ya los franceses de conseguirlo, cuando volándose un repuesto de pólvora que cerca tenían los españoles, con el daño y desorden que esta desgracia causó, fueles permitido a los acometedores llegar al Coso y posesionarse de dos grandes edificios que hay en ambas esquinas: el del convento de San Francisco, a la izquierda, y el Hospital General, a la derecha.

En éste fué espantoso el ataque; prendióse fuego, y los enfermos que quedaban, arrojándose por las ventanas, caían sobre las bayonetas enemigas. Entretanto, los locos, encerrados en sus jaulas, can-

taban, lloraban o reían según la manía de cada uno. Los soldados enemigos, tan fuera de sí como los mismos dementes, en el ardor del combate, mataron a muchos y se llevaron a otros al monte Torrero, de donde después los enviaron. Mucha sangre había costado a los franceses aquel día, habiendo sido tan de cerca ofendidos; contáronse entre el número de los muertos oficiales superiores, y fué herido su mismo general en jefe Verdier.

Dueños de aquella parte, sentaron los enemigos sus águilas victoriosas en la cruz del Coso, templete con columnas en medio de la calle del mismo nombre. Todo parecía así perdido y acabado. Calvo de Rozas y el oficial don Justo San Martín, fueron los últimos que a las cuatro de la tarde, después de haberse volado el mencionado repuesto, desampararon la batería que enfilaba desde el Coso la avenida de Santa Engracia. Pero el primero no decayendo de ánimo, dirigióse por la calle de San Gil al arrabal para desde allí juntar dispersos, rehacer su gente, traer los que custodiaban aquellos puntos entonces no atacados, y, con su ayuda, prolongar hasta la noche la resistencia, aguardando de fuera y antes de la madrugada, según veremos, auxilio y refuerzos.

Favoreció a su empresa lo ocurrido en el Hospital General, y una equivocación afortunada de los enemigos, quienes queriendo encaminarse al puente que comunica con el arrabal, en vez de tomar la calle de San Gil, que tomó Calvo y es la directa, desfilaron por el arco de Cineja, callejuela torcida que va a la Torrenueva. Aprovechándose los aragoneses del extravío, los arremetieron en aquella estrechura y los acribillaron y despedaza-

ron. Obligóles a hacer alto semejante choque, y en el entretanto, volviendo Calvo del arrabal con 600 hombres de refresco y otros muchos que se le agregaron, desembocaron juntos y de repente en la calle del Coso, en donde estaba la columna francesa. Embistió con 50 hombres escogidos, y el primero el anciano capitán Cerezo, que ya vimos en la Aljafería, yendo armado (para que todo fuera extraordinario) de espada y rodela, y bien unido con los suyos se arrojaron todos como leones sobre los contrarios, sorprendidos con el súbito y furibundo ataque. Acometieron los demás por diversos puntos, y disparando desde las casas trabucazos y todo linaje de mortíferos instrumentos, acosados los franceses y aterrados, se dispersaron y recogieron en los edificios de San Francisco y Hospital General.

Anocheció al cesar la pelea, y vueltos los españoles del primer sobresalto, supieron por experiencia con cuánta ventaja resistirían al enemigo dentro de las calles y casas. Sosteníales también la firme esperanza de que con el alba aparecería delante de sus puertas un numeroso socorro de tropas, que así se lo había prometido su idolatrado caudillo don José de Palafox.

Había partido éste de Zaragoza con sus dos hermanos a las doce del día 4, después que los franceses, dueños del monasterio de Santa Engracia, estaban como atascados en las calles que daban al Coso. Presumíase, con fundamento, que no podrían en aquel día vencer los obstáculos con que tropezaban; mas al mismo tiempo, careciendo de municiones y menguando la gente, temíase que acabarían por superarlos si no llegaban socorros de afue-

ra, y, si además, tropas de refresco no llenaban los huecos y animaban con su presencia a los tan fatigados si bien heroicos defensores. No estaban aquellas lejos de la ciudad, pero dilatándose su entrada pensóse que era necesario fuese Palafox en persona a acelerar la marcha. No quiso éste, sin embargo, alejarse antes que le prometiesen los zaragozanos que se mantendrían firmes hasta su vuelta. Hicieronlo así, y teniendo fe en la palabra dada, convinieron en ir al encuentro de los socorros.

Correspondió a la esperanza el éxito de la empresa. A últimos de junio había, desde Cataluña, penetrado en Aragón, el segundo batallón de voluntarios con 1.200 plazas, al mando del coronel don Luis Amat y Terán; 500 hombres guardias españolas, al del coronel don José Manso, y, además, dos compañías de voluntarios de Lérida, cuya división se había situado en Jelsa, a diez leguas de Zaragoza. Cierto que, con este auxilio y un convoy que, bajo su amparo, podría meterse en la ciudad sitiada, era dado prolongar la defensa hasta la llegada de otro cuerpo de 5.000 hombres procedente de Valencia, que se adelantaba por el camino de Teruel. El tiempo urgía, no sobraba la más exquisita diligencia, por lo que, y a mayor abundamiento, despachóse al mismo Calvo de Rozas para enterar a Palafox de lo ocurrido después de su partida y servir de punzante espuela al pronto envío de los socorros. Alcanzó el nuevo emisario al general en Villafranca de Ebro, pasaron junto a Osera, cuatro leguas de Zaragoza, en donde, a las nueve de la noche entraron las tropas alojadas antes en Jelsa y Pina.

En dicho pueblo de Osera celebrose consejo de

guerra, a que asistieron los tres Palafoxes con su estado mayor; el brigadier don Francisco Osina, el coronel de artillería don J. Navarro Sangrán (estos dos procedentes de Valencia) y otros jefes. Informados por el intendente Calvo del estado de Zaragoza, sin tardanza se determinó que el marqués de Lazán, con los 500 hombres de guardias españolas formando la vanguardia, se metiese en la ciudad en la mañana del 5, que, con la demás tropa, le siguiese don José de Palafox, y que su hermano don Francisco quedase a la retaguardia con el convoy de víveres y municiones, custodiado también por Calvo de Rozas. Acordóse, asimismo que, para mantener con brío a los sitiados y consolarlos en su angustiada posición, partiesen prontamente a Zaragoza como anunciadores y pregoneros del socorro el teniente coronel don Emeterio Barredo y el tío Jorge, cuya persona rara vez se alejaba del lado de Palafox, siendo capitán de su guardia. Partieronse todos a desempeñar sus respectivos encargos, y la oportuna llegada a la ciudad de los mencionados emisarios, desbaratando los secretos manejos en que andaban algunos malos ciudadanos, confortó al común de la gente y provocó el más arrebatado entusiasmo.

A ser posible, hubiera crecido de punto con la entrada pocas horas después del marqués de Lazán. Retardose la de su hermano y la del convoy por un movimiento del general Lefebvre Desnouettes, quien mandaba en jefe en lugar del herido Verdier. Habíanle avisado la llegada de Lazán y quería impedir la de los demás, juzgando acertadamente que le sería más fácil destruirlos en campo abierto que dentro de la ciudad. Palafox, desvián-

dose a Villamayor, situado a dos leguas y media en una altura desde donde se descubre Zaragoza, esquivó el combate y aguardó oportunidad de burlar la vigilancia del enemigo. Para ejecutar su intento, con apariencia fundada de buen éxito, mandó que de Huesca se le uniese el coronel don Felipe Perna con 3.000 hombres que allí había adiestrado, y después, dejando a éstos en las alturas de Villamayor para encubrir su movimiento y valiéndose también de otros ardides, engañó al enemigo, y de mañana y con el sol entró el día 8 por las calles de Zaragoza. Déjase discurrir a qué punto se elevaría el júbilo y contentamiento de sus moradores, y cuán difícil sería contener sus ímpetus dentro de un término conveniente y templado.

Los franceses, si bien sucesivamente habían acrecentado el número de su gente hasta rayar en el de 11.000 soldados, estaban descaecidos de espíritu, visto que de nada servían en aquella lid las ventajas de la disciplina, y que para ir adelante menester era conquistar cada calle y cada casa, arrancándolas del poder de hombres tan resueltos y constantes. Amilanáronse aún más con la llegada de los auxilios que en la madrugada del 5 recibieron los sitiados y con los que se divisaban en las cercanías.

No por eso desistieron del propósito de enseñorearse de todos los barrios de la ciudad, y destruyendo las tapias, formaron detrás líneas fortificadas y construyeron ramales que comunicasen con los que estaban alojados dentro.

Desde el 5 hubo continuados tiroteos, peleábase noche y día en casas y edificios, incendiáronse algunos y fueron otros teatros de reñidas lides. En las más brilló con sus parroquianos el beneficiado

don Santiago Sas y el tío Jorge. También se distinguió en la puerta de Sancho otra mujer del pueblo llamada Casta Alvarez, y mucho por todas partes doña María Consolación de Azlor, condesa de Bureta. A ningún vecino atemorizaba ya el bombardeo, y avezados a los mayores riesgos, bastábales la separación de una calle o de una casa para mirarse como resguardados por un fuerte muro o ancho foso. Debieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron allí oscurecidos, pues siendo tantos y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado a que se perpetúe su memoria.

Por entonces empezó a susurrarse la victoria de Bailén. Daban crédito los sitiados a noticia para ellos tan plausible, y con desdén y sonrisa la oían sus contrarios, cuando de oficio les fué a los últimos confirmada el día 6 de agosto. Procurose ocultar al ejército, pero por todas partes se traslucía, mayormente habiendo acompañado a la noticia la orden de Madrid de que levantasen el sitio y se replegasen a Navarra. Meditaban los jefes franceses el modo de llevarlo a efecto, y hubieran bien pronto abandonado una ciudad para sus huestes tan ominosa si no hubieran poco después recibido contraorden del general Monthion, desde Vitoria, a fin de que antes de alejarse aguardasen nuevas instrucciones de Madrid, del jefe de estado mayor, Belliard. Permanecieron, pues, en Zaragoza, y continuaron todavía unos y otros en sus empeñados choques y reencuentros. Los franceses con desmayo, los españoles con ánimo más levantado.

Así fué que el 8 de agosto, luego que entró Palafox, congregóse un consejo de guerra, y se resol-

vió continuar defendiendo con la misma tenacidad y valentía que hasta entonces todos los barrios de la ciudad, y en caso que el enemigo consiguiese apoderarse de ellos, cruzar el río, y en el arrabal perecer juntos todos los que hubiesen sobrevivido. Felizmente, su constancia no tuvo que exponerse a tan recia prueba, pues los franceses, sin haber pasado el Coso, recibieron el 13 la orden definitiva de retirarse. Llegó para ellos muy oportunamente, porque en el mismo día, caminando a toda prisa, y conducida en carros por los naturales del tránsito, la división de Valencia, al mando del mariscal de campo don Felipe Saint March, corrió a meterse precipitadamente en la ciudad invadida. Y tal era la impaciencia de sus soldados por arrojarse al combate, que sin ser mandado y en unión con los zaragozanos, embistieron a las seis de la tarde desahoradamente al enemigo. Hallábase éste a punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada volando los restos del monasterio de Santa Engracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto a abandonar también aquel punto, prendió por la noche fuego a sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artillería gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanías de Zaragoza. La división de Valencia con otros cuerpos, siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

XI

SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no lejos de la frontera de Francia, temiose contra ella ya en septiembre, un nuevo y más terrible acometimiento. Palafox, como general advertido, aprestose a repelerle, fortificando con esmero y en cuanto se podía población tan extensa y descubierta. Encargó la dirección de las obras a don Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitían convertir a Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla; adoptose como más fácil el de una fortificación provisional, aprovechándose de los edificios que había en su recinto. Por la margen derecha del Ebro, se recompuso y mejoró el castillo de la Aljafería, estableciendo comunicación con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerba se habían fortificado los conventos intermedios, se había levantado un terraplén revestido de piedra, abierto en partes un foso y construído en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramiento doble se extendía al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habían grande-

mente fortalecido. En seguida, y hasta el Ebro, defendían la ciudad varias obras y baterías, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado a la derecha de Huerba descubría los ataques del enemigo, y protegía las salidas de los sitiados. En el monte Torrero sólo se levantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, revestidos de ladrillo o adobe, haciendo, además, cortaduras en las calles y aspillerando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronerando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aún en pie después de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores, a porfía y con afanado ahinco, coadyuvaron a la pronta conclusión de los trabajos emprendidos.

La artillería no era, en general, de grueso calibre. Había unas 60 piezas de a 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal, en donde los franceses las habían arrojado; apenas se hizo uso de los morteros por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15.000 hombres durante seis meses; cada vecino tenía un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15.000 hombres; aumentáronse hasta 28.000 con los dispersos de Tudela, que se incorporaron a la guarnición. Era segundo de Palafox don Felipe Saint March; mandaba la artillería el general Vi-

llalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componíase la caballería de 1.400 hombres, a las órdenes del general Butrón.

Los franceses, después de la batalla de Tudela, también se preparaban por su parte a comenzar el sitio, reuniendo en Alagón las tropas y medios necesarios. El mariscal Moncey aguardaba allí con el tercer cuerpo la llegada del quinto que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos a aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas a 35.000 hombres, sin contar con seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el general Lacoste. A todos, y en jefe, debía capitanear el mariscal Lannes, que por indisposición se detuvo algunos días en Tudela.

Unidos en Alagón el 19 de diciembre los mencionados tercero y quinto cuerpo, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de formalizar el sitio pensó el mariscal Moncey, general en jefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5.000 hombres don Felipe Saint March. Para ello, al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que, distraendo la atención por nuestra izquierda, se enseñorearon por la derecha del puente de la Muela y de la Casa Blanca. Desde allí flanquearon la batería de Buenavista, en la que, volándose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desorden y obligó a los nuestros a abandonar el puesto. Entonces Saint March, descubierto por su derecha, pegó fuego en Torrero al puente de América y se

replegó al reducto del Pilar, en donde, repelidos los enemigos, tuvieron que hacer alto. De mal pronóstico era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero; en el anterior sitio igual hecho había costado la vida al oficial Falcó; en el actual avínole bien a Saint March para no ser perseguido la particular protección de Palafox.

Compensose en algo este golpe con lo acaecido en el Arrabal el mismo día. Queriendo tomarle el general Gazán, empezó por acometer a los suizos del ejército español que estaban en el camino de Villamayor; superior en número, los obligó a retirarse a la torre del Arzobispo, en donde si bien se defendieron con el mayor valor, dándoles ejemplo su jefe don Adriano Walker, quedaron allí los más muertos o prisioneros. Animados los franceses, embistieron tres de las baterías del arrabal, en cuyo paraje mandaba don José Manso. Durante cinco horas persistieron en sus acometidas. Infructuosamente llegaron algunos hasta el pie de los cañones del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería, don Manuel Velasco, que dirigía los fuegos, cubriose aquel día de gloria por su acierto y bizarra serenidad. Mucho igualmente influyó con su presencia don José de Palafox, que acudía adonde mayor peligro amagaba. El éxito fué muy feliz para los españoles, y el haber sido rechazado el enemigo, así en éste como en otros puntos, comunicó aliento a los aragoneses y convenció al francés que tampoco en esta ocasión sería ganada de rebate la ciudad de Zaragoza. Por eso recurrió igualmente el mariscal Moncey a la vía de la negociación; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo levantado y arrogante.

Los franceses trataron entonces de establecer un riguroso bloqueo. Del lado del arrabal, el general Gazán inundó el terreno para impedir las salidas de los sitiados, los cuales el 25, al mando de don Juan Oneille, desalojaron a los enemigos del Soto de Mezquita, obligándolos a retirarse hasta las alturas de San Gregorio. Por la derecha del río, propuso el general Lacoste tres ataques: uno contra la Aljafería y los otros dos contra el puente de Huerba y convento de San José, punto que miraban los enemigos como más flaco, por no haber detrás en el recinto de la plaza muro terraplonado. Empezaron a abrir la trinchera en la noche del 29 al 30 de diciembre.

Notando los españoles que avanzaban los trabajos de los sitiadores, se dispusieron el 31 a hacer una salida, mandada por el brigadier don Fernando Gómez de Butrón. Fingiose un ataque en todo lo largo de la línea, enderezándose nuestra gente a acometer la izquierda enemiga. Mas advertido Butrón de que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolió sobre ella, y dándole una carga con la caballería, la arrolló y cogió 200 prisioneros. Palafox, para estimular a la demás tropa y borrar la funesta impresión que pudieran causar las tristes noticias del resto de España, recompensó a los soldados de Butrón con el distintivo de una cruz encarnada.

El 1 de enero reemplazó en el mando en jefe al mariscal Monçey el general Junot, duque de Abrantes. En aquel día, los sitiadores, para adelantarse, salieron de las paralelas de derecha y centro, perdiendo mucha gente, y el mariscal Mortier, disgus-

tado del nombramiento de Junot, partió para Calatayud con la división del general Suchet, lo cual disminuyó momentáneamente las fuerzas de los franceses.

Estos, habiendo establecido el 9 ocho baterías, empezaron en la mañana del 10 el bombardeo, y a batir en brecha el reducto del Pilar y el convento de San José, que, aunque bien defendido por don Mariano Renovales, no podía resistir largo tiempo. Era edificio antiguo, con paredes de poco espesor, y que, desplomándose, en vez de cubrir, dañaban con su caída a los defensores. Hiciéronse, sin embargo, notables esfuerzos, sobresaliendo en bizarria una mujer llamada Manuela Sanso, de edad de veinticuatro años, natural de Plenás, en la serranía. El 11 dieron los franceses el asalto, teniendo que emplear en su toma las mismas precauciones que para una obra de primer orden.

Alojados en aquel convento, fueron dueños de la hondonada de Huerba, pero no podían avanzar al recinto de la plaza sin enseñorearse del reducto del Pilar, cuyos fuegos los incomodaban por su izquierda. El 11 también este punto había sido atacado con empeño, sin que los franceses alcanzasen su objeto. Mandaba don Domingo La Ripa, y se señaló con sus acertadas providencias, así como el oficial de ingenieros don Marcos Simonó y el comandante de la batería, don Francisco Betbezé. Por la noche hicieron los nuestros una salida, que difundió el terror en el campo enemigo, hasta que su ejército, vuelto en sí y puesto sobre las armas, obligó a la retirada. Arrasado el 15 el reducto, quedando sólo escombros y muertos los más de los oficiales que le defendían, fué abandonado entre ocho

y nueve de la noche, volando al mismo tiempo el puente de Huerba, en que se apoyaba su gola.

Entre éste y el Ebro, del lado de San José, no restaba ya a Zaragoza otra defensa sino su débil recinto y las paredes de sus casas; pero habitadas éstas por hombres resueltos a pelear de muerte, allí empezó la resistencia más vigorosa, más tenaz y sangrienta.

De la determinación de defender las casas nació la necesidad de abandonarlas y de que se agolpase parte de la población a los barrios más lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guarecerse de él, amontonándose las familias en los sótanos, inficionaban el aire con el aliento de tantos, con la falta de ventilación y el continuado arder de luces y leña. De ello proviniéron enfermedades que a poco se transformaron en horroroso contagio. Contribuyeron a su propagación los malos y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitación, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que a cada paso martillaban el corazón.

Los franceses continuaron sus obras concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entonces fijaron el emplazamiento de contrabaterías y baterías de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los españoles, por su parte, molestar al enemigo con salidas y ejecutando acciones arrojadas, largas de referir.

No sólo padecían los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacía, sino que también andaban alterados con el temor de que de fue-

ra los atacasen cuadrillas numerosas; y se confirmaron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa, habían destacado para acopiar víveres al general Vathier con 600 caballos y 1.200 infantes. En su ruta fué éste molestado por los paisanos y algunos soldados sueltos, en términos que, deseoso de destruirlos, los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles, los perseguidos y los moradores, defendiéronse con tal denuedo, que, para enseñorearse de la población, perdieron los franceses más de 400 hombres.

Acrescentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marqués de Lazán y don Francisco Palafox venían al socorro de Zaragoza; voces entonces falsas, pues Lazán estaba lejos, en Cataluña, y su hermano don Francisco, si bien había pasado a Cuenca a implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fué a éste lícito condescender con lo que pedía. Daba ocasión al engaño una corta división de 4 a 5.000 hombres que don Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual, ocupando a Villafranca, Leciñena y Zuera, recorría la comarca.

Por escasas que fuesen semejantes fuerzas, instaba a los franceses destruirlas; cuando no, podían servir de núcleo a la organización de otras mayores. Favoreció a su intento la llegada el 22 de enero del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposición, acudía éste a tomar el mando supremo del tercero y quinto cuerpo, que, mandados separadamente por jefes entre sí desavenidos, no concurrían a la formación del sitio con la debida unión y celeridad. Puesto ahora el poder en una sola mano, notáronse luego sus efectos. Por de pronto, ordenó

Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviese con la división del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazán que bloqueaba el arrabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, que los franceses creían ser don Francisco de Palafox. Aquel oficial, dejando hacia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, a Nuestra Señora de Magallón. Gente la suya nueva y allegadiza, ahuyentáronla fácilmente los franceses de las cercanías de Zaragoza y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversión de afuera.

Redoblando, pues, su furia contra la ciudad, abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerba para intentar el asalto. Construyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de armas donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban también sus atrincheramientos interiores.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicables se les ofrecían: una, enfrente del convento de San José, y otra más a la derecha, cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro, habían también abierto una brecha en el convento de Santa Engracia, y por ella y las otras dos, corrieron al asalto, en aquel día a las doce de la mañana. La campana de la torre nueva avisó a los sitiados del peligro. Todos a su tañido, se atropellaron a las brechas. Por la del molino embistieron los franceses y se encaramaron sin que los detuvieran dos hornillos a que se prendió fuego; mas un atrincheramiento inte-

rior y una granizada de balas, metralla y granadas, los forzaron a retirarse, limitándose a coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alojamiento. Enfrente de San José, rechazados repetidas veces, consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante a no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Engracia, si bien al principio ventajoso al enemigo, saliole después más caro que los otros. Tomaron, en efecto, sus soldados aquel monasterio, enseñoreáronse del convento inmediato de las Descalzas, y enfilando desde él la larga cortina que iba de Santa Engracia al puente de Huerba, obligaron a los españoles a abandonarla. Alentados los franceses con la victoria, se extendieron hasta la puerta del Carmen, y llevados de igual ardor, los que de ellos guardaban la paralela del centro, acometieron por la izquierda, se hicieron dueños del convento de Trinitarios Descalzos, y ya avanzaban a la Misericordia, cuando se vieron abrasados por el fuego de dos cañones y el daño que recibían de calles y casas. Los nuestros persiguiéndolos, hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento de Trinitarios, que fuera otra vez suyo sin el pronto socorro que trajo a los contrarios el general Morlot. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente día la dolorosa pérdida del comandante don Antonio San Genis, que fué muerto en la batería llamada Palafox, al tiempo que desde ella observaba los movimientos del enemigo. Tenía cuarenta y tres años de edad, y amábanle todos por

ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condición afable, era tal su entereza, que desde el primer sitio había dicho: «no se me llame a consejo si se trata de capitular, porque nunca será mi opinión que no podamos defendernos.»

El bombardeo, mientras tanto, continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morían 350 personas por día, y los hubo en que fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina cinco pesos fuertes, carecíase de carne y de casi toda legumbre. Ni había tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres, hacinados delante de las iglesias, esparcidos a veces y desgarrados por las bombas, ofrecían a la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannes de que en tal aprieto se darían a partido los españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurría, envió un parlamento comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retirada de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon: en vez de amilanarse, crecía su valor al par de los anuros. Su caudillo, firme como ellos, repetía: «defenderé hasta la última tapia.»

Los franceses entonces, yendo adelante en sus embestidas, inútilmente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustín y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta Quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua a Santa Engracia, empezando entonces a

disputarse con encarnizamiento la posesión de cada casa, y de cada piso, y de cada cuarto.

Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linaje de defensa, resolvieron no acometer a pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados, y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no sólo procuraban conservar aquellos escombros, sino que también querían recuperar los perdidos. Intentáronlo, aunque en vano, con el convento de Trinitarios Descalzos. La lid fué pordiada y sangrienta; quedó herido el general francés Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paisanos y soldados abalanzábanse al peligro como fieras. Y sacerdotes piadosos y atrevidos no cesaban de animarlos con sus lenguas y dar consuelos religiosos a los que caían heridos de muerte, siendo a veces ellos mismos víctimas de su fervor. Augusto entonces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplía también con las que en tales casos y sin excepción exige la patria de sus hijos.

A fuerza de empeño y trabajos y valiéndose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1 de febrero de San Agustín y Santa Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta Quemada; empresa la última que se les malogró con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fué también para ellos la toma en aquel día de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo atravesado de una bala por las sienes el general Lacoste, célebre ya en otros nombrados sitios. Su-

cediole Mr. Rogniat, herido igualmente en el siguiente día.

Aunque despacio, y por decirlo así, a palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su ejército, las cuales estimularon al mariscal Lannes a avivar la conclusión de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Seguía en aquella parte el general Gazán, habiéndose limitado hasta entonces a conservar riguroso bloqueo. Ahora, según lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de febrero embistieron ya sus soldados el convento de Franciscanos de Jesús, a la derecha del camino de Barcelona. Tomáronle después de tres horas de fuego, arrojando de dentro a 200 hombres que le guarnecían, y no pudiendo ir más adelante por la resistencia que los nuestros le opusieron, paráronse allí y se atrincheraron.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por la Universidad y Puerta del Sol hasta salir al pretil del río. Tampoco descuidó el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que había junto a las ruinas del hospital, que, según la expresión de uno de los jefes enemigos «era menester matarlos para vencerlos.» Allí el sitiador, ayudado de los sótanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia por medio de una galería, y con la explosión de un hornillo se hizo dueño del convento de San Francisco, hasta que, subiendo por la

noche al campanario el coronel español Fleury, acompañado de paisanos, agujerearon juntos la bóveda y causaron tal daño a los franceses desde aquella altura, que huyeron éstos, recobrando después, a duras penas, el terreno perdido.

Los combates de todos lados eran continuos, y, aunque los sostenían por nuestra parte hombres flacos y macilentos, ensañábanse tanto, que, creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba: «que se aguardasen refuerzos, si no se quería que aquellas malhadadas ruinas fuesen su sepulcro.»

Urgía, pues, a Lannes acabar sitio tan extraño y porfiado. El 18 de febrero volvió a seguirse el ataque del arrabal; y con horroroso fuego, al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanqueábanse del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo al querer intentarlo el barón de Versages. A las dos de la tarde, abierta brecha, penetraron los franceses en el convento de mercenarios llamado de San Lázaro. Fundación del rey Don Jaime el Conquistador y edificio grandioso, fué defendido con el mayor valor; y en su escalera de construcción magnífica anduvo la lucha muy reñida; perecieron casi todos los que le guardaban. Ocupado el convento por los franceses, quedó a los demás soldados del arrabal cortada la retirada. Imposible fué, excepto a unos cuantos, repasar el puente, siendo tan tremendo el fuego del enemigo, que no parecía sino que, a manera de las del Janto, se habían incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto, echaron los más de los nuestros por la orilla del río, capitaneándolos el comandante de guardias españolas Manso; pero perseguidos por la caballería francesa, enfermos,

fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles entre muertos, heridos y prisioneros, 2.000 hombres.

Dueños así los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron a arruinar la casas situadas al otro lado en el pretil del río. Ganaban también terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso, y ocupado el convento de Trinitarios Calzados, se adelantaron a la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un golpe decisivo, habían formado seis galerías de mina que atrevasaban el Coso, y cargando cada uno de los hornillos con 3.000 libras de pólvora, confiaban en que su explosión, causando terrible espanto en los zaragozanos, los obligaría a rendirse.

No necesitaron los franceses acudir a medio tan violento. Menos eran de 4.000 los hombres que en la ciudad podían sustentar las armas, 14.000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes y los demás habían perecido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvaneciáanse las esperanzas de socorro, y el mismo general don José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que transmitir sus facultades a una junta que se instaló en la noche del 18 al 19 de febrero. Componiáse ésta de 34 individuos, siendo su presidente don Pedro María Ric, regente de la audiencia. Rodeada de dificultades, convocó la nueva autoridad a los principales jefes militares, quienes trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, inclinaron los ánimos a capitular. Discutióse, no obstante, largamente la materia; mas pasando a

votación, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendición, y sólo 8, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negativa. En virtud de la decisión de la mayoría, envióse al cuartel general enemigo un parlamento, a nombre de Palafox, aceptando, con alguna variación, las ofertas que el mariscal Lannes había hecho días antes; pero éste, por tardía, desechó con indignación la propuesta.

La junta entonces pidió por sí misma suspensión de hostilidades. Aceptó el mariscal francés con expresa condición de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados a tratar de la capitulación. En el pueblo y entre los militares había un partido numeroso que reciamente se oponía a ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Fué nombrado para ir al cuartel general francés don Pedro María Ric con otros vocales. Recibiolo aquel mariscal con desdén y aun desprecio, censurando agriamente y con irritación la conducta de la ciudad por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amansado algún tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes: «respetaranse las mujeres y los niños, con lo que queda el asunto concluído.» «Ni aún empezado, replicó prontamente, mas con serenidad y firmeza, don Pedro Ric; eso sería entregarnos sin condición a merced del enemigo, y en tal caso continuará Zaragoza defendiéndose, pues aún tiene armas, municiones y, sobre todo, puños.»

No queriendo, sin duda, el mariscal Lannes ceder a despecho ánimos tan altivos, reportose aún más, y comenzó a dictar la capitulación. En vano se esforzó don Pedro Ric por alterar algunas de sus cláusulas e introducir otras nuevas. Fueron des-

atendidas las más de sus reclamaciones. Sin embargo, instando para que por un artículo expreso se permitiese a don José de Palafox ir adonde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podía ser objeto de una capitulación; pero, añadió, que empeñaba su palabra de honor de dejar a aquel general entera libertad, así como a todo el que quisiese salir de Zaragoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, han sido publicados en una relación impresa por el mismo don Pedro María Ric, de cuya boca también nosotros se lo hemos oído repetidas veces, mereciendo su dicho entera fe, como de magistrado veraz y respetable.

La junta admitió y firmó el 20 la capitulación, airándose Lannes de que pidiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió, ni aun lo estipulado. En aquella misma noche, la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos a la dificultad de contener al soldado, después de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebrantamiento de otros artículos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre a don José de Palafox. Moribundo, sacáronle de Zaragoza, adonde tuvieron que volverle por el estado de postración en que se hallaba. Apenas restablecido, lleváronle a Francia, y, encerrado en Vincennes, padeció hasta en 1814, durísimo cautiverio.

Fueron aún más allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron a muchos prisioneros, mataron a otros y maltrataron a casi todos. Tres días después de la capitulación, a la una de la noche, llamaron de un cuarto inmediato al de Palafox, donde

siempre dormía, a su antiguo maestro, el padre don Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor, Solanilla, un capitán francés y un destacamento de granaderos, que le sacaron fuera sin decirle adónde le llevaban. Tomaron al paso al capellán don Santiago Sas, que se había distinguido en el segundo sitio tanto como en el anterior, despidieron a Solanilla, y solos los franceses, marcharon con los dos presos al puente de Piedra. Allí matáronlos a bayonetazos, arrojando sus cadáveres al río. Hirieron primero a Sas, y no se oyó de su boca, como tampoco de la de Boggiero, otra voz que la de animarse recíprocamente a muerte tan bárbara e impensada. Contolo así después, y repetidas veces, el capitán francés encargado de su ejecución, añadiendo que el mariscal Lannes le había ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atroci- dad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sa- grados de la humanidad.

La capitulación se publicó en la *Gaceta de Ma- drid* de 28 de febrero, nunca en los papeles fran- ceses, sin duda para que se creyese que se había entregado Zaragoza a merced del conquistador, y disculpar así los excesos; como si con capitulación o sin ella pudieran permitirse muchos de los que se cometieron.

XII

SITIO DE GERONA

«Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular o de rendirse.» Tal pena impuso por

bando al acercarse los franceses a Gerona su gobernador don Mariano Alvarez de Castro. Resolución que, por su parte, procuró cumplir rigurosamente, y la cual sostuvieron con inaudito tesón y constancia la guarnición y los habitantes.

Preludio fueron de esta tercera y nunca bien ponderada defensa, las otras dos de junio y julio del año anterior. Los franceses no consideraban importante la plaza de Gerona, habiéndola calificado de muy imperfecta el general Manescau, comisionado para reconocerla; juicio tanto más fundado, cuanto prescindiendo de lo defectuoso de sus fortificaciones, estaban entonces éstas, unas cuarteadas, otras cubiertas de arbustos y malezas, y todas desprovistas de lo más necesario. Corrigiéronse posteriormente algunas de aquellas faltas, sin que por eso creciese en gran manera su fortaleza.

Gerona, cabeza del corregimiento de su nombre, situada en lo antiguo cuesta abajo de un monte, extendiose después por las dos riberas del Oña, llamándose el Mercadal la parte colocada a la izquierda. La de la derecha se prolonga hasta donde el mencionado río se une con el Ter, del que también es tributario por el mismo lado, y después de correr por debajo de varias calles y casas el Gálligans, formado de las aguas vertientes de los montes situados al nacimiento del sol. Comunicanse ambas partes de la ciudad por un hermoso puente de piedra, y las circuía un muro antiguo con torreones, cuyo débil reparo se mejoró después, añadiendo siete baluartes, cinco del lado del Mercadal y dos del opuesto; habiendo sólo foso y camino cubierto en el de la puerta de Francia. Dominada Gero-

na en su derecha por varias alturas, eleváronse en diversos tiempos fuertes que defendiesen sus cimas. En la que mira al camino de Francia, y por consiguiente en la más septentrional de ellas, se construyó el castillo de Montjuich, con cuatro reductos avanzados, y en las otras, separadas de ésta por el valle que riega el Gálligans los del Calvario, Condestable, reina Ana, Capuchinos, del Cabildo y de la Ciudad. Antes del sitio se contaban algunos arrabales y abríase delante del Mercadal un hermoso y fértil llano, que bañado por el Ter, el riachuelo Güell y una acequia, estaba cubierto de aldeas y deléitables quintas.

La población de Gerona, en 1808, ascendía a 14.000 almas, y al comenzar el tercer sitio, constaba su guarnición de 5.673 hombres de todas armas. Mandaba la plaza en calidad de gobernador interino, don Mariano Alvarez de Castro, natural de Granada y de familia ilustre de Castilla la Vieja, quien con la defensa inmortalizó su nombre. Era teniente de rey don Juan Bolívar, que se había distinguido en las dos anteriores acometidas de los franceses, y dirigían la artillería y los ingenieros, los coroneles don Isidro de Mata y don Guillermo Minali; el último trabajó incesantemente y con acierto en mejorar las fortificaciones.

Por la descripción que acabamos de hacer de Gerona y por la noticia que hemos dado de sus fuerzas, se ve cuán flacas eran éstas y cuán desventajosa su situación. Enseñoreada por los castillos, tomado que fuese uno de ellos, particularmente el de Montjuich, quedaba la ciudad descubierta, siendo favorables al agresor todos los ataques. Además, si atendemos a los muchos puntos que había fortifi-

cados y a la extensión del recinto, claro es que para cubrir convenientemente la totalidad de las obras, se requerían por lo menos de 10 a 12.000 hombres, número lejano de la realidad. A todo suplió el patriotismo.

Animados los gerundenses con antiguas memorias y reciente en ellos la de las dos últimas defensas, apoyaron esforzadamente a la guarnición, distribuyéndose en ocho compañías que bajo el nombre de Cruzada instruyó el coronel don Enrique Odonell. Compusieronla todos los vecinos sin excepción de clase ni de estado, incluso el clero secular y regular, y hasta las mujeres se juntaron en una compañía que apellidaron de Santa Bárbara, la cual, dividida en cuatro escuadras, llevaba cartuchos y víveres a los defensores, recogiendo y auxiliando a los heridos.

Anteriormente habíase también tratado de excitar la devoción de los gerundenses, nombrando por generalísimo a San Narciso, su patrono. Desde muy antiguo tenían los moradores en la protección del santo entera y sencilla fe. Atribuían a su intercesión prosperidades en pasadas guerras, y en especial la plaga de moscas que tanto daño causó, según cuentan, en el siglo décimotercero al ejército francés, que bajo su rey, Felipe el *Atrevido*, puso sitio a la plaza; sitio en el que, por decirlo de paso, grandemente se señaló al gobernador Ramón Folch de Cardona, quien al asalto, como refiere Bernardo Desclot, tañiendo su añafil y soltadas las galgas no dejó sobre las escalas francés que no fuese al suelo herido o muerto. Ciertos hombres, sin profundizar el objeto que llevaron los jefes de Gerona, hicieron mofa de que se declarase generalísi-

mo a San Narciso, y aun hubo varones cuerdos que desaprobaron semejante determinación, temiendo el influjo de vanas y perniciosas supersticiones. Era el de los últimos arreglado modo de sentir para tiempos tranquilos, pero no tanto para los agitados y extraordinarios. De todas las obligaciones, la primera consiste en conservar ilesos los hogares patrios, y lejos de entibiar para ello el fervor de los pueblos, conviene alimentarle y darle pábulo hasta con añejas costumbres y preocupaciones; por lo cual, el atento político y el verdadero hombre religioso, enemigos de indiscretas y reprobables prácticas, disculparán, no obstante, y aun aplaudirán en el apretado caso de Gerona, lo que a muchos pareció ridícula y singular resolución, hija de grosera ignorancia.

Los franceses, preparándose de antemano para el sitio, se presentaron a la vista de la plaza el 6 de mayo en las alturas de Costa-Roja. Mandaba entonces aquellas tropas el general Reille, hasta que el 13 le reemplazó Verdier, quien continuó a la cabeza durante todo el sitio. Con este general, y sucesivamente, llegaron otros refuerzos, y el 31 arrojaron los enemigos a los nuestros de la ermita de los Angeles, que fué bien defendida. Hubo varias escaramuzas, pero lo corto de la guarnición no permitió retardar, cual conviniera, las primeras operaciones del sitiador. Solamente los paisanos de las inmediaciones de Montagut, tiroteándose con él a menudo, le molestaron bastante.

Al comenzar junio fué la plaza del todo circunvalada. Colocóse la división westfaliana de los franceses al mando del general Morio desde la margen izquierda del Ter por San Medier, Montagut y Cos-

ta-Roja; la brigada de Juvan en Pont Mayor, y los regimientos de Berg y Wurszburgo en las alturas de San Miguel y Villa-Roja hasta los Angeles; cubrieron el terreno del Oñá al Ter por Montelibi, Palau y el llano de Salt, tropas enviadas de Vich por Saint-Cyr, ascendiéndose el conjunto de todas a 18.000 hombres. Hubiera preferido el último general bloquear estrechamente la plaza a sitiarla; mas sabiéndose en el campo francés que no gozaba del favor de su gobierno, y que iba a sucederle en el mando el mariscal Augereau, no se atendieron debidamente sus razones, llevando Verdier adelante su intento de embestir a Gerona.

Reunido el 8 de junio el tren de sitio correspondiente, resolvieron los enemigos emprender dos ataques, uno flojo contra la plaza, otro vigoroso contra el castillo de Montjuich y sus destacadas torres o reductos. Mandaban a los ingenieros y artillería francesa los generales Sanson y Taviel. Antes de romper el fuego, se presentó el 12 un parlamentario para intimar la rendición; mas el fiero gobernador Alvarez respondió que, no queriendo tener trato ni comunicación con los enemigos de su patria, recibiría en adelante a metrallazos a sus emisarios. Hizolo así, en efecto, siempre que el francés quiso entrar en habla. Criticáronle algunos de los que piensan que en tales lances han de llevarse las cosas reposadamente, mas loóle muy mucho el pueblo de Gerona, empeñando infinito en la defensa tan rara resolución, cumplida con admirable tenacidad.

Los enemigos habían desde el 8 empezado a formar una paralela en la altura de Tramón, a 600 toesas de las torres de San Luis y San Narciso, dos

de las mencionadas de Montjuich, sacando al extremo de dicha paralela un ramal de trinchera, delante de la cual plantaron una batería de ocho cañones de a 24 y dos obuses de a nueve pulgadas. Colocaron también otra batería de morteros de la altura Denroca a 360 toesas del baluarte de San Pedro, situado a la derecha del Oñá en la puerta de Francia. Los cercados, a pesar del incesante fuego que desde sus muros hacían, no pudieron impedir la continuación de estos trabajos.

Progresando en ellos, y recibida que fué por los franceses la repulsa del gobernador Alvarez, empezó el bombardeo en la noche del 13 al 14, y todo resonó con el estruendo del cañón y del mortero. Los soldados españoles corrieron a sus puestos, otro tanto hicieron los vecinos, acompañándolos a todas partes las doncellas y matronas alistadas en la compañía de Santa Bárbara. Sin dar descanso prosiguieron en su porfía los enemigos hasta el 25, y no por eso se desalentaron los nuestros ni aun aquellos que entonces se estrenaban en las armas. El 14 incendióse y quedó reducido a cenizas el hospital general; gran menoscabo por los efectos allí perdidos difíciles de reponer.

La junta corregimental, que en todas ocasiones se portó dignamente, reparó algún tanto el daño, coadyuvando a ello la diligencia del intendente don Carlos Beramendi, y el buen celo del cirujano mayor don Juan Andrés Niéto, que en un memorial histórico nos ha transmitido los sucesos más notables de este sitio.

Al rayar del 14, también acometieron los enemigos las torres de San Luis y San Narciso, apagaron sus fuegos, descortinaron su muralla, y abriendo

brecha, obligaron a los españoles a abandonar el 19 ambas torres. Lo mismo aconteció el 21 con la de San Daniel, que evacuaron nuestros soldados. Este pequeño triunfo envalentonó a los sitiadores, causándoles después grave mal su sobrada confianza.

En la noche del 14 al 15 desalojaron los mismos a una guerrilla española del arrabal de Pedret, situado fuera de la puerta de Francia; y levantando un espaldón, trataron de establecerse en aquel punto. Temeroso el gobernador de que erigiesen allí una batería de brecha, dispuso una salida combinada con fuerza de Montjuich y de la plaza. Destruyeron los nuestros el espaldón, y arrojaron al enemigo del arrabal.

En tanto, el general en jefe francés Saint-Cyr, habiendo enviado a Barcelona sus enfermos y heridos, aproximose a Gerona. En su marcha cogió ganado vacuno que de Llobregat iba para el abasto de la ciudad sitiada. Sentó el 20 de junio su cuartel general en Caldas, y extendió sus fuerzas hacia la marina, se apoderó el 21, aunque a fuerza de sangre, de San Feliú de Guixols. Con su llegada, aumentóse el ejército francés a unos 30.000 hombres. Los somatenes y varios destacamentos, molestaban a los franceses en los alrededores, y antes de acabarse junio, cogieron un convoy considerable y 120 caballos de artillería que venían para el general Verdier. Corrió así aquel mes, sin que los franceses hubiesen alcanzado en el sitio de Gerona otra ventaja más que la de hacerse dueños de las torres indicadas.

Pusieron ahora sus miras en Montjuich. Guarnecieronle 900 hombres, a las órdenes de don Guillermo Nash, estando todos decididos a defender el cas-

tillo hasta el último trance. Al alborear del 3 de julio empezaron los enemigos a atacarle, valiéndose de varias baterías, y en especial de una llamada Imperial que plantaron a la izquierda de la torre de San Luis, compuesta de 20 piezas de grueso calibre y dos obuses. En todo el día aportillose ya la cara derecha del baluarte del Norte, y los defensores se prepararon a resistir cualquiera acometida, practicando detrás de la brecha oportunas obras. El fuego del enemigo había derribado del ángulo flanqueado de aquel baluarte la bandera española que allí tremolaba. Al verla caída, se arrojó al foso el subteniente don Mariano Montoro, recobrola, y subiendo por la misma brecha, la hincó y enarboló de nuevo; acción atrevida y digna de elogio.

No tardaron los enemigos en intentar el asalto del castillo. Emprendieronle furiosamente a las diez y media de la noche del 4 de julio; vanos fueron sus esfuerzos, inutilizándolos los nuestros con su serenidad y valentía. Suspendieron por entonces los contrarios sus acometimientos; mas en la mañana del 8 renovaron el asalto en columna cerrada, y mandados por el coronel Muff. Tres veces se vieron repelidos, haciendo en ellos grande estrago la artillería, cargada con balas de fusil, particularmente un obús, dirigido por don Juan Candy. Insistió el jefe enemigo Muff en llevar sus tropas por cuarta vez al asalto, hasta que herido él mismo desmayaron los suyos y se retiraron. Perdieron en esta ocasión los sitiadores unos 2.000 hombres, entre ellos 11 oficiales muertos y 66 heridos. Mandaba en la brecha a los españoles don Miguel Pierson, que pereció defendiéndola, y distinguióse al frente de

la reserva don Blas de Fournas. Durante el asalto tuvieron constantemente los franceses en el aire, contra el punto atacado, siete bombas y muchos otros fuegos parabólicos. Grandes y esclarecidos hechos allí se vieron. Fué de notar el mozo Luciano Ancio, tambor apostado para señalar con la caja los tiros de bomba y granada. Llevo un casco parte del muslo y de la rodilla, y al quererle transportar al hospital opúsose, diciendo: «No, no, aunque herido en la pierna, tengo los brazos sanos para con el toque de caja librar de las bombas a mis amigos.»

Enturbió algún tanto la satisfacción de aquel día el haberse volado la torre de San Juan, obra avanzada entre Montjuich y la plaza. Casi todos los españoles que la guarnecían perecieron, salvando a unos pocos don Carlos Beramendi, que sin reparar en el horroroso fuego del enemigo, acudió a aquel punto, mostrándose entonces, como en tantos otros casos de este sitio, celoso intendente, incansable patriota y valeroso soldado.

Esto ocurría en Gerona cuando el general Saint-Cyr, atento a alejar de la plaza todo género de socorros, después de haber ocupado a San Feliú de Guixols, creyó también oportuno apoderarse de Palamós enviando para ello el 5 de julio al general Foncane. Este puerto, casi aislado, hubiera podido resistir largo tiempo si le hubieran defendido tropas aguerridas y buenas fortificaciones. Pero éstas, de suyo malas, se hallaban descuidadas, y solamente las coronaban algunos somatenes y miqueletes, que, sin embargo, se negaron a rendirse, y disputaron el terreno a palmos. Cañoneras fondeadas en el puerto hicieron al principio bastante fuego; mas el de los enemigos las obligó a retirarse.

Entraron los franceses en la villa y casi todos los defensores perecieron, no siéndoles dado acogerse, según lo intentaron, a las cañoneras y otros barcos que tomaron viento y se alejaron.

Por el mismo tiempo llegó a Perpiñán el mariscal Augereau. Confiado en que los catalanes escucharían su voz, dirigióles una proclama en mal español, que mandó publicar en los pueblos del Principado. Mas apenas se habían fijado tres de aquellos carteles, cuando el coronel don Antonio Porta destruyó en San Lorenzo de la Muga el destacamento encargado de tal comisión, volviendo a Perpiñán pocos de los que le componían. Un ataque de gota en la mano, y el ver que no era empresa la de Cataluña tan fácil como se figuraba, detuvieron algún tiempo al mariscal Augereau en la frontera, por lo que continuó todavía mandando el séptimo cuerpo el general Saint-Cyr.

No desayudaban tampoco a los heroicos esfuerzos de Gerona las escaramuzas con que divertían a los franceses los somatenes, miqueletes y alguna tropa de línea. Don Antonio Porta los molestaba desde la raya de Francia hasta Figueras; de aquí a Gerona entreteníalos el doctor don Franciscop Robira, infatigable y audaz partidario. El general Wimpffen, don Pedro Cuadrado y los caudillos Milans, Iranzo y Clarós, corrían la tierra que media desde Hostalrich por Santa Coloma hasta la plaza de Gerona. Por tanto, para despejar la línea de comunicación con Francia, tuvo Saint-Cyr que enviar el 12 de julio una brigada del general Souhan a Bañolas, al mismo tiempo que el general Guillot, desde Figueras se adelantaba a San Lorenzo de la Muga.

Muy luego de comenzar el sitio habían los de Gerona pedido socorro, y en respuesta a su demanda trataron las autoridades de Cataluña de enviar un convoy y alguna fuerza, a las órdenes de don Rodulfo Marshall, irlandés de nación y hombre de bríos, que había venido a España a tomar parte en su sagrada lucha. Pasaron los nuestros delante del general Pino en Llagostera sin ser descubiertos; mas avisado el enemigo por un soldado zaguero, tomó el general Saint-Cyr sus medidas, y el 10 interceptó en Castellar el socorro, entrando solo en la plaza el coronel Marshall con unos cuantos que lograron salvarse.

Los sitiadores, después del malogrado asalto de Montjuich, prolongaron sus trabajos, y abrazando los dos frentes del Nordeste y Noroeste, se adelantaron hasta la cresta del glacis. Nuevas y multiplicadas baterías levantaron, sin que los detuviesen nuestros fuegos ni el valor de los sitiados. Perecieron el 31 muchos de ellos en la torre de San Luis, que voló una bomba arrojada de la plaza, y en una salida que voluntariamente hicieron del castillo en el mismo día varios soldados.

Entrado agosto continuaron los franceses con el mismo ahinco en acometer a Montjuich, y en la noche del 3 al 4 quisieron apoderarse del rebellín del frente de ataque. Frustróse por entonces su intento; pero al día siguiente se hicieron dueños de aquella obra, alojándose en la cresta de la brecha; 800 hombres defendían el rebellín, 50 perecieron, y con ellos su bizarro jefe don Francisco de Paula Grifols. Ni aun así se enseñorearon los franceses de Montjuich. Los defensores, antes de abandonarle, hicieron una salida el 10, en daño de los contrarios.

Sin embargo, previendo el gobernador del castillo don Guillermo Nash que no le sería ya dado sostenerse por más tiempo, había consultado en aquellos días a su jefe don Mariano Alvarez, quien opuesto a todo género de capitulaciones o retirada, tardó en contestarle. Nash, entonces, juntó un consejo de guerra y con su acuerdo evacuó a Montjuich el 12 de agosto a las seis de la tarde, destruyendo antes la artillería y las municiones. Ocuparon los franceses aquellos escombros, siendo maravillosa y dechado de defensa la de este castillo, pues los sitiadores sólo penetraron en su recinto al cabo de dos meses de expugnación y después de haber levantado diecinueve baterías, abierto varias brechas y perdido más de 3.000 hombres. De los 900 que componían la guarnición española murieron 18 oficiales y 511 soldados, sin quedar apenas quien no estuviese herido.

Poco antes de la evacuación, y ya ésta resuelta, recibió don Guillermo Nash pliegos del gobernador Alvarez, en los que, lejos de aprobar la retirada de Montjuich, estimulaba a la defensa con premios y ofrecimientos. No por eso se cambió de parecer, juzgando imposible prolongar la resistencia. Los jefes, al entrar en la plaza, pidieron que se les formase consejo de guerra si no habían cumplido con su obligación. Pero Alvarez, justo, no menos que tenaz y valeroso, aprobó su conducta.

Miraba el enemigo como tan importante la rendición de Montjuich, que al dar Verdier cuenta de ella a su gobierno, afirmaba que la ciudad se entregaría dentro de ocho o diez días. Grande fué su engaño. Cierto era que la plaza, con la pérdida del castillo, quedaba por aquella parte muy compro-

metida, cubriéndola sólo un flaco y antiguo muro, y ningunos otros fuegos sino los de la torre de la Gironella y los de dos baterías situadas encima de la puerta de San Cristóbal y muralla de Sarracinas. También los franceses se habían posesionado el 2 del convento de San Daniel en la cañada del Gálligans, e impedido la entrada de los cortos socorros que todavía de cuando en cuando penetraban en la plaza por aquel lado.

Hasta entonces, persuadidos los sitiadores de que con la ocupación de Montjuich abriría la ciudad sus puertas, no habían contra ella apretado el sitio. Sólo por medio de una batería de cuatro cañones y dos obuses plantada en la ladera del Puig Denroca molestaban a los vecinos, y hacían desde su elevada posición daño en los baluartes de San Pedro, Figuerola y en San Narciso. Construyeron ahora tres baterías: una en Montjuich de cuatro cañones de a 24; otra encima del arrabal de San Pedro, y la tercera en el monte Denroca. Rompieron todas ellas sus fuegos el día 19, atacando principalmente la muralla de San Cristóbal y la puerta de Francia. Los sitiados, para remediar el estrago y ofrecer nuevos obstáculos, imaginaron muchas y oportunas obras: cerraron las calles que desembocaban en la plaza de San Pedro, y abrieron una gran cortadura defendida detrás por un parapeto. Los franceses que, escarmentados con el ejemplar de Zaragoza, huían de empeñar la lucha en las calles, no insistieron con ahinco en su ataque en la puerta de Francia, y revolvieron contra la de San Cristóbal y muralla de Santa Lucía, paraje, en verdad, el más flaco y elevado de la plaza. Adelantaron para ello sus trabajos, y construídas nuevas baterías de

brecha y morteros, vomitaron éstas muerte y destrozos los últimos días de agosto, con especialidad en los dos puntos últimamente indicados y en los cuarteles nuevo y viejo de alemanes. Quisieron el 25 alojarse los enemigos en las casas de la Gironella, pero una partida española que salió del fuerte del Condestable impidió su intento, matando a unos y cogiendo a otros prisioneros.

Pocos esfuerzos de esta clase le era lícito hacer a la guarnición, escasa de suyo y menguada con las pérdidas de Montjuich y las diarias de la plaza. La corta población de Gerona tampoco daba ensanche como en Zaragoza para repetir las salidas. Ni aun apenas hubiera quedado gente que cubriese los puestos si de cuando en cuando y subrepticamente no se hubiesen introducido en el recinto algunos hombres llevados de verdadera y desinteresada gloria, de los cuales, en aquellos días, hubo 100 que vinieron de Olot.

No obstante, el gobernador don Mariano Alvarez, activo al propio tiempo que cuerdo, no desaprovechaba ocasión de molestar al enemigo y retardar sus trabajos, y a un oficial que, encargado de una pequeña salida le preguntaba que adónde, en caso de retirarse, se acogería, respondióle severamente: *Al cementerio.*

Mas luego que vió atacado el recinto de la plaza puso su mayor conato en reforzar el punto principalmente amenazado; para lo cual, construyendo en parajes proporcionados varias baterías, hasta colocó una de dos cañones encima de la bóveda de la catedral. Aunque los enemigos desmontaron pronto muchas piezas, ofendíales en gran manera la fusilería de las murallas, y sobre todo las granadas,

bombas y polladas que de lugares ocultos se lanzaban a las trincheras y baterías vecinas. Los apuros, sin embargo, crecían dentro de la ciudad y se disminuían más y más el número de defensores, siendo ya tiempo de que fuese socorrida.

El general don Joaquín Blake, quien después de su desgraciada campaña de Aragón, regresó, según, dijimos, a Cataluña, puesta también bajo su mando, salió en julio de Tarragona con sólo sus ayudantes, y recorrió la tierra hasta Olot. En su viaje, si bien detenido por una indisposición, no permaneció largo tiempo, retrocediendo a Tortosa antes de concluirse el mes; de allí, tomadas ciertas disposiciones, pensó con eficacia en auxiliar a Gerona.

Aguijábanle a ello las vivas reclamaciones de aquella plaza, y las que de palabra hizo don Enrique Odonell, enviado por Alvarez al intento. Blake, resuelto a la empresa, atendió antes de su partida a distraer al enemigo en las otras provincias que abrazaba su distrito, por cuyo motivo envió una división a Aragón, dejó otra en los lindes de Valencia, y él con la de Lazán se trasladó en persona a Vich, en donde, no terminado todavía agosto, estableció su cuartel general. A su llegada agregó a su gente las partidas y somatenes que hormigueaban por la tierra, y pasó a Saint-Hilary y ermita del Padró. Desde este punto quiso llamar la atención del enemigo a varios otros para ocultar el verdadero, por donde pensaba introducir el socorro. Así fué que el 30 de agosto en la tarde, envió a don Enrique Odonell con 1.200 hombre la vuelta de Bruñolas, habiendo antes dirigido, por el lado opuesto, a don Manuel Llauder sobre la ermita de los Angeles. Don Francisco Robira y don Juan

Clarós debían también divertir al enemigo por la orilla izquierda del Ter.

El general Saint-Cyr, cuyos reales, desde el 10 de agosto, se habían trasladado a Fornells, estando sobre aviso de los intentos de Blake, tomó para estorbarlos varias medidas, de acuerdo con el general Verdier, y reunió sus tropas desparramadas por la dificultad de subsistencias. Mas, a pesar de todo, consiguieron los españoles su objeto. Llauder se apoderó de los Angeles y Odonell, atacando vivamente la posición de Bruñolas, trajo hacia sí la mayor parte de la fuerza de los enemigos, que creyeron ser aquél el punto que se quería forzar.

Amaneció el 1.º de septiembre cubierta la tierra de espesa niebla, y Saint-Cyr, a quien Verdier se había ya unido, aguardó hasta las tres de la tarde a que los españoles le atacasen. Hizo para provocarlos varios movimientos del lado de Bruñolas: pero viendo que al menor amago daban aquéllos traza de retirarse, tornó a Fornells, en donde con admiración suya encontró en desorden la división de Lecchi, que regida ahora por Millossewitz, había quedado apostada en Salt. Justamente por allí fué por donde el convoy se dirigió a la plaza, siguiendo la derecha del Ter. Componíase de 2.000 acémilas que custodiaban 4.000 infantes y 2.000 caballos, a las órdenes del general don Jaime García Conde. Cayó éste de repente sobre los franceses de Salt, arrollolos completamente, y mientras que en derrota iban la vuelta de Fornells, entró en Gerna el convoy tranquila y felizmente. Alvarez dispuso una salida que bajo don Blas de Fournas fuese al encuentro de Conde, divirtiendo asimismo la atención del enemigo del lado de Montjuich. A la

propia sazón Clarós penetró hasta San Medir, y Robira tomó a Montagut, de donde arrojó a los westfalianos que solos habían quedado para guardar la línea, matando un miquelete al general Hadeln con su propia espada. Clavaron los nuestros tres cañones, y persiguieron a sus contrarios hasta Sarriá. En grande aprieto estaban los últimos, cuando repasando el Ter el general Verdier volvió a su orilla izquierda y contuvo a los intrépidos Clarós y Robira. Por su parte el general Conde, después de dejar en la plaza el convoy y 3.287 hombres, tornó con el resto de su gente a Hostalrich, y a Olot don Joaquín Blake, que había permanecido en observación de los diversos movimientos de su ejército. Fueron éstos dichosos en sus resultas y bastante bien dirigidos, quedando completamente buñado el general Saint-Cyr, no obstante su pericia.

Dió aliento tan buen suceso a la corta guarnición de Gerona que se vió así reforzada; mas por este mismo aumento no se consiguió disminuir la escasez con los víveres introducidos.

Los franceses ocuparon de nuevo los puntos abandonados, y el 6 de septiembre recobraron la ermita de los Angeles, pasando a cuchillo a sus defensores, excepto a tres oficiales y al comandante Llauder, que saltó por una ventana. No intentaron contra la plaza en aquellos días cosa de gravedad, contentándose con multiplicar las obras de defensa. No desaprovecharon los sitiados aquel respiro, y atareándose afanadamente, aumentaron los fuegos de flanco y parabólicos, y ejecutaron otros trabajos no menos importantes.

Pasado el 11 de septiembre renovaron los enemigos el fuego con mayor furor, y ensancharon tres

brechas ya abiertas en Santa Lucía, Alemanes y San Cristóbal, maltratando también el fuerte del Calvario, cuyo fuego sobremanera los molestaba.

Dispuso el 15 don Mariano Alvarez una salida con intento de retardar los trabajos del sitiador y aun de destruir algunos de ellos. Dirigíala don Blas de Fournas, y aunque al principio todo lo atropellaron los nuestros, no siendo después convenientemente apoyadas las dos primeras columnas por otra que iba de respetó, tuvieron que abrigarse todas de la plaza sin haber recogido el fruto deseado.

Aportilladas de cada vez más las brechas, y apagados los fuegos del frente atacado, trataron los enemigos de dar el asalto. Pero antes enviaron parlamentarios, que, según la invariable resolución de Alvarez, fueron recibidos a cañonazos.

Irritados de nuevo con tal acogida, corrieron al asalto a las cuatro de la tarde del 19 de septiembre, distribuidos en cuatro columnas de a 2.000 hombres. Entonces brillaron las buenas y previas disposiciones que había tomado el gobernado español: allí mostró éste su levantado ánimo. Al toque de la generala, al tañido triste de la campana, que llamaba a somatén, soldados y paisanos, clérigos y frailes, mujeres y hasta niños, acudieron a los puestos de antemano y a cada uno señalados. En medio del estruendo de doscientas bocas de cañón y de la densa nube que la pólvora levantaba, ofrecía noble y grandioso espectáculo la marcha majestuosa y ordenada de tantas personas de diversa clase, profesión y sexo. Silenciosos todos, se vislumbraba, sin embargo, en sus semblantes la confianza que los alentaba. Alvarez a su cabeza, grave y denodado, representábase a la imaginación, en tan terrible

trance, a la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre, y cierto que si no se aventajaba a los demás en, estatura como aquellos, sobrepujaba a todos en resolución y gran pecho. Con no menor orden que la marcha se habían preparado los refuerzos, la distribución de municiones, la asistencia y conducción de heridos.

Presentose la primera columna enemiga delante de la brecha de Santa Lucía, que mandaba el irlandés don Rodolfo Marshall. Dos veces tomaron en ella pie los acometedores, y dos veces rechazados, quedaron muchos de ellos allí tendidos. Tuvieron los españoles el dolor de que fuese herido gravemente y de que muriese a poco el comandante de la brecha Marshall, quien antes de expirar prorrumpió diciendo, «que moría contento por tal causa y »por nación tan brava.»

Otras dos columnas enemigas emprendieron denodadamente la entrada por las brechas más anchurosas de Alemanes y San Cristóbal, en donde mandaba don Blas de Fournas. Por algún tiempo alojáronse en la primera hasta que al arma blanca los repelieron los regimientos de Ultiona y Borbón, apartándose de ambas destrozados por el fuego que de todos lados llovía sobre ellos. No menos padecía otra columna enemiga que largo rato se mantuvo quieta al pie de la torre de Gironella. Herido aquí el capitán de artillería don Salustiano Geron, tomó el mando provisional don Carlos Beramendi, y haciendo las veces de jefe y de subalterno, causó estrago en las filas enemigas.

Amenazaron también éstas durante el asalto los fuertes del Condestable y del Calvario, igualmente sin fruto.

Tres horas duró función tan empeñada. Todas las brechas quedaron llenas de cadáveres y despojos enemigos; el furor de los sitiados era tal, que, dejando a veces el fusil, sus membrudos y esforzados brazos, cogían las piedras sueltas de la brecha y las arrojaban sobre las cabezas de los acometedores. Don Mariano Alvarez animaba a todos con su ejemplo y aun con sus palabras precavía los accidentes, reforzaba los puntos más flacos, y, arrebatado de su celo, no escuchaba la voz de sus soldados que encarecidamente le rogaban no acudiese como lo hacía a los parajes más expuestos. Perdieron los enemigos varios oficiales de graduación y cerca de 2.000 hombres; entre los primeros contaron al coronel Floresti, que en 1808 subió a posesionarse del Montjuich de Barcelona, en donde entonces mandaba don Mariano Alvarez. De los españoles cayeron aquel día de 300 a 400, en su número muchos oficiales, que se distinguieron sobremanera, y algunas de aquellas mujeres intrépidas que tanto honraron a Gerona.

Escarmentados los franceses con lección tan vigorosa, desistieron de repetir los asaltos, a pesar de las muchas y espaciosas brechas, convirtiendo el sitio en bloqueo, y contando por auxiliares, como dice Saint-Cyr, el tiempo, las calenturas y el hambre.

Don Joaquín Blake, a quien algunos motejaban de no divertir la atención del enemigo del lado de Francia, intentó de nuevo avituallar la plaza. Para ello, preparado un convoy en Hostalrich, apareció el 26 de septiembre con 12.000 hombres en las alturas de La Bisbal, a dos leguas de Gerona. Gobernada la vanguardia por don Enrique Odonell,

desalojó a los franceses de los puntos que ocupaban desde Villa-Roja hasta San Miguel. Salieron al propio tiempo de la plaza y del Condestable 400 hombres guiados por el coronel de Baza don Miguel de Haro, que también ha trazado con imparcialidad la historia de este sitio. Seguía a Odonell Wimpffen con el convoy, el cual constaba de unas 2.000 acémilas y ganado lanar. Quedó el grueso del ejército teniendo al frente a Blake en las mencionadas alturas de La Bisbal.

Enterado Saint-Cyr de la marcha del convoy, trató de impedir su entrada en la plaza. Consiguiólo desgraciadamente esta vez, interponiéndose entre Odonell y Wimpffen y todo lo apresó, excepto unas 170 cargas que se salvaron y metieron en Gerona. Achacóse la culpa a la sobrada intrepidez de Odonell que se alejó más de lo conveniente de Wimpffen, y también a la tímida prudencia de Blake, que no acudió debidamente en auxilio del último. Así no llegaron a Gerona víveres tan necesarios y deseados, y perdió malamente el ejército de Cataluña unos 2.000 hombres. Odonell y Haro se abrigaron de los fuertes del Condestable y Capuchinos. Trataron los franceses cruelmente a los arrieros del convoy, ahorcando a unos y fusilando a otros en Palau a vista de la ciudad.

Corta compensación de tamaña desdicha fueron algunas ventajas conseguidas en el Llobregat y Besós por los miqueletes y tropas de línea. Tampoco pudo servir de consuelo el haber dispersado los ingleses y cogido en parte un convoy que escoltaban navíos de guerra franceses, y que llevaban víveres y auxilios a Barcelona; ventura que no habían tenido poco antes con el que mandaba el almirante

francés Cosmao, que entró y salió de aquel puerto sin que nadie se lo estorbase.

Realmente en nada remediaba esto a Gerona, cuyas enfermedades y penuria crecían con rapidez. Se esmeraban en vano para disminuir el mal la junta y el gobernador. No se habían acopiado víveres sino para cuatro meses y ya iban corridos cinco. Imperceptibles fueron, conforme manifestamos, los socorros introducidos en 1.º de septiembre, aumentándose las cargas con el refuerzo de tropas.

Por lo mismo, y según lo requería la escasez de la plaza, don Enrique Odonell, que desde la malograda expedición del convoy de 26 de septiembre permanecía al pie del fuerte del Condestable, tuvo que alejarse, y atravesando la ciudad en la noche del 12 de octubre, cruzó el llano de Salt y Santa Eugenia, uniéndose al ejército por medio de una marcha atrevida.

En aquel día llegó igualmente al campo enemigo el mariscal Augereau, habiendo partido el 5 el general Saint-Cyr. Con el nuevo jefe francés, y posteriormente, acudieron a su ejército socorros y refuerzos, estrechándose en extremo el bloqueo. Levantaron para ello los sitiadores varias baterías, formaron reductos, y llegó a tanto su cuidado, que de noche ponían perros en las sendas y caminos y ataban de un espacio a otro cuerdas con cencerros y campanillas, por cuya artimaña, cogidos algunos paisanos, atemorizáronse los pocos que todavía osaban pasar con víveres a la ciudad.

La escasez, por tanto, tocaba al último punto. Los más de los habitantes habían ya consumido las provisiones que cada uno en particular había acopiado, y de ellos y de los forasteros refugiados en

la plaza, veíanse muchos caer en las calles muertos de hambre. Apenas quedaba otra cosa en los almacenes para la guarnición que trigo, y como no había molinos, suplíase la falta machacando el grano en almireces o cascos de bomba, y a veces entre dos piedras; y así, mal cocido, se daba al soldado. Nacieron de aquí, y se propagaron, todo género de dolencias, estando henchidos los hospitales de enfermos, y sin espacio ya para contenérlos. Sólo de la guarnición perecieron en este mes de octubre 793 individuos, comenzando también a faltar hasta los medicamentos más comunes. Inútilmente don Joaquín Blake trató por tercera vez de introducir socorros. De Hostalrich aproximose el 18 de octubre a Bruñolas, y aguantó el 20 un ataque del enemigo, cuya retaguardia picó después Odonell hasta los llanos de Gerona. Acudiendo el mariscal Augereau con nuevas fuerzas, retiróse Blake camino de Vich, dejando solo a Odonell en Santa Coloma, quien a pesar de haber peleado esforzadamente, cediendo al número, tuvo que abandonar el puesto y todo su bagaje. Quedaban así a merced del vencedor las provisiones reunidas en Hostalrich, que pocos días después fueron por la mayor parte destruídas, habiendo entrado el enemigo en la villa, si bien defendida por los vecinos con bastante empeño.

Dentro de Gerona no dió noviembre lugar a combates excusados y peligrosos en concepto de los sitiadores. Renováronse, sí, de parte de éstos, las intimaciones, valiéndose de paisanos, de soldados y hasta de frailes, que fueron, o mal acogidos o presos por el gobernador. Pero las lástimas y calamidades se agravaban más y más cada día. Las car-

nes de caballo, jumento y mulo de que poco antes se había empezado a echar mano, ibanse apurando, ya por el consumo de ellas, ya también porque faltos de pasto y alimento, los mismos animales se morían de hambre, comiéndose entre sí las crines. Cuando la codicia de algún paisano arrojando riesgos introducía comestibles, vendíanse éstos a exorbitantes precios; costaba una gallina dieciséis pesos fuertes, y una perdiz cuatro. Adquirieron también extraordinario valor aun los animales más inmundos, habiendo quien diese por un ratón cinco reales vellón, y por un gato treinta. Los hospitales sin medicinas ni alimentos, y privados de luz y fuego, habíanse convertido en un cementerio, en que sólo se divisaban, no hombres, sino espectros. Las heridas eran, por lo mismo, casi todas mortales, y se complicaban con la calenturas contagiosas que a todos afligían, acabando por manifestarse el terrible escorbuto y la disentería.

A la vista de tantos males juntos, de guerra, hambre, enfermedades y dolorosas muertes, flaqueaban hasta los más constantes. Sólo Alvarez se mantenía inflexible. Había algunos, aunque contados, que hablaban de capitular, otros, queriendo incorporarse al ejército, proponían abrirse paso por medio del enemigo. De los primeros hubo quien osó pronunciar en presencia del gobernador la palabra *Capitulación*, pero éste, interrumpiéndole prontamente, díjole: «¿Cómo? Sólo usted es aquí cobarde. »Cuando ya no haya víveres nos comeremos a usted »y a los de su ralea, y después resolveré lo que más »convenga.»

Entre los que con pensamientos más honrados ansiaban salir por fuerza de la plaza, se celebraron

reuniones y aun se hicieron varias propuestas; mas la junta, recelando desagradables resultas, atajó el mal, y todos se sometieron a la firme condición del gobernador.

Este, cuanto más crecía el peligro, más impertérrito se mostraba, dando por aquellos días un bando así concebido: «Sepan las tropas que guarnecen »los primeros puestos, que los que ocupan los segundos, tienen orden de hacer fuego, en caso de »ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, »sea español o francés, pues todo el que huye hace »con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

La larga y empeñada resistencia de Gerona dió ocasión a que la junta central concediese a sus defensores iguales gracias que a los de Zaragoza, y provocó en el Principado de Cataluña el deseo de un levantamiento general, para ir a socorrer la plaza. Con intento de llevar a cabo esta última medida, se juntó en Manresa, antes de concluirse noviembre, un congreso, compuesto de individuos de todas clases y de todos los puntos del Principado.

Pero ya era tarde. Tras del triste y angustiado verano, en el que ni las plantas dieron flores, ni cría los brutos, llegó el otoño, que húmedo y lluvioso, acreció las penas y desastres. Desplomadas las casas, despedradas las calles, y remansadas en sus hoyos las aguas y las inmundicias, quedaron los vecinos sin abrigo, y respirábase en la ciudad un ambiente infecto, corrompido también con la putrefacción de cadáveres que yacían insepultos en medio de escombros y ruinas. Habían perecido en noviembre 1.378 soldados y casi todas familias desvalidas. No se veían mujeres encinta, falleciendo a veces de inanición en el regazo de las madres el

tierno fruto de sus entrañas. La naturaleza toda parecía muerta.

Los enemigos, aunque prosiguieron arrojando bombas e incomodando con sus fuegos, no habían renovado sus asaltos, escarmentados en sus anteriores tentativas. Mas el mariscal Augereau, viendo que el congreso catalán excitaba a las armas a todo el Principado, recelose que Gerona con su constancia diese tiempo a ser socorrida, por lo que en la noche del 2 de diciembre, aniversario de la coronación de Napoleón, emprendió nuevas acometidas. Ocupó de resultas el arrabal del Carmen, y levantando aún más baterías, ensanchó las antiguas brechas y abrió otras. El 7 se apoderó del reducto de la ciudad y de las casas de la Gironella, en donde sus soldados se atrincheraron y cortaron la comunicación con los fuertes, a cuyas guarniciones no les quedaba ni aun de su corta ración sino para dos días. Imperturbable Alvarez, si bien ya muy enfermo, dispuso socorrer aquellos puntos, y consiguió enviando trigo para otros tres días, que fué cuanto pudo recogerse en su extrema penuria.

En la tarde del 7, después de haber inútilmente procurado los enemigos intimar la rendición a la plaza, rompieron el fuego por todas partes, desde la batería formada al pie de Montelibi, hasta los apostaderos del arrabal del Carmen, imposibilitando de este modo el tránsito del puente de piedra.

Gerona, en fin, se hallaba el 8 sin verdadera defensa. Perdidos casi todos sus fuertes exteriores, veíase interrumpida la comunicación con tres que aún no lo estaban. Siete brechas abiertas; 1.100 hombres era la fuerza efectiva, y éstos convalecientes o batallando como los demás contra el hambre,

el contagio y la continua y penosa fatiga. De sus cuerpos no quedaba sino una sombra, y el espíritu, aunque sublime, no bastaba para resistir a la fuerza física del enemigo. Hasta Alvarez, de cuya boca como de la de Calvo, gobernador de Maestricht, no salían otras palabras que las de «no quiero rendirme», doliente durante el sitio de tercianas, rindióse al fin a una fiebre nerviosa que el 4 de dicimbre ya le puso en peligro. Continuó, no obstante, dando sus órdenes hasta el 8, en que entrándole delirio, hizo el 9 en un intervalo de sano juicio, dejación del mando en el teniente de rey don Julián Bolívar. Su enfermedad fué tan grave, que recibió la extremaunción, y se le llegó a considerar como muerto. Hasta entonces no parecía sino que aun las bombas en su caída habían respetado tan grande alma, pues destruído todo en su derredor y los más de los cuartos de su propia casa, quedó en pie el suyo, no habiéndose nunca mudado del que ocupaba al principio del sitio.

Prostrado Alvarez, postrose Gerona. En verdad ya no era dado resistir más tiempo. Don Julián Bolívar congregó la junta corregimental y una militar. Dudaban todos qué resolver, ¡tanto les pesaba someterse al extranjero! Pero habiendo recibido aviso del congreso catalán de que su socorro no llegaría con la deseada prontitud, tuvieron que ceder a su dura estrella, y enviaron para tratar al campo enemigo a don Blas de Fournas. Acogió bien a éste el mariscal Augereau y se ajustó entre ambos una capitulación honrosa y digna de los defensores de Gerona. Entraron los franceses en la plaza el 11 de diciembre por la puerta del Areny, y asombráronse al considerar aquel montón de cadáveres y de

escombros, triste monumento de un malogrado heroísmo. Habían allí perecido de 9 a 10.000 personas, entre ellos 4.000 moradores.

XIII

BATALLA DE VITORIA

Dejamos a los ejércitos combatientes próximos uno a otro y dispuestos a trabar batalla en las cercanías de Vitoria, ciudad de 11 a 12.000 habitantes, situada en terreno elevado y en medio de una llanura de dos leguas, terminada de un lado, por ramales del Pirineo, y del otro por una sierra de montes que divide la provincia de Alava de la de Vizcaya. Tenían los aliados reunidos, sin contar la división de don Pablo Morillo, y las tropas españolas que gobernaba el general Girón, 60.440 hombres, 35.000 ingleses, 25.350 portugueses, y de ellos 9.290 de caballería. La sexta división inglesa, en número de 6.300 hombres, se había quedado en Medina de Pomar.

Mandaba a los franceses José en persona, siendo su mayor general el mariscal Jourdan. Su izquierda, compuesta del ejército del Mediodía bajo las órdenes del general Gazán se apoyaba en las alturas que fenecen en la Puebla de Arganzón, dilatándose por el Zadorra hasta el puente de Villodas, a la siniestra margen del mismo río, siguiendo unas colinas, alojábase su centro formado del ejército que llevaba el mismo título y dirigía Drouet, conde d'Erlon; estribando principalmente en un ce-

ro muy artillado de figura circular que domina el valle a que el Zadorra da nombre. Extendíase su derecha al pueblo de Avechuco más allá de Vitoria, y constaba del ejército de Portugal gobernado por el conde de Reille. Todos tres cuerpos tenían sus reservas. Abrazaba la posición cerca de tres leguas, y cubría los caminos reales de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid. Su fuerza era algo inferior a la de los aliados, ausente en la costa Foy y los italianos, ocupado Clausel en perseguir a Mina, y Maucune en escoltar un convoy que se enderezaba a Francia.

Proponíase José guardar la defensiva, hasta que todas o la mayor parte de las tropas suyas que estaban allí separadas se le agregasen, para lo que contaba con su ventajosa estancia, y con el pausado proceder de Wellington, que equivocadamente graduaban algunos de prudencia excesiva. Sosteníabale en su pensamiento el mariscal Jourdan, hombre irresoluto y flemático, hasta en su daño, y más ahora, que recordaba pérdidas que padeció en Ansborg y Wurzburg, por haber entonces destacado fuerzas del cuerpo principal de batalla.

También Wellington titubeaba si emprendería o no una acción campal, y proseguía en su incertidumbre cuando hallándose en las alturas de Nanclores de la Oca, recibió aviso del alcalde de San Vicente de cómo Clausel había llegado allí el 20 y pensaba descansar todo aquel día. Al instante determinó acometer el general inglés calculando los perjuicios que resultarían de dar espera a que los enemigos tuviesen tiempo de ser reforzados.

Rompió el ataque desde el río Bayas, moviéndose primero al despuntar de la aurora del día 21

de junio la derecha aliada que regía el general Hill. Consistía su fuerza en la segunda división británica, en la portuguesa a cargo del conde de Amarante, y en la española que capitaneaba don Pablo Morillo, a quien tocó empezar el combate contra la izquierda enemiga atacando las alturas; ejecutolo don Pablo con gallardía, quedando herido, pero sin abandonar el campo. Reforzados los contrarios por aquella parte, sostuvo Hill a los españoles, los cuales consiguieron al fin, ayudados de los ingleses, arrojar al francés de las cimas. Entonces Hill cruzó el Zadorra en la Puebla, y embocándose por el desfiladero que forman las alturas y el río embistió y ganó a Subijana de Alava, que cubría la izquierda de las líneas del enemigo, quien, conociendo la importancia de esta posición, trató en vano de recobrarla, estrellándose sus ímpetus y repetidas tentativas en la firmeza inmutable de las filas aliadas.

Moviose también el centro británico compuesto de las divisiones tercera, cuarta, séptima y ligera. Dos de ellas atravesaron el Zadorra tan luego como Hill se enseñoreaba de Subijana, la cuarta por el puente de Nanclares, la ligera por Tres Puentes, llegando casi al mismo tiempo a Mendoza la tercera y séptima que guiaba lord Dalhousie, cruzando ambas el Zadorra por más arriba; siendo de notar que no hubiesen los franceses roto ninguno de los puentes que franquean por allí el paso de aquel río; tal era su zozobra y apresuramiento.

Puesto el centro británico en la siniestra orilla del Zadorra, debía proseguir en sus acometimientos contra el enemigo y su principal arrimo que era el cerro artillado. Providencioso así Wellington, co-

mo igualmente que el general Hill no cesase de acosar la izquierda francesa, estrechándola contra su centro, y descantillando a éste, si ser podía. Mantuviéronse firmes los contrarios, y forzados se vieron los ingleses a acercar dos brigadas de artillería que batiesen el cerro fortalecido. Al fin cedieron aquéllos, si bien después de largo lidiar, y su centro e izquierda replegaronse vía de la ciudad, dejando en poder de la tercera división inglesa 18 cañones. Prosiguieron los aliados avanzando a Vitoria, formada su gente por escalones en dos y tres líneas, y los franceses, no desconcertados aún del todo, recejaban también en buen orden, sacando ventaja de cualquier descuido, según aconteció con la brigada del general Colville que, más adelantada, desvióse, y le costó su negligencia la pérdida de 550 hombres.

Mientras que esto ocurría en la derecha y centro de los aliados, no permanecía ociosa su izquierda, junta toda o en inmediato contacto; porque la gente de don Pedro Agustín Girón, que era la apostada más lejos, saliendo de Valmaseda llegó el 20 a Orduña yendo por Amurrio, y al día siguiente continuó la marcha avistándose su jefe el día 21 con el general Graham en Munguía. Allí conferenciaron ambos breves momentos, aguijado el inglés por las órdenes de Wellington para tomar parte en la batalla ya empezada; quedando la incumbencia a don Pedro de sustentar las maniobras del aliado, y entrar en lid siempre que necesario fuese.

No antes de las diez de la mañana pudo Graham llegar al sitio que le estaba destinado. En él tenían los enemigos alguna infantería y caballería avanzada sobre el camino de Bilbao, descansando

toda su derecha en montes de no fácil acceso, y ocupando con fuerza los pueblos de Gamarra mayor y Abechuco, considerados como de mucha entidad para defender los puentes del Zadorra en aquellos parajes. Atacaron las alturas por frente y flanco la brigada portuguesa del general Pack, y la división española de don Francisco Longa, sostenidas por la brigada de dragones ligeros a las órdenes de Anson, y la quinta división inglesa de infantería, mandada toda esta fuerza por el mayor general Oswald. Portáronse valientemente españoles y portugueses. Longa se apoderó del pueblo de Gamarra menor; enseñoreándose del de Gamarra mayor, con presa de tres cañones la brigada de Robinsón, que pertenecía a la quinta división. Procedió Graham en aquel momento contra Abechuco, asistido de la primera división británica, y logró ganarle cogiendo en el puente mismo tres cañones y un obús. Temiendo el enemigo que dueños los nuestros de aquel pueblo, quedase cortada su comunicación con Bayona, destacó por su derecha un cuerpo numeroso para recuperarla. En balde empleó sus esfuerzos; dos veces se vió rechazado, habiendo Graham previamente y con prontitud, atronerado las casas vecinas al puente, plantado cañones por los costados, y puesto como en celada algunos batallones que hicieron fuego vivo detrás de unas paredes y vallados. Logró con eso el inglés repeler un nuevo y tercer ataque.

Pero aún no le pareció cuerdo empeñar refriega con dos divisiones de infantería que mantenían de reserva los franceses en la izquierda del Zadorra, aguardando para verificarlo a que el centro e izquierda de los enemigos fuesen arrojados contra

Vitoria por el centro y derecha de los aliados. Sucedió esto sobre las seis de la tarde, hora en que abandonando el sitio las dos divisiones citadas, temerosas de ser embestidas por la espalda, pasó Graham el Zadorra, y asentose de firme en el camino que de Vitoria conduce a Bayona, compeliendo a toda la derecha enemiga a que fuese vía de Pamplona.

No hubo ya entonces entre los franceses sino desorden y confusión; imposible les fué sostenerse en ningún sitio, arrojados contra la ciudad o puestos en fuga desatentadamente. Abandonáronlo todo, artillería, bagajes, almacenes, no conservando más que un cañón y un obús. Perdieron los enemigos 151 cañones y 8.000 hombres entre muertos y heridos; 5.000 no completos los aliados, de los que 3.300 eran ingleses, 1.000 portugueses y 600 españoles. No más de 1.000 fueron los prisioneros por la precipitación con que los enemigos se pusieron en cobro al ser vencidos, y por ampararlos lo áspero y doblado de aquella tierra. José, estrechado de cerca, tuvo al retirarse que montar a caballo y abandonar su coche, en el que se cogieron correspondencias, una espada que la ciudad de Nápoles le había regalado, y otras cosas de lujo y curiosas, con alguna que la decencia y buenas costumbres no permiten nombrar.

Igual suerte cupo a todo el convoy que estaba a la izquierda del camino de Francia saliendo de Vitoria. Era de grande importancia, y se componía de carruajes y de varios y preciosos enseres pertenecientes a generales y a personas del séquito del intruso; también de artillería allí depositada, y de cajas militares llenas de dinero, que se repartieron

los vencedores, y de cuya riqueza alcanzó parte a los vecinos de la ciudad y de los inmediatos barrios. Establecióse en el campo un mercado a manera de feria, en donde se trocaba todo lo aprehendido, y hasta la moneda misma, llegando a ofrecerse ocho duros por una guinea como de más fácil transporte. Perdido quedó igualmente el bastón de mando del mariscal Jourdan, que viniendo a poder de lord Wellington, hizo éste con él rendido y triunfal obsequio al príncipe regente de Inglaterra, quien remuneró al ilustre caudillo con el de feldmariscal de la Gran Bretaña, merced otorgada a pocos.

¡Qué de pedrería y alhajas, qué de vestidos y ropas, qué de caprichos al uso del día, qué de bebidas también y de manjares, qué de municiones y armas, qué de objetos, en fin, de vario linaje no quedaron desamparados al arbitrio del vencedor, esparcidos muchos por el suelo, y alterados después o destruidos! Atónitos igualmente andaban y como espantados los españoles del bando de José, que seguían al ejército enemigo, y sus mujeres y sus niños, y las familias de los invasores, poniendo unos y otros en el cielo sus quejidos y sus lamentos. Quién lloraba la hacienda perdida, quién al hijo extraviado, quién a la mujer o al marido amenazados por la soldadesca en el honor o en la vida. Todo se mezcló allí y confundió. Aquel sitio representábase caos de tribulación y lágrimas, no liza sólo de varonil y carnicero combate.

Quiso lord Wellington endulzar en algo la suerte de tanto infeliz, enviando a muchos, en especial a las mujeres de los oficiales, a Pamplona, con bandera de tregua. Y esmeróse en dar a la conde-

sa Gazán particular muestra de tan caballeresco y cortesano porte, poniéndola en libertad después de prisionera, y permitiéndola, además, ir a juntarse con su esposo, conducida en su propio coche, que también había sido cogido con las demás presas.

Asemejose el campo de Vitoria en sus despojos a lo que Plutarco nos ha transmitido del de la batalla de Iso, teniendo sólo los nuestros menor dicha en no haber sido completa la toma del botín, como entonces lo fué con la entrega de Damasco, pues ahora salvose una parte en un gran convoy que salió de Vitoria escoltado por el general Maucune a las cuatro de la mañana del mismo día 21. En él iban célebres cuadros del Ticiano y de Rafael, muestras y ejemplares del gabinete de historia natural, y otros efectos muy escogidos. Impidieron el alcance y el entero apresamiento del convoy refuerzos que éste recibió, y azares de que luego daremos cuenta.

Han comparado algunos esta jornada de Vitoria a la que, no lejos del propio campo, vió España en el siglo XIV, en cuya contienda también se trataba de la posesión de un trono, apareciendo por un lado ingleses y el rey don Pedro, y por el otro franceses y don Enrique el *Bastardo*. Pero si bien allí, según nos cuenta la crónica, empezaron las escaramuzas cerca de Ariñez, y por lo mismo en paraje inmediato al sitio de la presente batalla, en un recuesto que desde entonces lleva en el país el nombre de *Inglesmendi*, que quiere decir en vasconcelo *cerro de los ingleses*, no se empeñó formalmente aquella sino en Navarrete y márgenes del Najerilla, no siendo tampoco exacto ni justo formar parangón entre causas tan desemejantes y entre

príncipes tan opuestos y encontrados por carácter y origen.

Golpe terrible fué para los franceses la pérdida de batalla tan desastrada, viéndose desnudos y desposeídos de todo, hasta de municiones, y acabando por destruirse la disciplina y virtud militar de sus soldados ya tan estragada. Sus apuros, en consecuencia, crecieron en sumo grado, porque abandonadas tantas estancias en lo interior de España, no defendidas las del Ebro, y repelidos y deshechos sus batallones en el país quebrado de las Provincias Vascongadas, nada les quedaba, ni tenían otro recurso sino evacuar a España, y sustentar la lid dentro de su mismo territorio. Notable mudanza y trastrocamiento que convertía en invadido al que se mostraba poco antes invasor altanero.

Por tan señalada victoria viose honrado lord Wellington con nuevas mercedes y recompensas, además de la del cargo de feldmariscal de que ya hemos hecho mención. El parlamento británico votó acción de gracias a su ejército, y también al nuestro; lo mismo las Cortes del reino, las que, a propuesta de don Agustín de Argüelles, concedieron a lord Wellington, por decreto de 22 de julio, para sí, sus herederos y sucesores, el sitio y posesión real conocido en la vega de Granada bajo el nombre del *Soto de Roma*, con inclusión del terreno llamado de las *Chanchinas*, dádiva generosa de rendimientos pingües.

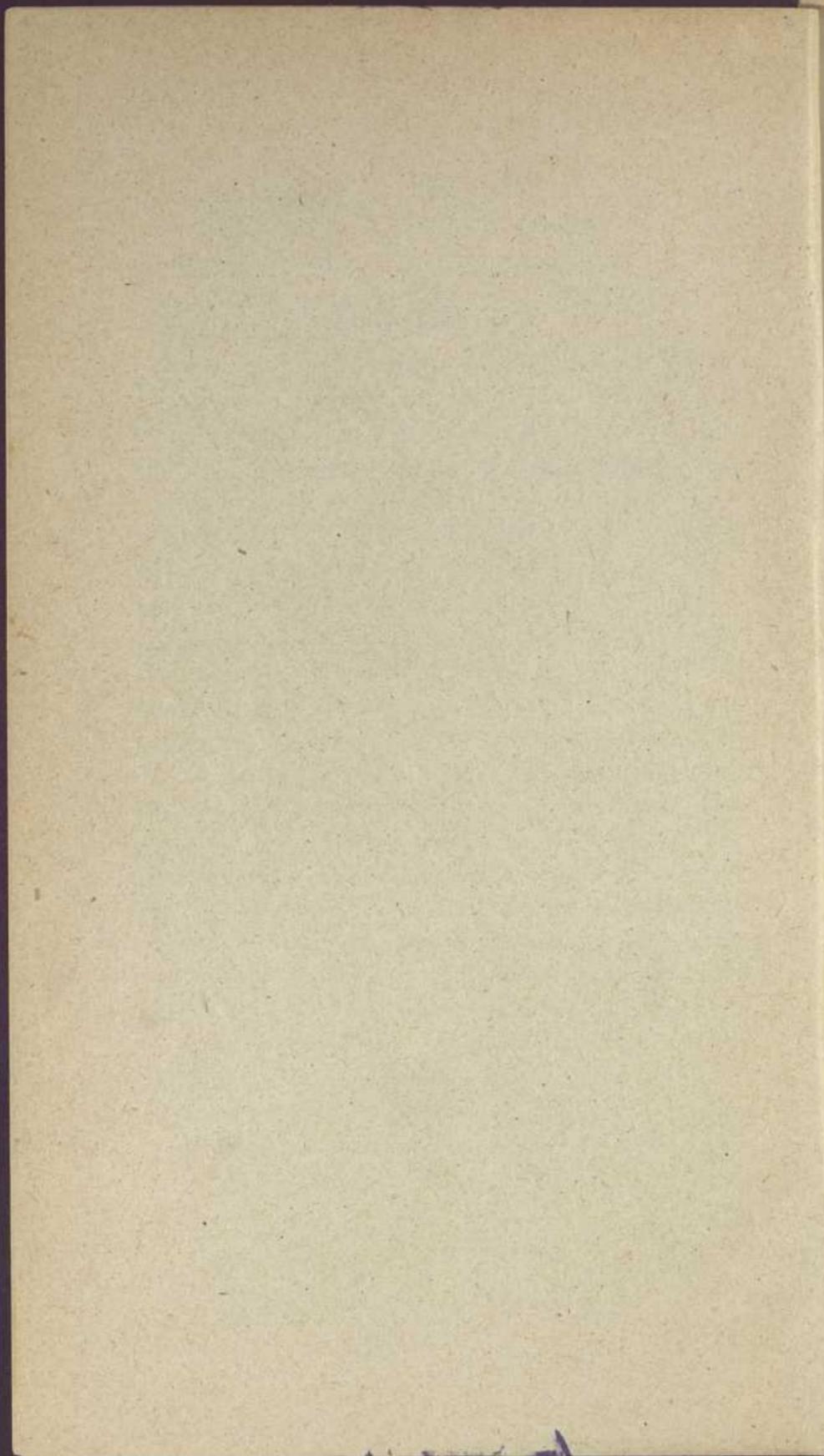
Viose también justamente galardonado, si bien de otra manera, el general don Miguel de Alava, recibiendo del ayuntamiento de Vitoria, a nombre del vecindario, una espada de oro, en que iban esculpidas las armas de su casa y las de aquella ciu-

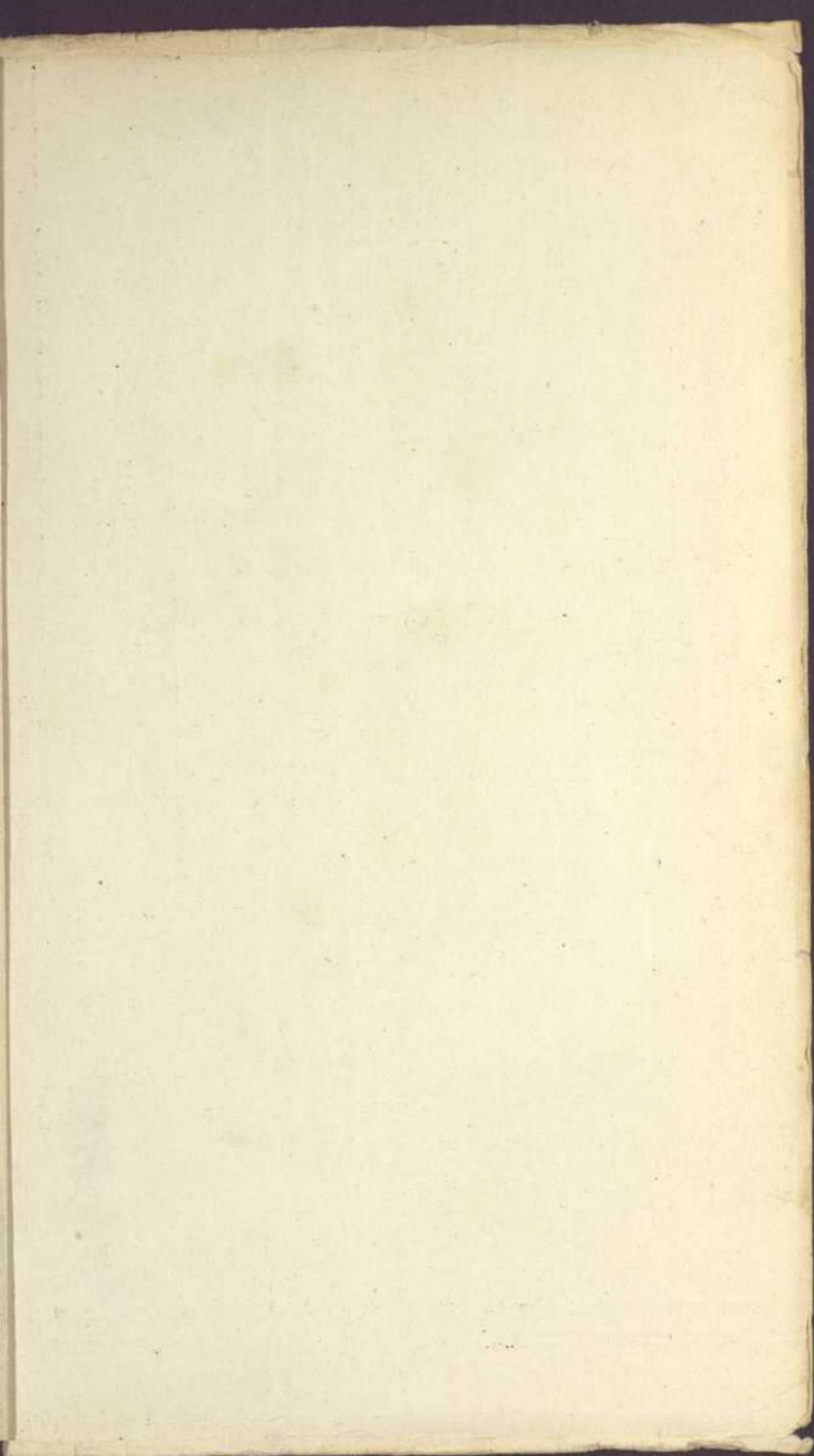
dad, de donde era natural. Testimonio de amor y reconocimiento muy grato al general, por haber conseguido la eficacia y celo de éste preservar a sus compatriotas de todo daño y tropelías después de la batalla dada casi a sus puertas.

Encomendose al centro y derecha del ejército aliado la persecución del grueso del enemigo que se retiraba en desorden camino de Pamplona, quemando, asolando y cometiendo mil estragos en los pueblos del tránsito. Una intensa lluvia, que duró dos días, estorbó a lord Wellington acosar más de cerca a sus contrarios, los cuales iban tan depriesta y despavoridos, que al llegar a Pamplona quisieron saltar por cima de las murallas, estando cerradas las puertas, y deteniéndolos sólo el fuego que les hicieron de dentro. Celebraron allí los jefes enemigos un consejo de guerra en que trataron de volar las fortificaciones y abandonar la plaza. Opúsose José, pensando sería útil su conservacin para proteger la retirada y no causar en los suyos mayor desánimo; mandando, de consiguiente, abastecerla de cuanto a la fuerza o de grado pudiera recogerse en aquellos contornos; último acto de soberanía que ejerció, instable siempre la suya, transitoria y casi en el nombre. Llegaron los aliados a la vista de Pamplona en sazón en que no estaba aún lejana la retaguardia francesa, que caminaba, como lo demás del grueso de su ejército, en busca de la tierra nativa.

INDICE

	<u>Páginas.</u>
El conde de Toreno, por José M. ^a Quadrado.....	5
HISTORIA DE LA GUERRA DE ESPAÑA.	
I.—Los propósitos de Napoleón.....	35
II.—El proceso de El Escorial.....	39
III.—Los motines de Aranjuez.....	51
IV.—Murat en Madrid.....	72
V.—Fernando VII en Francia.....	87
VI.—El Dos de Mayo.....	98
VII.—Las abdicaciones de Bayona.....	108
VIII.—Insurrección general contra los franceses...	120
IX.—Bailén	122
X.—Primer sitio de Zaragoza.....	138
XI.—Segundo sitio de Zaragoza.....	170
XII.—Sitio de Gerona.....	187
XIII.—Batalla de Vitoria.....	215





Distribuidor: E. MASIA ALONSO
Zorrilla, 25. — Madrid

COLECCIÓN CISHERO

Precio de la colección: 600 ptas. Tomo suelto: 8 ptas.



61

Conde
de
Toreno



Historia
de la
Guerra
de España



05